
HQÑ™
La
CANDIDATA
perfecta
Andrea Muñoz Majarrez

Portadilla

La CANDIDATA perfecta

Andrea Muñoz Majarrez

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2019, 2026 Andrea Muñoz Majarrez
© 2026, Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
La candidata perfecta, n.º 438 - enero 2026

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 9791370171506

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Prólogo

Londres, 1837

El salón de lord Ferrars estaba abarrotado. La alta sociedad disfrutaba de una entretenida velada con música, baile y conversación.

Era la temporada y, en aquel salón, se estaban planeando numerosas uniones matrimoniales sumamente beneficiosas. Algunas debutantes se presentaban esa noche, a la espera de conocer a un pretendiente adecuado para poder contraer un matrimonio ventajoso.

Entre ellas se encontraba la joven de dieciséis años Audrey Morgan, una muchacha alta, con una figura curvilínea, cara redonda, ojos azules y cabello de un tono azabache que brillaba a la luz de las velas. No destacaba por su belleza, pero sí por su simpatía e inteligencia.

Aquella noche, Audrey no estaba atrayendo la atención de los jóvenes casaderos allí presentes, a pesar de que se había puesto sus mejores galas. Llevaba un vestido de muselina de color rosa con escote en forma de uve, encajes en los bordes y el pelo recogido en un moño alto con tirabuzones.

Audrey Morgan tenía el estatus social perfecto para encontrar un buen partido. Nacida en Ellis Hall, Sussex, era hija de los marqueses de Clayton. Tenía un hermano mayor, Clive, que se había casado el año pasado, y una hermana menor, Julia, que aún no había debutado. Su familia era respetada y admirada por toda la alta sociedad. Eran ejemplo de virtud y saber estar.

Además de tener una buena posición social, Audrey poseía una habilidad única que solo conocían sus más allegados. Era una excelente celestina. De hecho, en su corta existencia, ya había sido la precursora de tres uniones. La de su hermano Clive con lady

Arabella Hawke, la de su tía Melissa con su tío Arthur y la de su prima Clare con lord Clivedon.

Ella siempre era la intermediaria. Primero, posibilitaba que la futura pareja se conociera, y después hacía de las suyas para que saltara la chispa, ya fuera a través de notas románticas u organizando encuentros fortuitos. Con solo mirar a dos personas era capaz de saber si estaban hechos el uno para el otro.

Por desgracia, todavía no había conseguido hallar a su alma gemela, y temía que esa noche tampoco iba a lograrlo.

Audrey se encontraba sentada en un rincón del salón, junto a su madre y su tía Melissa, rodeada de un grupo variado de mujeres solteras, casadas y viudas. Se dedicaban a conversar sobre las últimas novedades y deslizaban algún que otro rumor sobre alguno de los asistentes.

Audrey se aburría terriblemente, aunque tampoco tenía otra cosa que hacer. Su carné de baile estaba vacío, ningún joven quería bailar con ella, y no porque le faltaran ganas, pues le encantaba bailar.

Observaba con cierta envidia a las parejas que daban vueltas en la pista de baile cuando, de repente, el grupo empezó a murmurar. Entonces, vio al fondo de la sala a dos jóvenes caballeros con muy buena planta.

Se quedó hechizada, al igual que el resto de las damas allí presentes. Ambos eran altos, apuestos y rubios, aunque uno de ellos tenía el cabello más oscuro. Charlaban con dos jóvenes hermosas que no dejaban de sonreírles.

—¿Quiénes son? —preguntó una mujer del grupo.

—Lord Michael Davenport y lord Henry Crawford. El primero, que tiene el pelo más oscuro, es nieto de lord Davenport, duque de Branston, y el segundo es hijo de lord Crawford, marqués de Guildford —contestó lady Greystoke.

Las damas observaron a ambos caballeros con curiosidad.

—Según tengo entendido, a pesar de su buena posición, su vida es una sucesión de escándalos. Digamos que llevan una vida un tanto licenciosa. Muchos padres temen por la virtud de sus hijas cada vez que esos dos aparecen —explicó lady Greystoke.

—Bueno, es natural que dos caballeros jóvenes quieran divertirse un poco antes de casarse. Aunque es preferible que ese tipo de asuntos se lleven con discreción.

»Sin embargo, en el caso de las jóvenes casaderas, ese comportamiento es intolerable. Ahora casi todas prefieren quedarse solteras para poder hacer lo que les plazca, en vez de cumplir con su deber, que es casarse y traer hijos al mundo. Esto es lo que conlleva el progreso. Aquí cada uno hace lo que se le antoja. ¡Un auténtico disparate! Ya no se respetan las tradiciones.

»Por eso, estoy firmemente en contra de la modernidad. La tradición es lo más importante. El progreso no ha traído nada bueno —afirmó lady Burton indignada.

«¡Dios mío, lo que hay que oír!», pensó Audrey poniendo los ojos en blanco.

Harta de escuchar aburridas conversaciones de señoras que se escandalizaban por cualquier cosa, decidió levantarse e ir a buscar algo de comer. Pensó que, dadas las circunstancias, tampoco tenía otra cosa mejor que hacer.

—Vuelvo enseguida, si me disculpan —dijo poniéndose en pie.

Al instante, su madre la miró con suspicacia. Ignorando ese gesto, Audrey se dio media vuelta y se alejó directa a la mesa alargada situada allí cerca, que estaba repleta de suculentos manjares. Pasteles de merengue y hojaldre, tartaletas de mermelada de frambuesas, caviar y mucho más.

Cogió un plato y lo llenó con un surtido variado de pastelitos de merengue y crema. Notó la mirada inquisidora de su madre, que no aprobaba que comiera a horas intempestivas, debido a su tendencia a engordar con facilidad.

Decidió escabullirse y esconderse detrás de una columna, que tenía una cortina de terciopelo. Allí se quedó de pie, apoyada en la pared. Empezó a comer y sintió enseguida el delicioso sabor del merengue en el paladar.

En esos momentos, era la persona más feliz del mundo. Le encantaban los dulces, su gran perdición.

De repente, comprobó que tenía los dedos manchados de merengue y, cuando quiso limpiarse, se dio cuenta de que había

olvidado tomar un pañuelo. «¡Maldita sea! ¿Y ahora qué hago?», pensó angustiada. No le quedaba más remedio que salir de su escondite. Se acercaría a la mesa, cogería lo que necesitaba y regresaría rápidamente.

Por desgracia, no sería tan sencillo. Empezó a caminar con el plato en la mano, buscando con la mirada a su madre, que, en ese instante, estaba hablando con lady Greystoke. De pronto, al levantar el pie de nuevo y posarlo en el suelo, se tropezó con el bajo de la falda, que era demasiado largo.

Pudo evitar caerse gracias a unas manos que la agarraron por los hombros. No obstante, los pasteles aterrizaron en su vestido, con tan mala suerte que se manchó. Se miró, horrorizada, y lo supo entonces: su madre iba a matarla.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó apurada.

—No se preocupe, ahora mismo la ayudo a limpiar este desastre —dijo la persona que permanecía frente a ella.

Audrey alzó la vista y se sorprendió. Lord Henry Crawford la estaba observando con una amable sonrisa dibujada en el rostro.

Enseguida, el caballero desapareció para volver al instante con un paño mojado. Se agachó y empezó a retirar el merengue que se había esparcido sobre la falda del vestido.

Audrey estaba muerta de vergüenza, aunque agradecía su generoso gesto. Se quedó quieta mientras él intentaba ayudarla, y notó cómo se le aceleraba el pulso. Él terminó su tarea, se levantó y la miró.

—Ya está. Creo que no se notará.

Audrey se mordió el labio inferior, nerviosa, frotándose las manos.

—Muchas gracias, lord Henry. Ha sido usted muy amable. Siento las molestias.

Henry Crawford alzó una ceja desconcertado.

—No recuerdo que nos hayan presentado, señorita…

—Lady Audrey Morgan. Sí, es cierto, no nos han presentado; he oído su nombre en boca de otras damas.

—Espero que haya sido para bien —respondió él divertido.

Audrey se rio.

—No se preocupe. Aunque fuera para mal, no me importa. Después de lo que ha hecho por mí, ya tiene mi aprecio.

Henry sonrió pensativo. Aquella lady Audrey Morgan parecía una joven muy agradable. De hecho, ya le caía bien.

—Bueno, será mejor que me marche. Cuanto antes me enfrente al sermón de mi madre, antes terminará la penitencia —comentó Audrey.

—No creo que se dé cuenta, ya no hay manchas.

—No sabe de quién está hablando. Mi madre ve manchas hasta en una diminuta pulga. Además, es buena conocedora de mi torpeza, no es la primera vez que esto me ocurre. Como dice ella, soy una calamidad.

Henry se rio.

—No me lo creo. Estoy seguro de que exagera.

—No me ponga a prueba, lord Henry, porque cabe la posibilidad de que acabe usted con manchas de merengue en su traje —le advirtió con humor—. Gracias de nuevo. Ahora me marcho, si me disculpa.

Dicho esto, se alejó de allí. Henry la siguió con la mirada y observó cómo se sentaba junto a su madre, que, efectivamente, había detectado el rastro de la mancha. Ya estaba echándole un buen sermón.

En ese momento, Henry sintió un extraño impulso que no pudo detener. No supo por qué, pero quería volver a ayudar a aquella joven tan agradable y algo torpe. Consideró que, quizás, lady Morgan se calmaría si alguien pasaba por alto el incidente y sacaba a bailar a su hija.

Henry se presentó con una amplia sonrisa ante el grupo de damas y se dirigió a lady Audrey, que lo miró asombrada.

—Lady Audrey, ¿me haría el honor de concederme este baile?

Audrey sonrió y asintió feliz. Por fin bailaría en la temporada. Las damas a su alrededor se quedaron en silencio. No podían creerse que el apuesto lord Henry Crawford le pidiera un baile a la anodina y torpe lady Audrey Morgan.

Llegaron al centro de la pista y empezaron a bailar al son del vals.

—Lord Henry, creo que ha dejado a mi madre sin palabras con su inesperada invitación.

Henry se rio.

—Eso parece. No he podido evitarlo.

—¿Sabe? Es el primer caballero en toda la temporada que me pide un baile.

Henry frunció el ceño.

—¿De verdad?

Audrey asintió.

—Así es. De hecho, como puede comprobar, mi carné de baile está vacío. ¡Con lo que me gusta a mí bailar!

—Y permítame que le diga que no lo hace mal.

—Gracias. Usted también es un excelente bailarín. ¡Siento que estoy flotando! —afirmó Audrey.

Henry estaba sorprendido. Normalmente, las damas no solían ser tan honestas. Audrey Morgan decía lo que pensaba, sin importarle las formalidades. Desde luego, era una joven peculiar con la que uno no podía aburrirse.

Siguieron bailando hasta que terminó la pieza, disfrutando de una agradable y amena conversación, mientras algunos los observaban con curiosidad.

Aquella noche, Audrey regresó a casa contenta. Había conocido a todo un caballero. No pensaba creerse los malintencionados comentarios de la gente.

A pesar de tener fama de mujeriego a sus veinte años, lord Henry Crawford había sido su caballero de la brillante armadura.

A partir de ese día, tendría su aprecio incondicional.

Capítulo 1

Londres, 1848

Eran las once y media de la mañana del sábado, y Brooks ya estaba lleno a esa hora. El día anterior había sido una jornada dura en el Parlamento, y los debates se sucedían entre tazas de té y algunos vasos de *brandy*.

Henry llevaba casi dos años formándose para el día de mañana heredar el asiento que su padre tenía en la Cámara de los Lores. Aunque había aceptado el desafío, y respetaba la tarea, no se mostraba demasiado entusiasmado con el asunto. Henry tenía sumo interés en otro menester.

Hacía tres años, cuando ya tuvo una fortuna personal asegurada, empezó a dedicarse al mecenazgo, tanto artístico como científico. Estaba interesado en los últimos avances de la ciencia y le apasionaba el arte.

Por esos motivos, financiaba investigaciones, proyectos y los trabajos de unos pocos artistas. Si podía aportar su granito de arena para que el progreso se abriera paso, lo hacía sin contemplaciones.

Desde hacía seis meses estaba pendiente de unas excavaciones que estaban teniendo lugar cerca de Marley House, la casa señorial de los Crawford. Resultaba que, un buen día, uno de los jardineros encontró trabajando un trozo de una vasija romana. Ahí empezó todo.

Henry fue en busca de los mejores arqueólogos e historiadores y puso en marcha un proyecto de investigación que estaba dando buenos resultados.

En esos momentos, Henry se encontraba sentado charlando con otro miembro de la Cámara, lord Arthur Robertson, un caballero de la edad de su padre que tenía una dilatada experiencia en la política. Discutían sobre la sesión del día anterior, que parecía vislumbrar novedades alentadoras.

—La de ayer fue una sesión muy productiva. Y, además, parece ser que dentro de poco se aprobará la ley de salud pública.

—Eso parece, lord Robertson. Y yo que me alegro. Será un avance considerable en nuestro sistema. De hecho, será una ley pionera —respondió Henry.

—Yo, que ya llevo mucho tiempo en esto, estoy gratamente sorprendido. En los últimos años, se han aprobado leyes que están permitiendo que progresemos. Nuestra reina parece mostrarse mucho más abierta a los cambios.

—Yo no diría tanto. Su moral es demasiado estricta, en mi opinión. Sin embargo, en otros aspectos resulta mucho más permisiva.

Lord Robertson lanzó una suave carcajada.

—Y demos gracias por ello. Aun así, creo que si su Majestad supiera de su moral un tanto… disipada, no sería demasiado dura con usted, lord Henry. Estoy convencido de que, con una sonrisa y una mirada de las suyas, quedaría perdonado. Bueno, en realidad, cualquier mujer le perdonaría.

Henry dibujó una sonrisa ladeada.

—A su Majestad todavía podría convencerla de que me dejara algo de libertad, pero con mi madre es imposible. Ya se encarga cada día de recordarme mis obligaciones cuando critica mi moral disipada.

Lord Robertson se rio.

—Sin ofender, conociendo a su madre, prefiero una buena reprimenda de su Majestad.

—La verdad nunca ofende, lord Robertson.

Dieron las doce, y Henry salió de Brooks para dirigirse a Crawford House, en Mayfair, donde ya estaría todo preparado para el almuerzo. Subió a su caballo y puso rumbo a su casa. Ese día comería con su madre, lady Hillary, ya que su padre tenía varios compromisos y no podría acompañarlos.

Mientras cabalgaba, se mostraba pensativo. La temporada londinense estaba en pleno apogeo y, entre las sesiones parlamentarias y las veladas y bailes a los que debía asistir, no le quedaba tiempo para aburrirse. Sin embargo, no tenía tantas ganas de divertirse como en el pasado.

Unos meses atrás, su mejor amigo, Michael Davenport, se había casado con la encantadora Charlotte Beverly, y Henry había empezado a sentirse un poco solo.

Casi todos sus amigos estaban casados y tenían familia. Él era de los pocos que continuaba soltero.

Tampoco se trataba solo de eso. Desde hacía tiempo, notaba que no tenía sed de aventuras. Últimamente había espaciado sus romances, y ya no asistía a los bailes con ganas de seducir y pasar la noche con alguna bella dama. En esos momentos, quería sentar la cabeza, casarse y formar una familia.

Henry deseaba contraer matrimonio por amor, aunque no estaba seguro de saber lo que era eso. Siempre había vivido rodeado de normas y obligaciones, sin muestras de afecto. Sus padres, pese a ser encantadores, no sabían transmitir sus sentimientos.

Ellos se habían casado por obligación, y Henry nunca había apreciado muestras de cariño entre ellos. De hecho, sabía a ciencia cierta que habían dejado de yacer juntos en cuanto nació él. A partir de entonces, cada uno hacía su vida por separado, aunque se veían durante las comidas y asistían en pareja a los actos sociales.

Henry no sabía lo que era estar enamorado porque jamás lo había estado. Solo había sentido deseo y disfrutado de la compañía femenina como y cuando había querido.

Pero no había deseado pasar el resto de su vida con alguien.

Entonces, al ver el amor verdadero que se profesaban Michael y Charlotte, comprendió que él quería también lo mismo. Deseaba encontrar a su alma gemela. Sin embargo, no sabía por dónde empezar la búsqueda.

A eso había que añadirle que el panorama no era alentador. Prácticamente conocía a todas las damas casaderas y ninguna le atraía. Ese era el problema.

Al cruzar una esquina, vio por fin Crawford House, el bastión de la familia en Londres. Se trataba de una casa de tres plantas, con una fachada blanca y enormes ventanales. Un pórtico sostenido sobre dos columnas de estilo jónico y una elegante puerta de color negro daban la bienvenida al visitante.

Henry entró en la casa, donde lo recibió el mayordomo de la familia, el señor Stevens, que hizo una reverencia con su habitual gesto adusto.

—Buenas tardes, milord. ¿Ha tenido una buena mañana?

—Sí, Stevens. Excelente, diría yo. ¿Ya está todo listo?

—Sí, milord. Lady Hillary le espera en el comedor.

— Gracias, Stevens.

Enseguida atravesó el pasillo que conducía al comedor, donde su madre ya estaba sentada delante de la mesa. La saludó y, a continuación, se acomodó frente a ella.

Lady Hillary Crawford tenía la tez blanca, los ojos verdes y el cabello rubio, como su hijo. Henry había heredado los hermosos rasgos de su madre. La dama tenía algunas arrugas en el rostro, apenas notables. De hecho, seguía manteniendo una figura esbelta y una cintura delgada, lo que hacía que cualquier traje le sentara bien.

De unos modales exquisitos, lo único de lo que carecía era de expresividad. Nunca mostraba sus emociones. Otros de los aspectos más conocidos de su personalidad eran la enorme curiosidad que sentía por la vida de los demás, asunto del que le encantaba hablar, y su estricta moral, que tanto sufría su hijo.

—¿Cómo te ha ido la mañana, querido? —inquirió su madre mientras una sirvienta le servía consomé.

—Muy bien. He estado conversando con lord Robertson y ha sido muy agradable. ¿Y a ti?

—Bastante bien. He estado tomando un té a media mañana con lady Branson y me ha hablado de su hija, Rowena —respondió fijando su vista en él.

Henry desvió su mirada, concentrándose en su consomé.

—¿Y qué tal está? —preguntó intentando no parecer nervioso.

Sabía con certeza el rumbo que tomaría aquella conversación.

—En edad casadera. Veintidós años. Educada, hermosa y dispuesta a contraer matrimonio.

«Y también insustancial y altanera», pensó Henry con disgusto.

—¿Y ha encontrado un pretendiente?

—Henry…

Su madre alzó una ceja y lo miró molesta.

—Madre, ya hemos hablado de esto. Seré yo quien elija a una candidata apropiada para que sea mi futura esposa. Y lady Rowena no lo es.

—¿Y eso por qué? ¿Qué tiene de malo?

—Como lo diría… Es simplemente insoportable. Ególatra, altanera y carente de elocuencia en cuanto a conversación se refiere.

—Para casarte y tener un heredero, el diálogo es innecesario —afirmó su madre.

—Para mí sí lo es. Así que lady Rowena queda descartada. No te preocupes, encontraré a la candidata perfecta, solo necesito algo más de tiempo. ¿Podrías darme ese voto de confianza? —preguntó Henry mirando a su madre.

Lady Hillary suspiró.

—Te lo doy porque últimamente parece que has cambiado. Solo te pido que este asunto quede solucionado lo antes posible, y que la candidata cumpla con lo que se espera de ella.

«Y que yo la ame», añadió Henry para sí.

—Descuida, madre.

Después de comer, Henry salió a cabalgar por Hyde Park. Esa tarde había algunas nubes en el cielo, pero poco le importaba. Disfrutaba de aquellos momentos de soledad, sobre todo entonces, que el matrimonio y la responsabilidad para con su linaje se habían convertido en temas recurrentes en las conversaciones familiares.

En todos esos años, había conocido a muchas mujeres. Casi todas hubieran sido adecuadas como futuras esposas, aunque en un matrimonio sin amor.

Henry a veces se lamentaba de su posición. Solía preguntarse si eso le beneficiaba a la hora de encontrar el verdadero afecto.

De repente, se cruzó con dos rostros que le eran familiares. Dos damas a las que había conocido en un pasado no muy lejano. Ambas se detuvieron, al igual que él, y le saludaron sonrientes:

—Buenas tardes, lord Henry —dijo lady Dillon, una mujer rubia de ojos azules con la que había yacido durante un corto periodo de tiempo, antes de que esta se casara.

Henry alzó su sombrero de copa a modo de saludo.

—¿Le apetece dar un paseo con nosotras? —preguntó lady Arundel con una mirada seductora. Era una mujer morena de exuberantes curvas que había mantenido un romance con él al poco de casarse.

Henry negó con la cabeza, a pesar de que las dos damas eran tentadoras.

—Lo siento, señoras. A partir de ahora, voy a empezar a comportarme —contestó.

Ambas pusieron cara de pena.

—Una lástima —respondió lady Dillon encogiéndose de hombros.

Henry, finalmente, se alejó de ellas, orgulloso de sí mismo. En otras circunstancias, habría actuado de manera distinta. Sin embargo, había prometido comportarse.

Siendo muy joven, y después de comprobar los efectos que causaban su título y su atractivo físico entre las damas, decidió vivir una existencia llena de excesos, algo que no le granjeó el respeto de sus padres. Más tarde, a raíz de tomar la determinación de cambiar, sus progenitores empezaron a confiar en él, aunque aún estaba a prueba.

Se cruzó en su camino con más rostros conocidos, algunos de ellos un tanto desaprobadores. Estaba acostumbrado. Desde que comenzó su dilatada carrera de devaneos amorosos, tanto Henry como Michael habían despertado todo tipo de críticas y habladurías.

Ellos, no obstante, siempre terminaban riéndose de todo eso. En más de una ocasión, muchas de las damas que los miraban con reprobación habían acabado insinuándose. Ellos, a veces, se dejaban querer y, otras, las rechazaban, lo que provocaba ciertos problemas.

El escrutinio se producía en Londres, donde todo se discutía y se observaba. Por eso, hastiado ya de ser estudiado constantemente, cada año deseaba más alejarse de la gran metrópoli y regresar a Marley House, donde estaba a salvo de las habladurías.

Sin embargo, allí no podría encontrar esposa, porque todas las damas que vivían en la zona estaban casadas y sus hijas no tenían edad para el matrimonio.

Estaba dispuesto a encontrar esposa, aunque había algo que lo inquietaba. Él no había amado a nadie nunca, no había

experimentado el amor verdadero.

¿Cómo sabría que había hallado a la mujer de sus sueños? ¿Y si la tenía delante y no se daba cuenta?

Suspiró dubitativo mientras recordaba las advertencias de su madre. Tenía un tiempo limitado para hallar a la candidata perfecta, y debía emprender la búsqueda de inmediato.

Capítulo 2

Eran las seis de la tarde, y Audrey estaba terminando de arreglarse con la ayuda de su fiel doncella Berniece. Se trataba de una mujer mayor que llevaba muchos años al servicio de los Morgan. Estaba ultimando los detalles del peinado de su señorita, que tenía la abundante melena oscura recogida en un moño trenzado, con finos rizos cayéndole a ambos lados del rostro.

Cuando Berniece acabó de peinarla, Audrey se puso en pie y se miró al espejo. Esa noche asistiría al baile de lord Hudson, uno de los numerosos eventos sociales a los que solía acudir durante la temporada.

Examinó su aspecto con el vestido de muselina de color azul marino, con escote en forma de uve y encaje en los bordes, que se había puesto para la ocasión y, finalmente, sonrió satisfecha.

Hacía mucho tiempo que Audrey no pretendía encontrar marido. A sus veintisiete años ya la consideraban una solterona y no atraía el interés de ningún caballero. Bueno, en realidad, nunca lo había hecho, incluso en sus años casaderos.

Su cuerpo curvilíneo, que se salía de los cánones de belleza establecidos, la cara redonda, las facciones corrientes y su actitud honesta y desenfadada eran rasgos que no resultaban atractivos para la mayoría de la gente. Era preferible estar dotada de una belleza angelical, acompañada de una apariencia dócil y delicada.

No obstante, Audrey no se entristecía por ello. Por fortuna, hasta esos momentos no había sufrido ningún desengaño amoroso ni le habían roto el corazón, porque nunca se había enamorado.

Durante años había conseguido casar a numerosas parejas, y sus cualidades como celestina eran de sobra conocidas por todo el mundo. De hecho, algunas damas de la alta sociedad habían acudido a ella en busca de ayuda para casar a sus hijas. Incluso le

habían ofrecido dinero por ello; no obstante, Audrey se negaba a aceptarlo.

Aseguraba que el amor no se podía controlar y que su don solo funcionaba en ciertos casos, cuando las señales eran inequívocas.

Su madre, que era muy crítica con su peculiar habilidad, siempre le decía que estaba tan ocupada casando a los demás que iba a perder la oportunidad de hallar ella misma una pareja adecuada.

Audrey no se lo reprochaba. Entendía que su madre quisiera verla bien casada y con una familia. Sin embargo, por el momento seguiría ayudando a otros a encontrar el amor.

Además de emparejar a la gente, Audrey tenía otros intereses. Era una apasionada de la ciencia, sobre todo de la astronomía, la arqueología y la paleontología. Le entusiasmaba cada nuevo descubrimiento y siempre estaba atenta a las últimas novedades en esos campos.

Admiraba profundamente a Mary Anning[1], pionera de la paleontología, y a Ada Lovelace[2], matemática y científica. Aunque había querido dedicarse a la ciencia, sus padres no lo consideraron adecuado, porque para ellos era prioritario casarla con un buen partido. Cosa que al final no sucedió.

—Está usted preciosa, lady Audrey —afirmó Berniece con una sonrisa.

—Gracias, Berniece —respondió Audrey.

Al fin, salió de su cuarto y se dirigió al piso de abajo, donde ya la esperaban sus padres, lord y lady Morgan, vestidos elegantemente.

—Vamos, querida, o llegaremos tarde —la instó su madre.

Enseguida subieron al carruaje y, a los pocos minutos, llegaron a la puerta de Crowe House, el hogar de lord Hudson. Ya había numerosos invitados en el enorme salón del aristócrata y varias parejas bailaban al son de un hermoso vals en la pista de baile.

Nada más llegar, Audrey se dirigió al rincón de la sala donde ya estaban sentadas sus amigas lady Chantal, lady Frances y lady Anne. Todas eran damas de su misma edad, consideradas ya solteronas.

—¡Querida Audrey! Por fin has venido. Ya te estábamos echando de menos —dijo lady Frances, una rubia de ojos claros que llevaba

un sencillo vestido de color amarillo.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Audrey mientras se acomodaba en una silla.

—Hemos visto a una de tus parejas, los Barrister. Han vuelto de su luna de miel más enamorados que nunca —comentó lady Frances.

Audrey sonrió.

—Ya sabéis que nunca fallo.

—Y acaba de llegar lord Gregory Adams. Supongo que irá en busca de alguna dama. Por lo que tengo entendido, sus padres le están presionando para que se case —explicó lady Chantal.

Audrey se fijó en el joven lord Gregory Adams, que era de su misma edad. Un hombre tímido pero bondadoso, al que todas las mujeres solían rechazar por no ser muy agraciado. Llevaba gafas, tenía los ojos claros y algunas marcas del acné que invadió su rostro en el pasado. Aunque su sonrisa era encantadora, y su personalidad más. Lástima que todo el mundo se dejara guiar por las apariencias.

Audrey observaba con cierta indignación cómo una dama tras otra rechazaban al pobre lord Gregory, algunas con gesto malhumorado. Pensó que ojalá pudiera ayudarle de alguna manera.

Entonces, algo sucedió en ese instante. Entró en la sala su amiga lady Melissa Humphrey. Tenía un año menos que ella y también era un patito feo, al igual que lord Gregory. Aunque a Audrey le parecía una muchacha tan agradable que ya no se fijaba en su nariz aguileña, que tanto le afeaba el rostro.

Lady Melissa se dirigió a donde ellas estaban y, después de saludarlas, se sentó a su lado.

La joven tenía el mismo problema que las demás allí presentes. Nadie le pedía un baile ni mostraba interés en ella. De repente, Audrey tuvo una idea que enseguida decidió poner en práctica.

—Pobre lord Gregory, nadie quiere bailar con él. Me pregunto si algún día conocerá a alguna dama con buen talante que se decida a conocerle de verdad. A mí, personalmente, me parece un hombre encantador. ¿No estás de acuerdo, Melissa? —comentó Audrey.

Su amiga la miró nerviosa. Había estado observando a lord Gregory con atención, y se sentía aturdida.

—Sí, es encantador, sin duda —respondió la joven con timidez.

Lady Frances, lady Chantal y lady Anne fijaron los ojos en Audrey y, al comprender lo que estaba tramando, decidieron colaborar.

—Yo creo que su sonrisa es realmente atractiva —añadió lady Chantal.

—Y tiene un excelente porte. Y muy buen linaje —apuntó lady Anne.

—Pero necesita encontrar a alguien que le valore de verdad. Todas estas señoritas tan remilgadas no están a su altura. Ellas lo saben, y por eso le rechazan —afirmó lady Frances.

—Necesita una mujer apasionada que le haga mostrarse menos tímido. ¿No crees, Melissa? —inquirió Audrey de nuevo.

Su amiga se ruborizó. Era evidente que estaba interesada en lord Gregory.

En ese momento, el caballero se encontraba delante de la mesa donde habían servido las bebidas y algunos entremeses. Audrey se levantó y se dirigió a él para poner en marcha la segunda parte de su plan.

—Lord Gregory, es un placer verle. ¿Cómo está?

El hombre la miró sorprendido.

—Bien, gracias, lady Audrey. ¿Y usted?

—Perfectamente. ¿No baila, lord Gregory? Parece que la velada está muy animada, y hay muchas damas sentadas.

Él se encogió de hombros y sonrió con pesar.

—Me encantaría, pero me temo que no soy un caballero con el que las damas deseen bailar.

—¿Está seguro? Porque conozco a una que estaría encantada.

—¿Aquí? ¿En este salón? Lo dudo.

Audrey se rio.

—Sí, en este salón. El problema es que usted solo ha mirado en ciertos lugares. Sin embargo, hay un lugar al que nadie suele ir. —En ese instante, señaló con la cabeza el rincón donde lady Melissa estaba sentada—. Allí la encontrará, lord Gregory.

El caballero centró la vista en lady Melissa, que contemplaba la pista de baile con anhelo. Recordaba haber hablado con ella en alguna ocasión, y siempre le había parecido una joven encantadora.

Al mirarla detenidamente, sintió cierta empatía. Ella estaba igual que él. Debido a su aspecto exterior, nadie tenía interés en ver más allá de unos rasgos un tanto singulares. Se alisó el chaqué y dijo con decisión:

—Lady Audrey, si me disculpa.

Audrey se quedó allí de pie, sonriente, mientras observaba cómo lord Gregory se acercaba a su amiga y le pedía un baile.

Ella agachó la mirada, sonrió y, a los pocos segundos, ya estaban bailando en medio de la pista.

Audrey no apartó la vista de ellos. Ahí estaba. Esa luz en la mirada, ese resplandor en el rostro. Estaban hechos el uno para el otro.

Al fin, dejó de observar a la pareja y se giró hacia la mesa. Descubrió unos tentadores buñuelos de crema y decidió probar uno. El éxito en ese tipo de empresas siempre le daba hambre.

Cogió una servilleta, puso el buñuelo dentro, lo agarró y se dirigió al rincón donde se encontraban sus amigas para sentarse y degustar el dulce con tranquilidad.

Empezó a andar despacio, con sumo cuidado, pero, de repente, tropezó con un caballero. Afortunadamente, mantuvo el equilibrio y consiguió que el dulce no cayera sobre el traje del hombre ni sobre su vestido.

—Debo decir que esta situación me resulta muy familiar. Si bien, el desenlace fue distinto entonces —dijo Henry, mirándola divertido.

Audrey, al verlo, abrió la boca asombrada y, a continuación, sonrió.

—¡Lord Henry! ¡Cuánto tiempo! ¡Qué alegría me da verle! Aunque me alegra más no haberle manchado de crema —se rio.

—Es un placer volver a verla, lady Audrey. ¿Cuánto tiempo hace que no nos encontrábamos?

—Nos vimos el año pasado. Y en aquella ocasión apenas hablamos. Estaba usted ocupado con cierta señorita…

Henry asintió.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Y dónde está ella ahora? —inquirió Audrey, pese a saber ya la respuesta.

—Casada, creo —contestó él con aire inocente.

—Ya decía yo. Lo que me resulta extraño es no verle acompañado esta noche. Por cierto, dele la enhorabuena a lord Michael de mi parte. Al principio me quedé sorprendida con la noticia, aunque me alegró mucho. Tuve la oportunidad de conocer a lady Charlotte, y me parece una mujer encantadora.

Henry sonrió.

—Le haré llegar sus felicitaciones, lady Audrey. La verdad es que ha sido una alegría para todos.

—Imagino que ahora usted se sentirá un poco solo.

Henry suspiró.

—Sí, pero es por una buena causa.

—Sin embargo, usted puede tener la compañía que quiera. Nunca le faltan candidatas —afirmó Audrey.

Henry la observó divertido. Le gustaba la honestidad de la dama, siempre la había apreciado por eso. No era como las recatadas damiselas de la alta sociedad que se mostraban tímidas e inocentes y luego resultaban ser unas auténticas arpías.

—Es cierto que puedo disfrutar de la compañía que desee. Aun así, si le soy sincero, estoy cansado.

Audrey se mostró incrédula.

—Yo creía que le gustaba.

Él se encogió de hombros.

—Me gustaba, pero ya no. Uno acaba cansándose. Además, ha llegado el momento de hacer frente a mis responsabilidades y buscar esposa.

—Eso no será difícil, lord Henry.

Él volvió a suspirar.

—Sí, pero…

—¿Pero? —Audrey lo miró fijamente y pudo leer en sus ojos lo que pretendía expresar. No hacía falta que contestara. Asintió y dijo—: Entiendo, desea un matrimonio por amor.

Henry se quedó asombrado.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Sé mucho de estas cosas. Soy una experta casamentera, por si no lo sabe.

Él se rio.

—¿Usted? Bueno, algo había oído. Sin embargo…

Ella alzó una ceja.

—¿Duda de mí? Muy bien. Se lo demostraré, porque supongo que usted es de los que deben ver para creer. Estupendo, venga aquí, por favor. —Él obedeció y se puso a su lado. Ella le hizo una indicación con la cabeza y él centró la atención en la pista de baile —. ¿Ve a la pareja que está bailando en esa esquina? Son lord Gregory Adams y lady Melissa Humphrey. Esta noche es la primera vez que bailan juntos. Pues bien, le aseguro que, en unas semanas, anunciarán su compromiso.

Henry la miró con suspicacia.

—¿Y cómo está tan segura?

—Porque he sido yo quien los ha presentado, y nunca fallo. Sé cuándo una pareja acabará casándose.

—¿Y dice que es la primera vez que bailan? —Henry observó cómo la pareja se miraba embelesada.

—Sí. De hecho, sé que han coincidido en varias ocasiones y que han mantenido alguna conversación cordial, nada relevante o significativo. Sin embargo, esta noche me he dado cuenta de que había pasado por alto todos los detalles que tienen en común. Conozco a ambos, y mi intuición no falla. Y le aseguro que no es la primera vez que llevo a cabo una empresa de este tipo con éxito.

—La veo muy segura de sí misma.

—Y lo estoy, completamente.

Él se rio.

—Bueno, para ser sincero, yo en estos asuntos suelo ser un poco escéptico.

—Lo entiendo, pero estoy segura de que pronto cambiará de parecer. Deme tiempo y lo verá con sus propios ojos —aseveró Audrey.

Henry no dijo más, y se mostró pensativo el resto de la noche. No perdió de vista a la pareja, a pesar de que tenía cosas más interesantes que ver.

Por ejemplo, lady Valery, una voluptuosa viuda que no dejaba de insinuársele. De hecho, le había ofrecido la llave de su habitación en

la mansión londinense donde se alojaba para que fuera a visitarla. Aunque era tentador, Henry declinó su oferta.

En otro momento de la velada, observó con interés a lady Audrey Morgan. Estaba sentada en un rincón con varias damas, mostrándose sonriente y animada.

Había oído rumores sobre su fama de casamentera, pero él se resistía a creerlos.

Le había gustado ver su mirada desafiante cuando había puesto en duda su habilidad de celestina. Había disfrutado mucho de esa breve charla y, no sabía por qué, estaba deseando que volviera a repetirse.

Miró entonces a lord Gregory y lady Melissa, que llevaban ya cinco bailes seguidos. ¿Sería cierto que anunciarían su compromiso en unas semanas? Estaría muy atento para comprobarlo.

[1] Mary Anning (1799-1847): paleontóloga británica, descubrió los primeros esqueletos de plesiosaurio, entre otros muchos. En su día, su nombre quedó relegado en la comunidad científica inglesa debido a su condición de mujer.

[2] Ada Lovelace (1815-1852): matemática y escritora británica, hija del célebre poeta Lord Byron. Famosa por su trabajo sobre la máquina calculadora mecánica y creadora del primer algoritmo destinado a ser procesado por una máquina. Es considerada la primera programadora de ordenadores de la historia.

Capítulo 3

Aquella soleada mañana, Henry recibió excelentes noticias de las excavaciones que estaban teniendo lugar cerca de Marley House. Habían encontrado numerosos objetos, entre ellos, algunas piezas de joyería de la época romana. Se sentía entusiasmado con las buenas nuevas.

El jefe de la excavación, el profesor Harrison, le había enviado unos dibujos de los últimos descubrimientos y Henry estaba deseando tener la ocasión de regresar a Marley House para verlo todo *in situ*.

Lástima que aún tuviera asuntos que resolver en Londres. Había pasado esas dos últimas semanas asistiendo a veladas y bailes, intentando encontrar una futura esposa sin éxito.

Era cierto que llevaba poco tiempo buscando, pero la situación le preocupaba. De seguir así, sus padres acabarían tomando cartas en el asunto. Y debía evitar eso a toda costa, por su bien.

Ese día había salido a cabalgar por Hyde Park para hacer un poco de ejercicio y despejar la mente. Iba a lomos de su fiel corcel Ulysses, un caballo de color blanco, esbelto y vivaz. Recorría el parque a ritmo pausado, saludando a algunos transeúntes, muchos de ellos conocidos.

De repente, a lo lejos, divisó dos figuras que le resultaban sumamente familiares. Lady Melissa Humphrey y lord Gregory Adams. Paseaban a pie juntos, charlando animadamente, seguidos muy de cerca por una dama que sería la carabina de lady Melissa.

Henry detuvo el caballo y dibujó una sonrisa al ver a aquellos dos mirarse de forma embelesada. En ese momento, se acordó de lady Audrey Morgan. Ella había sido la causante de esa escena, y había afirmado con rotundidad que pronto la pareja anunciaría su compromiso.

Los observó con interés cuando pasaron justo delante de él. Al verlo, ambos le saludaron con una inclinación de cabeza, al igual que

la carabina.

Decidió continuar con su paseo, e instó a Ulysses a reanudar la marcha. Mientras cabalgaba, consideró las palabras de lady Audrey. Aseguraba que era una buena celestina, aunque él todavía desconfiaba. Quería aguardar y comprobar si lo que ella había garantizado se haría realidad.

Notó de repente una ligera sensación de excitación ante la espera. Le gustaban los desafíos, y sentía verdadera curiosidad por saber cómo acabaría todo aquello.

En tanto, lady Audrey observaba los pasos de la pareja de forma discreta, pero con entusiasmo. Le encantaba verlos sonrientes y enamorados.

Paseaba por Hyde Park, siguiendo el mismo recorrido que lady Melissa y lord Gregory, junto a su hermana Julia. Esta era cuatro años menor que Audrey y estaba casada con lord Barron Hyatt, conde de Cheltenham. Sin embargo, el matrimonio aún no tenía hijos.

Julia era una mujer esbelta, de ojos azules como los de Audrey, con el pelo castaño claro. Cumplía todos los cánones de belleza y comportamiento establecidos. Era una mujer perfecta en todo, un orgullo para los Morgan. Nada que ver con Audrey.

Su hermana iba contándole algo, aunque Audrey no sabía qué, pues no estaba prestándole atención. Julia pareció notar la actitud ausente de su hermana mayor porque dijo molesta:

—Audrey, ¿me estás escuchando?

A continuación, le propinó un codazo. Audrey dio un respingo y miró a su hermana apurada.

—¡Por supuesto que te estaba escuchando!

Su hermana se detuvo y puso los brazos en jarras, observándola con el ceño fruncido.

—Muy bien, ¿qué acabo de decir?

Audrey se mordió el labio inferior y dio la callada por respuesta. No tenía ni idea. Julia suspiró exasperada.

—Audrey, contigo siempre es lo mismo, tienes la cabeza en las nubes.

Audrey se rio.

—Hablas igual que madre.

Julia no sonrió en absoluto; de hecho, se puso más seria.

—Para ti todo es una broma, Audrey. Estaba hablando de lord Bourne. Creo que sería un excelente pretendiente para ti.

Audrey puso cara de espanto ante el comentario de Julia. Lord Bourne era veinte años mayor que ella, gordo, viejo y muy conservador. Era un hombre aburrido, que había enviudado hacía poco. De hecho, tenía dos hijos más jóvenes que Audrey.

—¿Y cómo se te ha ocurrido algo así?

—¿Qué tiene de malo? Posee un título, propiedades, dinero y linaje. Es de lo mejor que podrás encontrar. No quiero herirte, Audrey, pero una solterona no puede aspirar a mucho más —soltó su hermana, sin delicadeza alguna.

Audrey apretó la mandíbula y resopló furiosa.

—Pues, si te soy sincera, prefiero quedarme soltera para siempre.

Julia volvió a suspirar.

—Esto es ridículo. En vez de estar todo el día preocupándote por emparejar a los demás, deberías ocuparte de tu futuro.

Audrey estaba empezando a cansarse, así que decidió cortar por lo sano la conversación.

—Exacto, no tengo remedio, así que mejor dejemos el tema.

Justo en ese momento, se cruzaron en su camino lady Adkins y lady Dawson, dos amigas de su hermana. Fue entonces cuando Audrey vio el cielo abierto. Aprovecharía la ocasión para dejar a Julia hablando con sus amigas. Así podría regresar a casa y evitar que su hermana volviera a martirizarla con el asunto del matrimonio.

Las dos mujeres eran del mismo tipo que Julia, auténticas damas de la alta sociedad, las esposas perfectas. Ambas siempre la habían mirado con cierto desdén, algo que no le extrañaba. Nunca se habían caído bien porque Audrey no compartía su forma de pensar.

—Si me disculpáis, creo que voy a irme a casa, tengo jaqueca —mintió.

Julia la miró con suspicacia, pero no la detuvo.

—Te veré en casa entonces —respondió.

Audrey dio media vuelta y se dirigió de regreso a casa. Ya había perdido de vista a lady Melissa y lord Gregory, pero no le

preocupaba. Sabía que estarían perfectamente.

Caminó despacio, disfrutando de su paseo a solas. La mayoría de las veces nunca salía a Hyde Park acompañada, porque prefería disfrutar de la soledad. Pensó en las hirientes palabras de su hermana.

Hacía años que ya no estaban tan unidas como antes. De niñas, a pesar de la diferencia de edad, todo el mundo afirmaba que parecían gemelas porque siempre estaban juntas. Audrey era un ejemplo para Julia. Esta la admiraba y la apoyaba en todo.

Cuando Audrey llegaba a casa cabizbaja y apenada después de un baile, o cuando su madre se enfadaba con ella porque era un desastre, Julia le daba ánimos.

Sin embargo, cuando esta se convirtió en una joven casadera, todo empezó a cambiar. Julia se volvió distante y su forma de pensar se tornó más convencional, comportándose siempre como se esperaba de ella. No obstante, lo peor estaba por llegar.

Cuando se casó con lord Hyatt, su relación con Julia empeoró. Audrey no había propiciado ese matrimonio, no había intervenido como celestina.

Lo cierto es que nunca le cayó bien lord Hyatt. Era un caballero apuesto que tenía una excelente posición social, pero era altanero y egocéntrico. Él, obviamente, tampoco sentía ningún aprecio por Audrey, y siempre que tenía ocasión la criticaba de forma despiadada.

Hacía un año, Audrey se enteró por una amistad cercana de que este engañaba a su hermana con múltiples amantes.

Audrey estuvo a punto de confesárselo; sin embargo, intuyó que esta se volvería más en su contra. De hecho, estaba segura de que Julia lo sabía y no le importaba. Digamos que había aprendido a sobrellevarlo.

En cambio, su hermano Clive era todo lo contrario. Tenían una excelente relación. Clive adoraba a Audrey, sobre todo porque gracias a ella había conocido a Annabella, su esposa, la mujer de su vida. El matrimonio tenía dos hijos, Howard, de once años, y Diana, de ocho, que también idolatraban a su tía.

Aunque de niños reñían mucho, al crecer, Clive se convirtió en un apoyo para Audrey y consideraba injusto que su entorno la presionara tanto para casarse, en especial su madre, que era muy estricta en estas cuestiones.

A veces incluso discutía con Julia, que en los últimos tiempos se mostraba demasiado dura con Audrey a este respecto.

Una hora después, Audrey llegó a Morgan House cabizbaja, pues todavía recordaba la reprimenda de su hermana. No obstante, tuvo poco tiempo de sentirse desdichada.

De repente, aparecieron en el vestíbulo sus dos sobrinos, que venían corriendo para recibirla. Audrey se agachó para ponerse a su altura y recibir sus muestras de cariño.

—¡Tía Audrey! —gritó Howard.

Los dos se abrazaron a ella y la pequeña Diana le dio un beso en la mejilla, al igual que Howard, que le sonrió con alegría. Se separaron de ella y Audrey se incorporó.

—Tía, estamos jugando en el jardín al escondite. ¿Juegas con nosotros? —preguntó Howard emocionado.

Audrey suspiró. Estaba agotada tras el largo paseo y no se sentía demasiado animada, aunque aquellos abrazos habían ayudado a que no se sintiera tan triste.

—Niños, estoy un poco cansada…

Entonces, los pequeños sacaron la artillería pesada.

—¡Por favor! —insistieron al unísono, haciendo pucheros y poniendo ojos de cordero degollado.

Audrey no podía resistir tanta dulzura, así que cedió. Asintió y los niños saltaron de alegría. Le entregó su sombrero y su chal al mayordomo de los Morgan, el señor Carter, y a continuación Diana la agarró de la mano y la condujo al jardín.

A Audrey le tocó el turno de buscarlos, y se dispuso a ello. No tardó demasiado en encontrar a los dos niños. Conocía bien todos los posibles escondites del jardín de Morgan House. Además, sus sobrinos eran muy malos para esconderse, porque solían soltar alguna risilla cuando ella estaba cerca, y eso los delataba.

No supo por qué, pero de repente se olvidó del mundo y disfrutó jugando con los pequeños. Ellos eran su otra gran pasión. Los que le

alegraban el día y le arrancaban una sonrisa despreocupada.

Más tarde apareció Annabella, que la saludó y se acomodó en una silla que había allí cerca para hacer punto mientras los observaba divertida.

Después de un buen rato, Audrey decidió tomarse un descanso, ya que no tenía tanta energía como sus sobrinos; se sentó junto a su cuñada, que ordenó a una sirvienta que trajera limonada.

—¿Dónde está Julia? Pensaba que había salido contigo —inquirió Annabella.

Audrey suspiró.

—La he dejado en Hyde Park con sus amigas.

Annabella miró a su cuñada con suspicacia.

—¿Habéis vuelto a discutir?

Audrey asintió.

—Bueno, yo no he empezado la pelea. Es ella la que busca siempre la guerra. Pretende que me case con lord Bourne.

Annabella puso una mueca de disgusto.

—i¿Tanto te odia?! Ese hombre es un espanto.

—¡Lo sé! Y, para colmo, lo justifica diciendo que a mi edad tengo pocas opciones—explicó apesadumbrada.

Annabella negó con la cabeza.

—No tiene remedio. Es una pena que se haya vuelto tan conservadora. Si no recuerdo mal, antes no era así.

—Y no aprueba que ayude a otros a casarse. Dice que estoy tan pendiente de los demás que no me estoy preocupando por mi futuro. ¡Claro que me inquieta! Es solo que no deseo casarme por obligación.

—Te entiendo perfectamente, Audrey. Pero debo darle la razón en eso. Pasas demasiado tiempo preocupándote por los demás. ¿Por qué no te ocupas de ti misma, para variar? Y no me malinterpretes, yo te estaré siempre agradecida. Gracias a ti, mi vida es maravillosa. Sin embargo, me gustaría verte igual o más feliz que yo. Estoy segura de que tu otra mitad anda por ahí, buscándote, y tú ni te has dado cuenta.

Audrey soltó una carcajada triste.

—Lo dudo mucho. No tengo una belleza arrebatadora ni soy una dama llena de virtud. Solo soy una solterona, torpe y deslenguada, que dice lo primero que se le viene a la cabeza sin pensar en las consecuencias. No tengo demasiado que ofrecer, salvo sinceridad absoluta.

Annabella la miró con cierto enfado, algo que a Audrey le extrañó. Su cuñada era la calma y la serenidad personificadas.

—Quien afirme eso, está completamente equivocado y ciego. Basta con hablar tan solo unos minutos contigo para darse cuenta de que tienes mucho que ofrecer. Tú no eres el problema, lo son los demás. Y quien diga eso de ti, es que no te conoce en absoluto y no merece tu aprecio. Así que deja de decir tonterías o me enfadaré de verdad —le advirtió.

Audrey sonrió agradecida. Annabella siempre sacaba lo mejor de ella, al contrario que Julia, que cada vez que tenía ocasión la hería. Decidió olvidarse de la conversación con Julia y dejar la tristeza a un lado.

Después de un largo rato, sus sobrinos le pidieron que volviera a jugar con ellos. Ya más descansada, se levantó y, rauda y veloz, acudió a su encuentro sonriente y animada. Así era ella, divertida y alegre, y quien quisiera estar a su lado debería aceptarla tal y como era.

Capítulo 4

Eran las ocho de la mañana y Henry bajó a desayunar visiblemente cansado. La noche anterior había regresado muy tarde de una velada en casa de un viejo compañero de juergas, lord Francis Whitaker, y había bebido más de la cuenta. Por suerte, recordaba todo lo sucedido y no había hecho nada indecoroso.

Entró en el comedor y se encontró con lord y lady Crawford, cada uno metido en sus propios asuntos. Su padre desayunaba en silencio con la vista fijada en el periódico, mientras su madre leía la correspondencia.

—Bueno días —dijo Henry acercándose a su sitio.

—Buenos días, querido. ¿Has dormido bien? Tienes mal aspecto —comentó su madre, mirándole seria.

—Sí, aunque poco. Pero me recuperaré —respondió con una leve sonrisa.

—Más te vale. Esta noche tienes que estar impecable para la velada en casa de lord Halifax.

Henry suspiró cansado. Cada día que pasaba, aquellas reuniones se le antojaban más agotadoras, si bien, no le quedaba otro remedio. Era el heredero de la familia y debía dejarse ver en todas partes.

—Por cierto, acaba de llegar una carta para ti de Michael desde París. —Su madre se la entregó.

El matrimonio Davenport llevaba un mes disfrutando de su luna de miel en Francia, y cada semana Henry recibía alguna misiva de su querido amigo Michael contándole cómo iban las cosas. Sonrió, abrió el sobre y la leyó en silencio.

Querido Henry:

Espero que te encuentres bien. Como ya te dije en mis otras misivas, nuestra luna de miel está siendo maravillosa. Charlotte

y yo estamos muy contentos, aunque cansados. Diría que nos sentimos felizmente agotados.

Pese a que nos encanta París, estamos deseando regresar a Inglaterra. Te advierto que volveremos dentro de unos días; de hecho, cuando recibas esta carta a lo mejor ya estamos en suelo inglés.

En cuanto lleguemos te lo haré saber. Tenemos muchas ganas de verte para contarte todo en persona.

Un afectuoso saludo,
Michael y Charlotte

Henry se alegró ante la perspectiva de ver a sus dos queridos amigos pronto. De repente, su padre abrió mucho los ojos, sorprendido, al leer un titular en la página de sociedad.

—Esto tiene que ser una broma —afirmó el hombre, incrédulo.

—¿Qué ocurre, padre? —preguntó Henry extrañado.

—Lord Gregory Adams se va a casar con lady Melissa Humphrey. No me lo puedo creer. Ya pensaba que ambos se quedarían solteros. Dice aquí que anunciarán el compromiso en casa de lord Rutherford mañana por la noche.

—Los milagros suceden, querido —comentó su madre.

Henry estaba asombrado. Vaya, así que era cierto. Lady Audrey no mentía ni exageraba. Y solo habían pasado tres semanas desde aquella velada en la que volvieron a verse.

Henry se rio, al tiempo que sus padres lo miraban con el ceño fruncido, sin entender qué le hacía tanta gracia.

—Ahora que se ha mencionado el asunto, ¿cómo va tu búsqueda, Henry? —inquirió su madre en tono severo.

Henry dejó de reírse y tragó saliva.

—Aún no ha dado frutos, me temo.

—Como sigas así, al final vamos a intervenir nosotros. El tiempo corre en tu contra —le advirtió su madre.

De repente, Henry tuvo una idea maravillosa. Sí, necesitaba ayuda, pero no la de sus progenitores. Debía acudir a una experta en la materia. Y quién mejor que lady Audrey Morgan.

—No te preocupes, madre. No será necesario. Pronto daré por terminada mi búsqueda, te lo aseguro.

Sus padres lo miraron con gesto interrogante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó lord Crawford.

—Ya lo veréis —zanjó Henry, dando un buen mordisco a su tostada.

Unas horas más tarde, Audrey llegaba a casa de lord Halifax. Esa noche se había puesto un vestido de seda de color malva, con escote en forma de uve, y llevaba el pelo recogido en un moño alto. Iba acompañada de sus padres, su hermano Clive y su cuñada Annabella.

Audrey localizó a sus amigas, lady Chantal y lady Frances, y acudió a su encuentro junto con su cuñada. Henry, que había llegado minutos antes, la divisó enseguida y la siguió con la mirada.

Llevaba todo el día inquieto. Tenía la ilusión de que ella asistiera al baile para plantearle su situación y pedirle ayuda. Estaba ocupado conversando con otro caballero y consideró descortés dejarle allí plantado en mitad de la charla. Así que esperó un poco, con la esperanza de encontrar un momento adecuado para dirigirse a ella.

Audrey mantenía una animada charla con sus amigas cuando vio a una muchacha al pie de la pista de baile. Parecía muy joven, seguramente era una debutante, y se mostraba tímida y apocada.

Audrey desvió la mirada y la posó en otro caballero, que observaba a la joven fascinado. Daba la impresión de que no se atrevía a acercarse a ella.

De nuevo, allí estaba, esa especie de fuerza que hacía que Audrey se convirtiera en Cupido.

—¿Quién es esa joven señorita que está delante de la pista, la del traje verde? —preguntó Audrey.

Sus amigas y su cuñada dirigieron la atención a la muchacha.

—Lady Leticia Fawcett, hija del conde de Woodstock —contestó lady Frances.

—¿Y aquel caballero? —Señaló con la mirada al joven.

—Lord Stephen Delaware, hijo del marqués de Salisbury —respondió lady Frances.

—¿Qué sabes de ellos? —inquirió Audrey.

Lady Frances pensó unos instantes.

—Según tengo entendido, a ambos les encantan los caballos. De hecho, me han contado que lady Leticia es una excelente amazona y que él es un magnífico jinete. Por lo demás, no sabría decirte.

Audrey sonrió decidida.

—Si me disculpáis un momento.

Se levantó y todas la miraron sabiendo lo que iba a suceder, porque habían visto aquella escena en numerosas ocasiones. Henry la observó expectante. Quería ver a lady Audrey Morgan en plena acción.

Audrey se acercó al joven y le sonrió, algo que a él le sorprendió.

—Lord Stephen, ¡cuánto tiempo! Me da mucha alegría verle.

El joven se mostró apurado, pero sonrió.

—Sí, mucho tiempo, lady…

—Lady Audrey Morgan. No se preocupe, entiendo que no se acuerde, hace bastante que no nos vemos.

—Sí, lo siento, es que no la he reconocido —respondió confuso.

—¿Sabe? El otro día me acordé de usted. ¿Conoce a lady Leticia Fawcett? Es esa dama que está ahí —comentó Audrey señalando con la cabeza el lugar donde se encontraba la muchacha, que los miraba de reojo.

—No tengo el placer —contestó él con cierto anhelo.

«Maravilloso», pensó Audrey.

—Verá, es que estuvimos charlando sobre caballos, que es un tema que a mí me aburre un poco, ¿sabe? Y me recomendó comprar una yegua de raza árabe o española, no sé cómo se dice. Esos que tienen las patas enormes y el hocico grande.

El muchacho la miró con espanto.

—Creo que se confunde, milady. Está hablando de un percherón, no de un caballo árabe.

—¿Lo ve? No entiendo nada de caballos, por eso me ayudaría mucho recibir consejo de ambos. Tengo entendido que a usted le encanta el tema.

—Bueno, sí, la equitación es una de mis pasiones.

—Entonces, venga, le presentaré a lady Leticia y así, entre los dos, pueden ayudarme —propuso Audrey agarrándole del brazo y arrastrándole hasta lady Leticia.

La joven los miró con cierto apuro y Audrey pudo ver cómo se sonrojaba.

—Lady Leticia, está usted preciosa esta noche. Quería presentarle a lord Stephen Delaware, un buen amigo mío.

Los dos hicieron una discreta reverencia y se mostraron tímidos.

—Bueno, le estaba contando a lord Stephen que usted me recomendó adquirir una yegua de raza árabe, y quería que discutieran el asunto, porque ustedes entienden de estas cosas, y así podría tener dos opiniones.

Lady Leticia la observó extrañada, pero Audrey le guiñó un ojo, instándole a que le siguiera la corriente.

—Sí, es cierto. ¿A usted le gustan los caballos, lord Stephen? —preguntó lady Leticia.

Él sonrió de forma encantadora y la joven se ruborizó aún más.

—Me apasionan.

Empezaron a hablar del asunto y Audrey los dejó solos, retirándose con discreción. Satisfecha con su nueva hazaña, decidió salir a tomar el aire a la terraza de la casa, donde había un coqueto jardín. Henry la siguió. Era el momento perfecto para felicitarla y, de paso, pedirle ayuda.

Una vez estuvo fuera, Audrey se apoyó sobre la barandilla de piedra que había allí, disfrutando de una hermosa vista del firmamento. Estaba tranquila y completamente absorta cuando oyó una voz a su espalda.

—Ha vuelto a hacerlo, lady Audrey. Y debo decir que esta vez ha sido brillante —afirmó Henry colocándose a su lado.

Audrey sonrió.

—Gracias, lord Henry. Imagino que se enteró del compromiso de lord Gregory y lady Melissa.

—Así es, y la felicito. Y, además, pido disculpas por haber dudado de usted.

—No se preocupe, era natural. Le agradezco sus felicitaciones.

Henry empezó a frotarse las manos, nervioso. Ahora que estaban a solas, no sabía cómo plantearle el tema.

—Lady Audrey…

—¿Sí? —Lo miró.

Henry respiró profundamente y logró serenar su inquietud.

—Necesito su ayuda. He intentado encontrar una esposa adecuada para mí, pero no consigo hallarla por ninguna parte. Y sé que usted es la única persona que puede ayudarme en este asunto.

Audrey lo observó sorprendida. Jamás habría esperado semejante petición de ayuda de un hombre tan apuesto. Porque lo era. Lord Henry sería capaz de robar el corazón de cualquier dama sin esfuerzo.

—Bueno, estaría encantada de ayudarle, pero no sé nada de usted.

—¿Qué necesita saber?

—Gustos, aficiones y qué es lo que busca.

Henry meditó unos segundos.

—Me gusta conversar, bailar, leer y, bueno, me interesan la historia y el arte.

Audrey asintió pensativa. Al menos con esa información podría hacer algo.

—¿Para qué precisa saber todo eso? Pensé que su don era instintivo.

—Sí, pero es necesario partir de algún punto. Sobre todo, cuando no tenemos nada. En este tipo de cuestiones, la primera impresión no siempre es la acertada. A veces existe una atracción evidente, y otras no. Lo más sencillo es unir a personas que tienen cosas en común. Aficiones, gustos, ideas. Es decir, que no es tan fácil como parece, porque el amor no se mueve por normas concretas.

—No, desde luego que no.

—Sin embargo, si conozco bien sus gustos, puedo tratar de encontrar a alguien que encaje con usted, y así será más fácil. Aunque le advierto que llevará tiempo.

—Confío en usted plenamente. He podido ver los resultados y le aseguro que estoy dispuesto a colaborar —afirmó Henry más aliviado.

Audrey sonrió satisfecha.

—¡Excelente! Entonces, tenemos un trato, lord Henry. A partir de este momento, comienza la búsqueda de la candidata perfecta.

Capítulo 5

Había transcurrido una semana desde que Audrey aceptara el desafío de buscar a la candidata perfecta para Henry Crawford. Estaba poniendo todo de su parte para encontrarla y, sin embargo, su búsqueda no había dado frutos por el momento.

Henry era una persona paciente. Sabía que lo bueno se hacía esperar, y confiaba plenamente en Audrey.

Esa tarde, tras una intensa mañana en Brooks, Henry iba a ver a dos personas muy queridas para él.

El día anterior, el señor Stevens le había entregado una nota de parte de Michael, en la que le hacía saber que Charlotte y él estaban por fin en Londres, y le pedía que reservara la tarde para ellos. Henry así lo hizo.

Se encontrarían en Kenton House, la casa de lord Davenport en Mayfair, para tomar un té y ponerse al día.

Estaba deseando ver a su pareja favorita y, en cuanto terminó de comer, se despidió de sus padres y se dirigió a su cita.

Llegó escasos diez minutos después, y el mayordomo de la familia Davenport le condujo al salón, donde ya lo esperaban Michael y Charlotte.

Los dos se levantaron y los abrazos y las muestras de afecto se sucedieron. Sonrientes y animados, los tres se acomodaron en los sillones que había en la sala. Charlotte y Michael, risueños y agarrados de la mano, empezaron a contarle cómo había transcurrido su viaje de novios.

—Visitamos París y Amiens. No tuvimos tiempo de más —dijo Michael.

—París es una ciudad de ensueño. Había visto ilustraciones y leído algunos libros donde la describían, pero, al verla en persona, considero que las descripciones no le hacen justicia —explicó Charlotte entusiasmada.

—¿Y qué te pareció Amiens? —preguntó Henry.

—Muy bonita, si bien, no tan encantadora y vibrante como París —contestó Charlotte.

—Estoy seguro de que habrás encontrado inspiración para tu próxima novela —comentó Henry.

—¡Desde luego que sí! Aunque durante la temporada no voy a tener tiempo para sentarme a escribir. Según lord Davenport, tenemos muchos compromisos.

—Según él, todo el mundo quiere conocer a la nueva lady Davenport —apuntó Michael.

—Es natural, es una de las novedades de la temporada. La verdad es que mucha gente no se lo creyó al principio. Estaban convencidos de que yo me casaría antes que tú.

—Supongo. A propósito, ¿cómo va ese asunto? —preguntó Michael.

Henry suspiró.

—Sin novedades. He solicitado la ayuda de lady Audrey Morgan, ducha en estos menesteres. Pero, por ahora, no ha habido suerte.

—¿De qué estáis hablando? —inquirió Charlotte con gesto interrogante.

—Lady Audrey Morgan, que según se dice es una experta casamentera, está ayudando a Henry a encontrar esposa —respondió Michael.

Charlotte intentó recordar el rostro de la dama, a la que había visto en alguna ocasión.

—¿Es esa mujer con los ojos claros y el cabello oscuro que tiene un tipo parecido al mío y que siempre es tan amable?

—Así es —contestó Henry.

—Vaya, no sabía que tenía esa fama. Solo me acuerdo de que era una mujer encantadora. ¿Está casada? Si no recuerdo mal, tenemos la misma edad.

—No, sigue soltera. Ya la consideran una solterona —respondió Henry.

Charlotte torció el gesto ante ese comentario y Henry se percató de ello.

—He dicho que la consideran, no que yo lo haga. No me gusta usar esa palabra, creo que es insultante —aclaró.

Charlotte sonrió satisfecha.

—Pues me encantaría que nos volviéramos a encontrar, me parece una dama muy simpática.

—Descuida, tendrás ocasión de verla —afirmó Henry.

—Por cierto, ¿vas a ir mañana a la exposición del Museo Británico? —inquirió Michael.

Henry se rio.

—Claro que iré. Parte de la exposición la forman piezas de mi colección, de las últimas excavaciones en Marley House.

Charlotte y Michael le miraron sorprendidos.

—Qué interesante. Entonces, te acompañaremos. ¿Quién mejor que tú para contarnos curiosidades? —sentenció Charlotte.

Al día siguiente, Audrey se preparaba para ir al Museo Británico. Estaba deseando ver con sus propios ojos las nuevas piezas que se expondrían. Restos del Antiguo Egipto, Roma y Grecia llenarían las salas y saciarían su curiosidad. Estaba emocionada. Bueno, siempre lo estaba cuando se trataba de esos temas.

A pesar de la alegría del momento, no podía evitar sentirse un poco frustrada últimamente. Llevaba una semana buscando y observando a posibles damas que encajaran con lord Henry; sin embargo, no había habido suerte. A todas les encontraba algún defecto.

Tampoco era fácil el asunto. Había pocas damas, por no decir casi ninguna, que estuvieran interesadas en los mismos temas que lord Henry.

Casi todas ellas solo pensaban lo que el padre o el hermano les dijera, y solían hablar de temas un tanto insustanciales, como el matrimonio y el hogar.

Si lord Henry se enamorara de una joven en concreto, ella podría hacer su magia. Pero, por el momento, eso no había sucedido. No obstante, Audrey no se rendía.

Se alisó con las manos la falda de su vestido azul claro, sin escote y de manga larga, y se dirigió al vestíbulo, donde la esperaban su

cuñada Annabella, su hermano Clive y sus sobrinos. Al cabo de unos minutos, los cinco se subieron al carruaje, rumbo al museo.

—Tía Audrey, ¿habrá momias en el museo? —preguntó Diana.

—No lo sé, seguramente sí.

—Tía Audrey, ¿y se levantarán del sarcófago y vendrán a comernos? —inquirió Howard.

—¡Howard! ¿Qué tonterías estás diciendo? —espetó Clive a su hijo, con gesto serio.

El niño se encogió de hombros.

—Es por saberlo. Así podremos salir corriendo —contestó con naturalidad.

Annabella, Clive y Audrey consiguieron contener la risa ante la divertida respuesta.

—No van a moverse de su sitio, Howard. Las momias solo desean descansar. Y tienen muchos cientos de años como para ir corriendo detrás de ti —aseveró Audrey.

Howard pareció satisfecho con la explicación de su tía y no hizo más preguntas.

Minutos después llegaron al museo, que ya estaba bastante concurrido. Entraron y comenzaron a andar despacio entre la gente, observando detenidamente el contenido de los expositores. Jarrones, vasijas, joyería, elementos de la vida cotidiana de los pueblos más antiguos.

Henry, seguido de Michael y Charlotte, iba contándoles anécdotas y curiosidades sobre las piezas expuestas. Estaban contemplando una de las piezas que había donado Henry al museo cuando alguien se dirigió a él:

—¡Lord Henry! ¡Qué agradable sorpresa!

Henry se giró y se mostró gratamente sorprendido.

—¡Lord Baltimore! Es un placer volver a verle. Pensaba que aún estaba en Italia.

Lord Baltimore, un caballero de elegante porte, de unos cincuenta años, con barba, bigote y cabello oscuro, esbozó una sonrisa.

—Regresé hace tres días. No podía perderme la exposición. Nunca me lo habría perdonado —respondió entusiasmado.

—Hay piezas suyas, imagino.

—Así es, aunque los trabajos siguen dando sus frutos. Por cierto, quiero presentarle a alguien. —Lord Baltimore se apartó ligeramente, cediendo el paso a una joven dama que se colocó a su lado—. Lord Henry, esta es mi hija, lady Victoria.

La joven saludó con una delicada reverencia.

—Es un placer conocerle, lord Henry —dijo con un suave tono de voz.

Lady Victoria era una muchacha de tez blanca, piel de porcelana, cabello rubio oscuro y ojos grises como los de su padre. A simple vista, parecía una dama grácil y bien educada. Y a Henry le causó una grata impresión.

—Lo mismo digo, lady Victoria. Permítanme presentarles a lord Michael Davenport y lady Charlotte.

Terminadas las presentaciones, el grupo intercambió impresiones sobre la exposición, y lord Baltimore ofreció más detalles sobre las excavaciones que estaba financiando en Italia.

Justo en ese momento, Audrey los vio a lo lejos y observó a lord Henry charlando animadamente con una hermosa joven. Pensó que hacían una pareja excelente. Ambos eran apuestos y elegantes, y parecían sentirse cómodos en su mutua compañía.

Por fin, Audrey halló lo que estaba buscando. Decidida a no dejar escapar la ocasión, se acercó al grupo mientras su familia la observaba con curiosidad.

—Buenas tardes —dijo cuando llegó hasta ellos.

A Henry se le iluminó el rostro al verla. Lejos de llevar los deslumbrantes vestidos de noche, lady Audrey estaba muy elegante con un sencillo traje azul. No esperaba encontrársela en aquel lugar.

—Lady Audrey, no sabía que le gustara la historia —se sorprendió Henry.

—Me encanta todo lo que tenga que ver con las civilizaciones antiguas, lord Henry. No podía perderme esta exposición —afirmó Audrey. De repente, se dio cuenta de que lord Michael y lady Charlotte estaban junto a él—. Lord Michael, lady Charlotte, no sabía que habían vuelto. Me alegra volver a verlos.

—Igualmente, lady Audrey —respondió Charlotte mientras Michael hacía una reverencia.

—Lady Audrey, le presento a lord Baltimore y su hija, lady Victoria. Esta es lady Audrey Morgan —dijo Henry.

Los tres se saludaron con una inclinación, y enseguida Audrey se percató de la presencia de su hermano y su cuñada, justo detrás de ella. Sus sobrinos la miraban, situados a ambos lados de ella, con cierta expectación.

—Les presento a mi familia: mi hermano, lord Clive, lady Annabella y mis sobrinos, Howard y Diana —comentó Audrey dirigiéndose al grupo.

Todos se mezclaron para conversar, al tiempo que Audrey centraba la atención en lady Victoria y en lady Charlotte. Durante esos pocos minutos, Audrey le hizo saber a Charlotte lo mucho que le había gustado su novela *Viaje a Mirna*, y le preguntó sobre sus futuros proyectos como escritora.

Lady Victoria resultó ser una joven muy simpática y agradable. Era un auténtico ratón de biblioteca, una apasionada de la historia y la arqueología que colaboraba con su padre en las excavaciones.

Audrey estaba impresionada. Lady Victoria escondía un espíritu aventurero tras una máscara de delicadeza y saber estar. Todo lo opuesto a ella, que se mostraba tal y como era, sin reservas. Y eso le había traído algún que otro problema.

Por otro lado, Audrey quedó asombrada al descubrir que muchas de las piezas allí expuestas provenían de la colección personal de lord Henry. No era conocedora de la abrumadora pasión del caballero por la arqueología, pero le parecía algo maravilloso. Al final, lord Henry había resultado ser toda una caja de sorpresas.

Henry se entretuvo charlando con lord Clive, al tiempo que Michael y él prestaban atención a Howard y Diana, contándoles curiosidades y contestando con paciencia a todas sus preguntas. Charlotte observaba con ternura a su marido y no tuvo dudas de que sería un padre excelente.

Henry se estaba divirtiendo mucho esa tarde y le encantaba conversar con aquellos dos pequeños que decían lo que pensaban sin tapujos, sin ser unos niños maleducados. No tocaban nada y se mantenían siempre atentos a sus explicaciones. Eran simplemente encantadores.

Una vez salieron del museo, se separaron en la entrada, no sin antes despedirse. Audrey, entusiasmada por el buen resultado del encuentro, se acercó a Henry para despedirse.

—Lord Henry, ¿qué le ha parecido lady Victoria? —preguntó en voz baja.

Él la miró y se encogió de hombros.

—Parece una joven agradable.

Audrey sonrió y Henry frunció el ceño.

—No estará pensando en…

Audrey asintió.

—Es simplemente perfecta. He tenido la oportunidad de hablar con ella y son tal para cual. Tienen muchas cosas en común, y además hacen una pareja excelente. ¿O es que no le gusta?

—Sí, bueno, considero que es una mujer muy hermosa, pero aún tengo dudas. Apenas hemos hablado —comentó dubitativo.

—No se preocupe. Estoy segura de que tendrán ocasión de verse de nuevo. Lady Victoria asistirá a casi todos los eventos de la temporada, según me ha contado. Y si es necesario, puedo propiciar yo algunos encuentros. Estoy convencida de que todo va a salir bien —afirmó Audrey—. Confíe en mí.

Lord Henry no dijo nada más. Por supuesto, confiaba en ella. Sabía que haría todo lo posible por ayudarle. Sin embargo, no estaba tan seguro de que fuera capaz de enamorarse de lady Victoria.

Era hermosa, educada y culta, parecía la mujer perfecta. En otro tiempo, habría tratado de seducirla sin dudarlo. Pero, en esos instantes, no quería precipitarse.

—Desconocía la pasión de lady Audrey por la ciencia y la historia. Sabe mucho sobre esas cuestiones. Me ha contado que tiene un telescopio en casa, y que suele observar el firmamento cuando está en el campo. Dice que lo ha intentado en Londres, aunque ha sido imposible —comentó Charlotte.

—Hay mucha polución y eso dificulta ver el cielo con claridad. La verdad es que ahora prefiero pasar más tiempo en Horton Hall. El aire de Londres es asfixiante —aseveró Michael.

Henry se mostraba pensativo. Le había sorprendido gratamente ver a lady Audrey en el museo. No se imaginaba que compartieran los mismos gustos.

Al comprobar que ejercía el papel de Cupido con sumo gusto, le había dado la impresión de que su principal interés era meterse en la vida de los demás y solucionar sus asuntos amorosos. Un error propio de alguien que se deja llevar por las primeras impresiones.

No obstante, lo cierto era que sentía una enorme curiosidad por ella. ¿Qué más sorpresas le tendría guardadas?

Capítulo 6

Era una hermosa y agradable mañana de sábado, y lord Henry había decidido salir a dar un paseo. Iría en busca de una serie de libros sobre historia y derecho en los que estaba muy interesado, que le servirían en su preparación como futuro miembro de la Cámara de los Lores.

Entró en la librería Rutshore, que solía visitar a menudo y donde siempre encontraba lo que necesitaba. El establecimiento era propiedad del señor Rutshore, un librero muy versado y anciano que había abierto el negocio de joven. El hombre conocía bien el género que tenía, sabía exactamente dónde estaba cada ejemplar y qué recomendaciones ofrecer a los más despistados.

—Buenos días, lord Henry —lo saludó el señor Rutshore, mirándole a través de sus gafas de fina montura de metal.

—Buenos días. ¿Cómo está, señor Rutshore?

—Bien, como siempre, milord. Muchas gracias. ¿Qué busca hoy?

—Unos libros de historia y derecho. Tengo los títulos apuntados.

Henry sacó de uno de sus bolsillos un papel donde llevaba anotados los libros que quería encontrar y se lo entregó al librero. El hombre leyó atentamente los títulos y asintió.

—Por suerte, los tenemos todos. Deme un minuto, ahora mismo se los traigo.

Dicho eso, el hombre se dirigió a las estanterías pertinentes en busca de los ejemplares.

En ese momento, sonó la campanilla de la entrada y Henry enfocó la vista allí. Dibujó una sonrisa al ver a lady Audrey, que saludó al librero cuando este pasó por su lado.

Audrey se dirigió a una de las góndolas que había en el centro de la librería y ojeó los libros expuestos. Henry entonces se acercó a ella.

—¡Qué grata sorpresa verla aquí, lady Audrey!

Audrey alzó la vista y se encontró con la sonrisa de lord Henry.

—¡Lord Henry! ¿Cómo usted por aquí? —preguntó sorprendida.

—He venido a por unos libros que necesito. ¿Y usted?

Audrey se encogió de hombros.

—Busco un obsequio para mi cuñada, pronto celebraremos su cumpleaños y no sé bien qué regalarle. He pensado que una novela de amor estaría bien.

Henry estudió con detenimiento los ejemplares colocados en la mesa.

—¿Sabe qué autor le gusta?

Audrey negó con la cabeza.

—No; de hecho, si le soy sincera, no suelo verla leer. Quizás me esté equivocando en mi elección.

Henry la observó acariciar la cubierta de uno de los libros.

—Creo que me llevaré este de la señorita Austen. Si no le gusta, lo leeré yo —sentenció Audrey.

—Tengo la impresión de que realmente ha venido a comprarse un regalo para usted. ¿Me equivoco? —comentó Henry divertido.

Audrey agachó la mirada.

—Bueno, sí, me ha descubierto. La lectura es una de mis grandes pasiones. Sin embargo, es cierto que no sé qué regalarle. ¿Qué le puede gustar a una dama tan elegante como mi cuñada?

Henry pensó un momento, apoyando su dedo índice en el mentón y mirando hacia el techo.

—Quizás una joya, una prenda de vestir, un pañuelo…

Audrey se mostró asombrada.

—Veo que usted está más versado que yo en este tipo de asuntos.

Henry se rio.

—Mi madre es una mujer exigente y siempre debo ser cuidadoso con los regalos. Me he vuelto un experto en este tema gracias a ella. Bueno, y también con otras… —explicó apurado.

—Entiendo—dijo Audrey—. Será mejor que siga buscando en otra parte. Me ha dado muchas ideas. Gracias, lord Henry.

Audrey se dirigió con el libro en la mano al mostrador, pagó al librero y, justo cuando se disponía a marcharse, a Henry se le ocurrió una idea.

—Si quiere puedo acompañarla. Así podría asesorarla mejor. Si no tiene inconveniente, claro —propuso.

Audrey lo miró desconcertada.

—Eso sería estupendo, pero no querría causarle molestias.

—No se preocupe, será un placer. Solo necesito pagar los libros y enseguida nos vamos.

Mientras Henry pagaba, Audrey esperó de pie a su lado. A continuación, salieron del establecimiento y comenzaron a caminar por las abarrotadas calles.

Entraron en distintas tiendas buscando el regalo perfecto para Annabella. Gracias al asesoramiento de Henry, Audrey consiguió comprar el presente ideal para su cuñada: un precioso mantón de seda, con detalles florales bordados.

Era elegante y sofisticado y sus vivos colores combinaban con muchos de los vestidos de Annabella.

—Es simplemente perfecto, estoy segura de que le va a encantar. De nuevo, muchas gracias, lord Henry —dijo Audrey entusiasmada, mientras paseaban por la calle.

—No hay de qué. Oiga, ¿qué le parece si nos sentamos? Nos vendría bien descansar un poco después de caminar tanto.

Audrey miró al frente y divisó un banco en la plaza de Berkeley Square.

—Sígame.

Henry obedeció y, en cuanto se acomodaron en el banco, suspiraron con aire cansado.

—Por eso no me gusta ir de compras, porque una acaba agotada —comentó Audrey.

Henry la observó con interés.

—Siempre pensé que a las damas les gustaba ir de compras.

Audrey negó con la cabeza.

—Eso es una idea extendida que no tiene en cuenta los casos particulares como yo.

—Eso es cierto.

—Nos educan con una serie de ideas y patrones según nuestro género. De cada uno de nosotros se espera un comportamiento

diferente, siempre dependiendo de si somos una dama o un caballero. Ojalá eso cambiara algún día.

—¿Cómo lo cambiaría usted?

—Muy sencillo. Imponiendo una educación igualitaria para niños y niñas. En nuestra sociedad, la desigualdad entre nuestros niños es evidente. Ya no solo entre clases sociales, sino entre los niños de una misma familia. En mi caso, Clive tuvo una educación privilegiada. Pudo ir a la universidad, estudiar, aprender y vivir lo que Julia y yo no pudimos.

Henry consideró su idea y no pudo estar más de acuerdo.

—Comprendo perfectamente su punto de vista. Sin embargo, veo complicado que ese cambio se produzca de forma inmediata.

—Bueno, usted puede provocar ese cambio, lord Henry. Tengo entendido que en un futuro será miembro del Parlamento—indicó.

Henry se revolvió incómodo.

—Sí, eso me temo.

—Observo que no le entusiasma la idea.

Henry suspiró.

—Bueno, admito que no me apasiona. Preferiría no estar en esa posición.

—¿Por qué?

—Porque no creo que pueda hacer mucho.

—Créame, es un privilegiado. Ya me gustaría a mí poder ocupar su lugar —afirmó.

—No es tan fácil. Uno debe relacionarse, tratar y negociar con otros miembros de la Cámara para poder hacer propuestas. Al final, poco se hace en el Parlamento. Todo se discute en los salones.

—En mi opinión, eso es mucho mejor. Una buena taza de té, una charla distendida, una partida de cartas. Si los dos adversarios se sienten cómodos, es mucho más fácil llegar a acuerdos. En eso consiste todo. Sentarse, escuchar y proponer. No quedarse esperando a que las cosas ocurran.

»A mí me encantaría tener la oportunidad de exponer mi opinión sin que nadie me juzgue. Decir lo que pienso sin controlarme. Por eso le envidio, lord Henry. No sabe la suerte que tiene de poder

expresarse como desee. Desde que tengo uso de razón, mis ideas siempre han estado bajo un control férreo.

—Lo sé, eso ocurre siempre.

—Por eso, aproveche ese privilegio y úselo para favorecer a pobres almas como la mía, que no pueden actuar con libertad. Hágalo por esa humilde familia que no tiene suficientes recursos para abastecerse, por aquellos que no tienen derechos.

»En esta nación, hay mucha gente que necesita ideas nuevas y modernas que nos hagan progresar juntos. Y usted tiene un papel importantísimo en todo eso, aunque ahora no se lo parezca.

Henry la miró fascinado. Si ella pudiera optar a un asiento en el Parlamento, estaba convencido de que muchas leyes cambiarían y otras nuevas saldrían adelante. Era una mujer brillante.

—Sin duda, ahora veo las cosas de otra forma, lady Audrey. ¿Dónde ha aprendido a hablar de esa forma tan elocuente?

Audrey sonrió.

—Leyendo mucho y siendo la hermana mediana en una familia donde siempre me ha costado destacar.

—Entonces, tengo mucho que aprender de usted —aseveró.

—Descuide, puede contar conmigo como maestra.

Ambos se rieron.

—Y cambiando de asunto, ¿cuándo empezó a interesarse por la ciencia?

—Siendo muy niña y gracias a mi abuelo, lord Morgan. Le atraían las ciencias en general. Había viajado mucho y siempre nos contaba historias que captaban solo mi interés.

—Entiendo. Así que tuvo un buen maestro.

Audrey se encogió de hombros.

—Sí, escuchaba sus historias con fascinación. A Clive y a Julia no les interesaban. A los diez años, empecé a leer libros sobre astronomía, historia y viajes. Muchos de ellos formaban parte de su biblioteca.

—¿Y ha tenido la ocasión de viajar?

—No, solo he viajado por Inglaterra, nunca he ido más allá. Y no porque no hubiera oportunidad. Mi tía, lady Harrington, es la aventurera de la familia. Lleva años recorriendo el mundo y, siempre

que viene a Inglaterra, les pide a mis padres que me permitan vivir con ella en el extranjero, pero a mi padre no le gusta la idea.

—¿Por qué no?

—Porque considera que la vida de mi tía es demasiado exótica y excéntrica y, según él, no me haría ningún bien.

—¿Excéntrica? —Henry frunció el ceño.

Audrey asintió.

—Sí, bueno, digamos que mi tía no vive como el resto de la sociedad. No lleva corsé, dice lo que piensa sin reparar en las consecuencias y disfruta su vida apartada de las grandes fiestas y la alta sociedad. Nunca le ha gustado seguir las normas.

Henry se rio.

—Me cae bien su tía.

Audrey sonrió.

—Y a mí. Creo que es una mujer muy decidida y valiente. Aunque me gustaría que dijera las cosas de una manera menos brusca. En fin, cada uno es como es. De todas formas, aparte de la vida excéntrica de mi tía, mis padres siempre han preferido que me quede aquí para buscar marido.

—Bueno, usted ya es mayor de edad, sus padres no pueden impedirle que tome ciertas decisiones. ¿Por qué no se marcha con su tía ahora?

Audrey suspiró.

—Lo he pensado, pero me he dado cuenta de que, a pesar de todo, echaría mucho de menos a mi familia y extrañaría Inglaterra. Sin embargo, no descarto hacer algún viaje en el futuro. ¿Usted ha viajado mucho?

Henry asintió.

—Sí, cuando aún estudiaba, viví un año fuera y recorrí gran parte del continente. Años después, hice un par de viajes a Egipto y Grecia.

—Así que ha visto mundo.

—Solo una parte. Aún me queda mucho por descubrir.

—Si le parece poco, creo que voy a ponerme a ello. No sin antes dejar zanjado nuestro asunto, por supuesto.

—¿Qué asunto? —preguntó extrañado.

—Su enlace con lady Victoria. Aún estamos en pleno proceso, no debemos despistarnos, lord Henry. ¿En qué pensaba? —respondió sorprendida.

Henry, apurado, tragó saliva. Había estado tan cómodo charlando con lady Audrey que se había olvidado de todo lo demás.

En ese instante, recordó su asunto con lady Victoria. Sí, esa preciosa mujer que según lady Audrey era la candidata perfecta para convertirse en su futura esposa.

Miró a su interlocutora, que lo observaba con sus hermosos ojos azules. Era lógico que se hubiera olvidado de lady Victoria. A su parecer, lady Audrey era en esos momentos la criatura más interesante y encantadora del mundo.

De repente, se oyeron unos truenos a lo lejos. Habían estado tanto tiempo hablando, absortos el uno en el otro, que no se habían dado cuenta de que el cielo se nublaba por completo. Nubes negras amenazaban con desatar una poderosa tormenta. Había llegado la hora de despedirse.

—Será mejor que nos vayamos o acabaremos empapados —afirmó Audrey.

Se levantaron a la vez.

—Cierto. ¿Nos veremos pronto?

—¡Por supuesto! Acudiré a casi todos los eventos con mi familia.

—Espléndido —respondió Henry contento.

Audrey suspiró nerviosa. Parecía que sus pies no querían moverse del sitio y notaba cómo su pulso se aceleraba al mirar a lord Henry, que la observaba con sus preciosos ojos color esmeralda.

—Hasta pronto, lord Henry, y gracias.

—Hasta pronto, lady Audrey.

Dicho esto, se separaron y se dirigieron a sus respectivas casas. Unas diminutas gotas empezaron a caer, mientras Henry apresuraba el paso.

Notaba una extraña sensación en el estómago, como si unas mariposas revolotearan dentro de él. Se preguntó por qué le sucedía eso.

No había querido dejar marchar a lady Audrey en la librería, y le había entristecido enormemente tener que despedirse de ella

después. La tormenta le había avisado de que ya habían pasado juntos más tiempo del apropiado.

Solo esperaba que, en su próximo encuentro, el universo fuera más permisivo.

Capítulo 7

Audrey y lady Victoria se habían convertido en buenas amigas en esos últimos días. Habían tenido la oportunidad de encontrarse en varias ocasiones y ya sabían mucho la una de la otra.

Lady Victoria era una joven culta y agradable, con quien Audrey podía hablar casi de cualquier cosa. La joven le contaba anécdotas de sus viajes y de su vida en lugares exóticos y lejanos, cosa que a Audrey le fascinaba.

Ese mismo día, se verían en una fiesta que se celebraría en los jardines de la mansión de lord Lannister. El anfitrión había organizado un almuerzo al aire libre con motivo de su cumpleaños, y la celebración duraría toda la jornada.

Sería una ocasión perfecta para que Henry y lady Victoria se encontraran y pudieran conocerse mejor.

Audrey iba de camino a la mansión acompañada de su hermana Julia y su esposo, el odioso lord Hyatt. Su hermano Clive y Annabella habían ido a visitar a los padres de esta última y no acudirían a la fiesta.

Su hermana Julia iba impecablemente vestida con un traje de color malva, y su cuñado llevaba uno gris, con camisa blanca y corbata a juego. Audrey lucía un vestido azul celeste sencillo y discreto.

Iban los tres sentados en el carruaje, en silencio, sin apenas mirarse. La relación no era demasiado cordial entre Audrey y lord Hyatt. Era un hombre que siempre se mostraba arisco y altanero con los Morgan. Julia vivía en tensión constante por este motivo. Debido a eso, Audrey se mantenía callada cuando estaba en su presencia. Era mejor no crear situaciones incómodas y desagradables.

Por fin llegaron a la mansión, donde los tres se separaron. Lord Hyatt se unió a un grupo de hombres, mientras Julia saludaba a sus amigas, que se encontraban en el vestíbulo. Audrey se quedó entonces sola, y caminó hasta salir al jardín.

Allí todo el mundo estaba reunido en grupos y, cuando Audrey empezó a sentirse fuera de lugar, alzó la vista y halló bajo la sombra de un roble a lord Henry conversando con otro caballero.

De repente, se sintió un poco tímida y, como no deseaba importunarle, no se movió de donde estaba. Sin embargo, Henry la vio y agitó el brazo, indicándole que se acercara, con una amplia sonrisa. Audrey no tardó en llegar hasta él, mostrándose animada y jovial.

—¡Lady Audrey! ¡Qué grata sorpresa! No sabía que vendría —comentó Henry más contento de lo que esperaba.

La había atisbado a lo lejos y había sentido una alegría inmensa al verla.

—No pensaba hacerlo, pero al final me han convencido. Además, he quedado en verme con una buena amiga —explicó mirándole con intensidad.

Henry dedujo enseguida a quién se refería.

—Entiendo. ¿Y ha venido sola?

—No, con mi hermana y mi cuñado, lord Hyatt.

Lord Henry y el caballero que estaba a su lado pusieron una mueca de desagrado. Audrey comprendió que le conocían, y para mal.

—Por cierto, le presento a mi amigo lord Alfred Beckinsale, un apasionado de la historia. Acaba de llegar de Egipto, donde ha estado supervisando unas excavaciones que, por lo visto, han dado frutos muy interesantes —explicó Henry.

Lord Alfred era un caballero alto, con el pelo oscuro y los ojos grises. Tenía un porte agradable. Ambos se saludaron con una leve reverencia.

—Es un placer, milord. Vaya, parece que últimamente estoy conociendo a muchas personas que comparten mis mismos intereses.

—¿A usted también le fascina la historia de Egipto? —inquirió lord Alfred.

Audrey asintió.

—Sí, bueno, de las civilizaciones antiguas en general. Me gusta conocer el pasado —contestó Audrey—. ¿Realizó muchos hallazgos

en Egipto, lord Alfred?

—Así es. Y como ha apuntado lord Henry, sumamente interesantes, aunque el trabajo aún no ha terminado. Tenemos más preguntas que respuestas, me temo.

—En la exposición se exhibieron alguno de los objetos que lord Alfred y su personal encontraron en Luxor —comentó Henry.

Audrey escuchaba fascinada mientras lord Alfred explicaba los pormenores de su última expedición. Henry había dejado de prestar atención a su amigo para observarla a ella. Le hacían gracia sus reacciones ante el relato de lord Alfred. Parecía una niña pequeña que acabara de descubrir el mundo.

Miraba atenta, sonreía, reía y se mostraba pensativa en ocasiones, sin perder detalle. Ese día llevaba un bonito vestido color azul celeste que le sentaba muy bien. Hacía resplandecer su piel y hacía juego con sus ojos.

Henry contempló embelesado su agradable sonrisa y sus carnosos labios. Consideró que eran realmente tentadores.

De repente, sacudió la cabeza y se preguntó en qué demonios estaba pensando. Lady Audrey solo era una amiga, a pesar de que debía admitir que le parecía una mujer encantadora.

Tenía que concentrarse en lady Victoria. Esa era la mujer de la que se enamoraría con locura.

Mientras estaban en plena conversación, llegó lady Victoria hasta ellos. La joven llevaba un vestido de color verde manzana muy luminoso, que destacaba su estilizada figura.

—¡Lady Victoria! ¡Qué alegría verla! —exclamó Audrey agarrándole la mano—. Se acuerda de lord Henry, ¿verdad? Y este es lord Alfred Beckinsale.

Lady Victoria y lord Alfred se miraron con timidez, detalle que no pasó por alto Henry.

—Lord Alfred y yo ya nos conocíamos —aclaró lady Victoria.

—Nos conocimos en Italia hace un año, antes de que me marchara a Egipto —explicó lord Alfred.

Audrey pareció no darse cuenta de nada. No obstante, Henry entendió la situación al instante.

Al ver que el momento era propicio, Audrey puso en funcionamiento su plan.

—Lord Alfred, estoy sedienta. ¿Me acompaña a por un vaso de limonada? —inquirió de repente.

El caballero se quedó desconcertado al principio. Aun así, la siguió.

Henry y lady Victoria se quedaron allí de pie, sorprendidos. Sin embargo, continuaron conversando como si nada. Ambos intercambiaron impresiones sobre los futuros proyectos de lord Baltimore y las excavaciones en Marley House.

Henry, a pesar de que tenía a una auténtica belleza delante de sus ojos, no sentía nada. Era como si estuviera hablando con Charlotte Davenport. Y ahora que estaba seguro de que había algo entre lord Alfred y ella, descartaba por completo cortejarla. Los intereses amorosos de los amigos eran intocables para él. Después interrogaría a lord Alfred para saber más del asunto.

Regresaron a los pocos minutos y Audrey comprobó, nada más verlos, la buena sintonía que había entre lord Henry y lady Victoria. Había acertado con aquella pareja y podía estar contenta.

No obstante, al verlos allí, sonrientes y animados, se vio embargada por una repentina sensación de malestar y pena. En ese momento, anheló ser ella quien disfrutara de las atenciones de lord Henry.

Aquel hombre apuesto y encantador que siempre se había mostrado amable con ella estaba provocando fuertes latidos en su corazón últimamente. Tomó un largo sorbo de su vaso de limonada y decidió no acercarse a ellos.

—Lord Alfred, si me disculpa, voy a por otro vaso de limonada.

Dicho esto, se alejó del caballero, que no se percató de nada. Este enseguida regresó al lado de lady Victoria, y Henry, notando que estaba fuera de lugar, se retiró para hablar con otros invitados.

Audrey se encontraba frente a la mesa alargada donde habían servido la comida y la bebida, dispuesta a comerse alguno de los deliciosos manjares allí expuestos, cuando su hermana Julia se acercó a ella.

—Ni se te ocurra probar el emparedado de carne, ya sabes que engorda —le advirtió.

Audrey puso los ojos en blanco. En esos momentos, en los que se sentía confusa y un poco triste, lo último que necesitaba era que su hermana le dijera lo que tenía que hacer.

—Pensaba que estarías con tus amigas.

—Lo estaba, pero también debo cuidar de ti y vigilarte para que no cometas alguna torpeza.

—Eres muy considerada —comentó Audrey con sarcasmo.

—¿De qué hablabas con lord Henry Crawford y ese otro caballero?

—De historia, expediciones, viajes. Esas cosas —contestó con aire distraído.

Julia suspiró exasperada.

—Ojalá algún día me digas que alguno te ha propuesto matrimonio. ¿Estás de nuevo buscándole marido a otra?

Audrey no respondió. No obstante, su hermana entendió su silencio a la perfección.

—Audrey, deja de hacer eso, te estás humillando y la gente cuchichea —le advirtió en voz baja, enfadada.

Audrey apretó la mandíbula.

—Por el amor de Dios, Julia, ¿podrías dejar de meterte en mi vida? —espetó furiosa.

—No puedo. Audrey, eres una solterona, eso ya es bastante vergonzoso como para que te conviertas en la alcahueta oficial de la temporada.

Audrey respiró hondo, tratando de serenarse. No quería ser desagradable con su hermana, así que decidió zanjar la discusión de forma contundente.

—Déjame en paz, y preocúpate de tus asuntos.

Y, dicho esto, se alejó de allí para esconderse entre unos arbustos.

Henry observó la escena con pesar. No le gustaba la actitud de lady Hyatt con Audrey. Le parecía cruel y autoritaria, además de totalmente injusta. En ese instante, se puso a su lado lord Hyatt, ese hombre tan desagradable al que casi nadie soportaba.

—Mi cuñada es una auténtica calamidad. Como ve, mi esposa no se cansa de perseguirla para que se comporte como debe. En fin, en cada familia todos tenemos una oveja negra —dijo con desdén.

Lord Henry apretó los puños y la mandíbula, intentando contener la ira. ¿Lady Audrey, una oveja negra? Pero ¿quién se había creído que era? Ese hombre merecía un buen escarmiento.

—¿Sabe? Me he acordado de una historia muy graciosa, lord Hyatt.

Este lo miró con interés.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

—El otro día me contaron que le vieron en una pensión cerca del Drury Lane, manoseando a una bailarina preciosa. Los gritos de placer de ella se podían oír por toda la calle, según me relataron. Y solo una semana después de que le vieran en la ópera con la señorita Lowes, a la que más tarde llevó a una propiedad que posee en Belgravia, donde la tiene acomodada.

Lord Hyatt tragó saliva y se revolvió incómodo.

—¿Y qué tiene eso de gracioso?

Lord Henry le dedicó una mirada altiva, como solía hacer su abuelo materno, el venerable y temido lord Burrows, con todo el mundo.

—Es gracioso porque usted es precisamente quien menos tiene que decir sobre ovejas negras, cuando es la mayor vergüenza para dos familias, los Morgan y los Hyatt. Así que deje de dar lecciones de moralidad. Y más le vale no volver a hablar en esos términos de lady Audrey en mi presencia. Es una preciada amiga, y la amistad para mí es algo muy serio. Si se meten con mis amigos, se meten conmigo. Y debe temerme mucho, lord Hyatt, no lo olvide —le advirtió.

Henry se alejó de allí, dejando a lord Hyatt con una sensación de terror que le erizó la piel. Estaba claro que debía ser cuidadoso ante lord Henry y mantener la boca cerrada.

Audrey estaba escondida tras unos arbustos, sentada en un banco de piedra. Unas lágrimas tímidas le recorrían las mejillas y respiraba de forma entrecortada. Estaba alterada y se sentía terriblemente triste por las palabras de su hermana.

Era cierto que, para algunas personas, lo que hacía estaba mal visto. Ella ya era una solterona que solo podía aspirar al ostracismo. Audrey luchaba contra ello, pero cada vez le era más difícil combatir su dura realidad: que la mayoría de la gente no la tomaba en serio.

—¿Lady Audrey? —preguntó lord Henry detrás de ella.

Audrey se secó deprisa los ojos con un pañuelo y se alisó la falda del vestido, intentando parecer serena. Lord Henry percibió enseguida el rastro de humedad en su rostro y sintió una furia terrible en su interior. Sabía que estaba así por culpa de su hermana. Se sentó a su lado, sin importarle que estuvieran solos y que aquello no fuera decoroso.

—No llore, lady Audrey. No merece la pena —trató de animarla.

—Ya se me ha pasado, lord Henry, no se preocupe. Ha sido una tontería —respondió ella forzando una sonrisa.

—Si fuera una tontería, no estaría así. ¿Ocurre esto a menudo?

Audrey suspiró con resignación.

—Últimamente, sí. Mi hermana está empeñada en que deje de unir a parejas y me case. Tengo la impresión de que escucha muchos rumores y habladurías a su alrededor e intenta acallarlos.

—Es probable. Tengo entendido que es amiga cercana de lady Adkins y lady Dawson, ¿cierto?

—Sí, son sus mejores amigas.

—Pues yo no querría tenerlas cerca aunque fuéramos los últimos habitantes de la tierra. No las soporto —afirmó Henry.

Audrey dibujó una sonrisa ladeada.

—Ya somos dos.

—¿Sabe que ambas me pretendieron? No sabe la de veces que me persiguieron por los bailes de la temporada. Estaban desesperadas. Con mi amigo Michael también lo intentaron. No sabíamos dónde escondernos.

Audrey se rio.

—¿De verdad? Sinceramente, no me las imagino en esa situación.

—Créame, yo fui una víctima. —Henry se puso la mano en el pecho con gesto dramático.

Audrey se rio a carcajadas y olvidó por completo su tristeza. Henry la observó con ternura. Le gustaba verla de ese modo, sonriente y animada.

—¿Mejor? —preguntó él.

Audrey se sintió tímida de repente ante la intensidad de su mirada.

—Sí, lord Henry, gracias. Es usted muy atento —respondió agradecida.

—Hay mucha gente que no lo cree así.

—Me importa un bledo lo que diga la gente, yo sé lo que he visto, y usted no tiene ni una pizca de maldad en todo su ser. Y los demás, que opinen lo que quieran; si hablan mal de usted es que no le conocen —aseveró contundente.

Henry sonrió ampliamente ante semejante halago.

—Gracias, lady Audrey.

Los dos se miraron unos instantes, y el corazón de Audrey empezó a latir desbocado. Enseguida, apartó la mirada, nerviosa, al igual que Henry, que notaba cómo el pulso se le había acelerado.

—Por cierto, he hablado con su cuñado y le he puesto en su lugar, así que no debe preocuparse. No volverá a molestarla con ninguna impertinencia.

—¿Le ha dicho algo? —inquirió alarmada.

—Ha hablado mal de usted, y no consiento que nadie calumnie a mis amigos. Creo que ha entendido la situación. La verdad es que, para ser un hombre tan altanero, es bastante cobarde.

Audrey asintió.

—Sí, lo cierto es que no me agrada demasiado.

—Ni a usted ni a nadie. Se lo aseguro. Una persona que trata tan mal a los demás no es una compañía agradable para nadie. Si me permite preguntar, ¿por qué se lleva tan mal con su hermana?

Audrey suspiró.

—No lo sé. Me lo he preguntado muchas veces. Julia antes no era así. Era mi mejor amiga, mi confidente. Siempre estábamos juntas. Todo empezó cuando se convirtió en una debutante y comenzó a frecuentar ciertas compañías que la hicieron cambiar y convertirse en otra persona.

»Después, cuando se casó, nuestra relación de hermanas empeoró. Empezó a mirarme con otros ojos y creo que se dejó influir por lo que le decían sus amistades de mí. Ya sabe que una mujer soltera a mi edad no está bien vista.

»Debería mostrarme sumisa y más apocada. Cuando eres una solterona, te conviertes en alguien invisible. Yo, en cambio, decidí no

serlo. Y si te rebelas contra algo, no suele gustar.

—Lo que yo veo es que existe una enorme envidia hacia usted por parte de muchas personas que viven amargadas. Usted tiene libertad, no está atada a un matrimonio infeliz. No tiene miedo a ser sincera, se muestra tal y como es y, gracias a ello, muchas personas la aprecian. Por lo tanto, esos comentarios malintencionados son producto de unos celos terribles —sentenció Henry.

—Es probable, lord Henry. Pero debo corregirle en algo: yo no tengo plena libertad. Mis actos y mis opiniones son vigilados constantemente y suelen provocar las más feroces críticas. Ni siquiera puedo estar aquí hablando con usted a solas. Como caballero soltero, no sufre las mismas presiones que yo. Usted sí que sabe lo que es la verdadera libertad. Por eso, sería maravilloso ser hombre por un día; así sabría lo que se siente actuando sin pedir permiso a nadie.

—Discrepo en eso último. Ahora mismo sufro la presión de mis queridos padres, que me instan a encontrar esposa de forma urgente. Por eso recurrí a usted, ¿recuerda?

—Cierto es. Sin embargo, ese asunto ya está solucionado.

Henry puso una mueca de apuro.

—Respecto a eso… creo que no va a ser tan sencillo.

Audrey lo miró con gesto interrogante.

—¿Qué quiere decir?

Justo en ese momento, alguien apareció entre los arbustos. Ambos se giraron y vieron a dos personas a las que Henry adoraba: Michael y Charlotte Davenport.

—Te hemos estado buscando desde que hemos llegado —dijo Michael.

—¡Lady Audrey! ¡Qué alegría verla! —exclamó Charlotte.

—Es un placer verlos de nuevo. —Audrey sonrió.

—Es un gusto volver a verla, lady Audrey —comentó Michael—. Por cierto, Charlotte ha tenido una idea. Mi madre viene de Lincoln en dos días y hemos pensado que vengáis a Kenton House para reunirnos todos, incluidos tus padres —propuso Michael dirigiéndose a Henry.

—Lady Audrey, nos encantaría que usted nos acompañara, si no tiene ningún compromiso —añadió Charlotte.

Audrey se mostró ligeramente desconcertada por la repentina invitación.

—Sería un placer, pero entiendo que es una reunión entre amigos. ¿No seré una molestia?

—¡En absoluto! Además, así puedo enseñarle ese libro que tanto le interesa —respondió Charlotte con entusiasmo.

Audrey sonrió, mientras los tres la miraban expectantes.

—Entonces, iré encantada.

Capítulo 8

Eran las ocho de la mañana y los Morgan, con la excepción de Julia, disfrutaban de un agradable desayuno en familia.

Los pequeños de la casa se mostraban inquietos y desayunaban con avidez, algo que su madre les reprochaba constantemente. Sin embargo, no podían evitarlo, estaban deseosos de salir a jugar al jardín, ya que hacía un día espléndido, con un cielo despejado y buena temperatura.

Audrey comía sus copos de avena con tranquilidad. Esa jornada no tenía planes concretos, así que se quedaría en casa. Seguramente acabaría jugando con sus sobrinos en el jardín.

Lord Morgan, el padre de Audrey, era un hombre alto y apuesto, que aún conservaba el encanto de su juventud. De él había heredado los ojos azules y su interés por la lectura. Era un caballero bien preparado y educado, aunque le costaba mucho mostrar sus emociones.

En cambio, su madre, una atractiva mujer de ojos castaños y cabello oscuro, era mucho más expresiva y solía decir las cosas de forma directa y honesta. Era estricta con sus hijos y, como cualquier madre, se preocupaba por ellos, pese a que a veces resultara un poco dominante.

Audrey era su favorita, y por eso tendía a ser más severa con ella. No obstante, los Morgan eran una familia unida que intentaban pasar tiempo juntos, y en los desayunos siempre tenían algo que contarse.

—¿Hoy tienes sesión en el Parlamento, querido? —preguntó lady Morgan.

—Así es. Sin embargo, volveré pronto. ¿Qué planes tenéis para hoy? —inquirió lord Morgan.

—Haré una visita a lady Wollcraft esta tarde —contestó lady Morgan.

—Nosotros asistiremos a una recepción en casa de los marqueses de Kinsale —comentó Clive.

Audrey decidió que era una ocasión propicia para informar a su familia de su próxima visita a los Davenport.

—Yo no tengo planes para hoy, pero los Davenport me han invitado a comer a Kenton House mañana.

Su familia la observó con gesto interrogante.

—¿Los Davenport? —preguntó su madre.

—Sí, madre. Lord Michael y lady Charlotte me invitaron. Fue el otro día, cuando estaba hablando con lord Henry Crawford en casa de lord Lannister —aclaró Audrey.

Los marqueses de Clayton se miraron de una forma que Audrey no supo interpretar.

—¿Y estará allí lord Henry? —inquirió su madre con interés.

—Claro, es amigo suyo —contestó Audrey.

Su madre asintió.

—Entiendo. Bueno, pues que disfrutes, hija, y ya nos contarás.

Audrey sospechaba que su madre tramaba algo. No solía permitirle ir sola a ningún sitio. En el asunto del decoro era sumamente estricta. ¿A qué venía tanta amabilidad?

—Tengo la impresión de que tu madre quiere que te cases con lord Henry. Intuye que hay algo entre vosotros —comentó Annabella cuando las dos estaban sentadas en el jardín, observando a Clive jugar con los niños.

Audrey frunció el ceño.

—No hay nada entre lord Henry y yo. Solo somos amigos.

—Ya sabes que mucha gente considera que la amistad entre una mujer y un hombre no es posible.

—¡Tonterías! Tengo la fortuna de tener muchas amistades y entre ellas hay varios caballeros.

—Todos casados y comprometidos. Con lord Henry es distinto. Es un caballero soltero, y ya sabes que a la gente le gusta hablar.

Audrey se alarmó ante este último comentario.

—¿Están hablando de nosotros?

—No por ahora. Pero da tiempo. La gente se aburre y necesita cotilleos para alimentar sus conversaciones durante la temporada.

Audrey se mordió el labio inferior, inquieta. Si empezaban a circular rumores malintencionados sobre ellos, sería perjudicial para la relación de Henry con lady Victoria. Annabella pareció notar el malestar de su cuñada.

—Lo siento, no quería preocuparte. Sé lo que estás pensando, que es mejor no relacionarte con lord Henry. Pues quítate esa idea de la cabeza. No puedes dejar de ser tú misma, Audrey. Eres alguien afectuoso por naturaleza, y si ayudar a un amigo crea habladurías, que hablen. Tú estás haciendo lo correcto.

Audrey miró a su cuñada y le sonrió. Claro que no iba a dejar de hablar con lord Henry para protegerse de los posibles rumores. Aunque sabía con certeza que, dentro de poco, Henry y ella se distanciarían debido a su compromiso con lady Victoria.

La joven seguramente acudiría a la cita del día siguiente, una ocasión perfecta para introducirse en los círculos más íntimos de lord Henry. Era algo natural y previsible.

Por la tarde, se quedó en casa a solas y leyó durante horas. Ese era uno de sus pasatiempos favoritos. Estuvo absorta disfrutando de *La abadía de Northanger* de Jane Austen y, cuando quiso darse cuenta, ya era la hora de cenar.

Antes de irse a dormir, debía elegir un vestido apropiado para el día siguiente. Era la primera vez que asistía sola a un almuerzo y quería causar una buena impresión en los anfitriones.

Se sentía ilusionada ante el encuentro. Los Davenport parecían ser gente sencilla y honesta, a pesar de su elevada posición social. Sería un cambio de aires que la alejaría del encorsetado círculo social al que estaba habituada.

Al día siguiente, Henry estaba terminando de arreglarse para acudir a Kenton House. Se sentía contento y animado. Volvería a ver a Audrey Morgan, esa mujer tan especial que le gustaba tanto. Estaba deseando saber de qué cosas hablarían.

Cada vez le sorprendía más aquella mujer. Siempre se sentía cómodo a su lado, y tenía la sensación de que podía contarle

cualquier cosa. También ayudaba el hecho de saber que no tenía una idea preconcebida de él.

Normalmente, las mujeres que se acercaban a él lo hacían por dos razones. Primero, por su porte, y después, por su título y su fortuna. Pero Audrey era diferente. Ella parecía natural, espontánea y directa. No ocultaba nada y había demostrado ser una persona en quien se podía confiar.

Demostraba su aprecio sincero hacia él, sin buscar nada más. Le gustaba esa relación tan cercana que tenían y quería saber más cosas de ella, conocerla a fondo. Siempre como amiga, se decía. Aunque daba la impresión de que su corazón no pensaba del mismo modo.

Al fin, se dirigió junto a sus padres a Kenton House, y a los pocos minutos ya estaban reunidos en el salón con la familia Davenport al completo. A Henry le alegró ver a sus padres juntos, exhibiendo buena sintonía. Era un matrimonio que llevaba vidas separadas; no obstante, siempre se reunían para ver a sus más queridos amigos. Y los Davenport lo eran.

Henry fijó la vista en Charlotte y Michael, que se mostraban risueños y cómplices. ¡Y pensar que estuvieron a punto de echarlo todo a perder! No podía evitar envidiarlos.

Audrey se subió al carruaje acompañada de su doncella, Berniece. Estaba nerviosa ante el inminente encuentro con los Davenport y, sobre todo, con lord Henry.

Aunque consideró que apenas tendrían ocasión de hablar, porque él seguramente estaría ocupado conversando con lady Victoria. Lord Henry y lady Victoria debían estrechar lazos, y así acabarían enamorándose. Al pensarlo, notó cierto malestar en el corazón. ¿Por qué se sentía así?

Llegaron a Kenton House y, cuando bajó del carruaje, Audrey se detuvo a admirar la hermosa y majestuosa fachada. Enseguida, el mayordomo la condujo hasta el salón, donde la esperaban. Nada más abrir la puerta todos la miraron, aunque Henry la observó con mayor detenimiento.

Al verla, pensó que estaba muy hermosa con el sencillo vestido de color cereza que llevaba puesto. Su cabello iba recogido en un moño

trenzado, con mechones en forma de tirabuzón que le enmarcaban el rostro. Cruzaron las miradas y Audrey se ruborizó.

—Lady Audrey, es un placer recibirla en Kenton House. Soy lord Davenport —dijo el duque de Branston acercándose a ella para besarle el dorso de la mano.

—Gracias por recibirme, su gracia. Es un placer estar aquí —afirmó.

—Le presento a lady Elizabeth, lord y lady Crawford y, bueno, ya conoce a los más jóvenes —comentó lord Davenport.

Audrey hizo una delicada reverencia a modo de saludo y dedicó una sonrisa a Henry, Michael y Charlotte, que respondieron de la misma forma.

—Bueno, ahora que ha llegado la invitada, es hora de comer —anunció lady Elizabeth.

A continuación, todos se dirigieron al comedor, donde ya estaba todo preparado. Audrey se sentó entre Charlotte y lady Crawford, que la observaba con especial interés.

—¿No esperamos a lady Victoria y lord Baltimore? —preguntó desconcertada.

Los demás la miraron extrañados.

—No estaban invitados. Solo la invité a usted —contestó Charlotte.

Audrey torció el gesto y se maldijo. Primera metedura de pata del día. Su familia tenía razón, era un desastre andante. Ella pensaba que, siguiendo el plan, lord Henry habría propiciado un encuentro con lady Victoria. Se había equivocado. Henry la observó y comprendió su inquietud, así que decidió intervenir.

—¿Sabes, madre? Lady Audrey es una ávida lectora.

Lady Crawford quedó gratamente sorprendida.

—¿En serio?

—Así es, milady —contestó Audrey.

—En ese caso, vamos a llevarnos muy bien —aseveró lady Crawford.

A partir de entonces, Audrey y lady Crawford se sumergieron en una animada conversación. Comentaron los últimos libros que habían leído, compartiendo impresiones, y después empezaron a hablar de amigos en común que tenían. Según descubrió Audrey,

lady Crawford conocía a muchas de las parejas a las que ella había ayudado.

Por último, lady Crawford contó anécdotas de su juventud que provocaron en ella una enorme sonrisa y muchas carcajadas.

Henry las contemplaba embelesado. Hacía mucho tiempo que no oía reír a su madre, pues era una mujer de carácter serio. Sin embargo, parecía que Audrey había conseguido que lady Crawford se mostrara jovial durante un rato.

Terminada la comida, regresaron al salón, donde las conversaciones continuaron. Charlotte aprovechó para prestarle a Audrey un libro del que habían estado hablando. Se trataba de una novela gótica de la escritora Ann Radcliffe.

Ambas eran admiradoras de la autora, pero Audrey no podía tener esos libros en casa. Sus padres no los aprobaban. Mientras tanto, lady Crawford se acercó a su hijo, que contemplaba a las damas con interés.

—Me gusta mucho lady Audrey, Henry. Creo que es una joven excelente. Educada, culta e inteligente. Me ha caído muy bien. Y ya sabes que a mí poca gente me cae bien —afirmó lady Crawford.

—¿Hablas en serio? —inquirió Henry sorprendido.

Lady Crawford observó a su hijo con el ceño fruncido.

—¡Por supuesto que hablo en serio!

—Pues te informo que entre lady Audrey y yo no hay nada. Solo somos amigos —aclaró.

Lady Crawford torció el gesto.

—Vaya, una pena, creía que de verdad estabas tomándote el asunto del matrimonio en serio.

—Claro que me lo estoy tomando en serio. Lo que ocurre es que lady Audrey es una buena amiga, nada más.

La dama suspiró con resignación.

—Una lástima.

Lady Crawford se alejó con cierta sensación de derrota. Sabía que su hijo era algo superficial y que lady Audrey no era su tipo. Aun así, creía que Henry empezaría a pensar con la cabeza y no con otras partes de su anatomía, como siempre hacía.

Henry volvió a fijar la vista en Audrey, y siguió autoconvenciéndose de que entre ellos no podía haber nada más que una amistad. Sin embargo, ¿por qué dudaba?

El reloj marcó las cinco y Audrey debía regresar a Morgan House. Se despidió de los Davenport y de los Crawford con una amplia sonrisa. Había disfrutado de un día maravilloso y el tiempo había transcurrido sin darse cuenta.

Apenas había tenido ocasión de hablar con Henry y preguntarle por qué no había invitado a lady Victoria. Habría sido una buena ocasión para ambos. Aunque en el fondo tampoco lo lamentaba.

A lo largo del encuentro, tuvo la oportunidad de observar a Henry con detenimiento. Estaba realmente apuesto, con un elegante traje azul oscuro con camisa blanca y corbatín a juego. Su mirada, acompañada de su preciosa sonrisa, resplandecía todo el tiempo. Ese hecho había provocado que el corazón de Audrey se sobresaltara más de una vez.

También había disfrutado de la grata compañía de lady Crawford. Había escuchado rumores sobre su carácter fuerte y severo, pero ella no lo había percibido así. Al principio se mostró correcta, sin embargo, pasado un rato, ya la trataba como si fueran amigas.

Habían conversado sobre diversos temas y descubierto muchos puntos en común. Audrey había sido capaz de ver más allá de la apariencia y encontró que lady Crawford era una mujer amable y agradable.

Y con lady Charlotte había estrechado lazos y le había incluso dedicado el ejemplar de su libro *Viaje a Mirna*, que Audrey había llevado consigo. Había sido realmente feliz ese día.

Cuando regresó a casa, no había nadie allí. Según le informó el señor Carter, todos habían hecho planes para esa noche, así que cenaría sola.

Subió a su cuarto a cambiarse para la cena y a las seis ya estaba sentada a la mesa del comedor disfrutando de un ligero menú, compuesto por una sopa de verduras y fiambres variados.

Cuando estaban a punto de servirle el postre, escuchó el timbre de la entrada. Miró el reloj y comprobó que eran las seis y media. Audrey se quedó dónde estaba, con la vista clavada en la puerta del

comedor, expectante. ¿Quién llamaría a esas horas? Justo en ese instante, apareció una de las criadas.

—Lady Audrey, lady Julia acaba de llegar, insiste en verla —explicó la joven un tanto inquieta.

Audrey se levantó enseguida y acudió al vestíbulo, donde su hermana estaba esperándola.

Julia mantenía la mandíbula apretada y el ceño fruncido mientras se quitaba los guantes y el sombrero con furia. El señor Carter sostenía las prendas con gesto imperturbable. Audrey se fijó en que llevaba con ella una bolsa de viaje. Se acercó a su hermana y preguntó cautelosa:

—Julia, ¿qué ha ocurrido?

Esta alzó la vista y resopló con evidente indignación.

—¡¿Qué no ha ocurrido?! ¡Esa sería la pregunta!

Audrey se quedó desconcertada. Aun así, pudo dar instrucciones al señor Carter.

—Por favor, preparen la habitación de lady Julia, y sirvan un té.

—Mejor *whisky* o *brandy* —espetó su hermana pasando a su lado. De repente, se giró y preguntó—: ¿Están madre y padre en casa?

Audrey negó con la cabeza.

—No, estamos solas.

—Mejor. Vamos, acompáñame y te lo contaré todo. Esta noche necesito desahogarme.

Dicho esto, Audrey siguió a Julia hasta el salón. Allí se sentaron en dos sillones frente a la chimenea. Minutos después, el señor Carter les llevó una bandeja con dos copas y una botella de *brandy* y las dejó solas.

Julia se sirvió una copa y se la bebió de un trago. A continuación, respiró profundamente, consiguiendo así serenarse.

—Cuéntame lo que ha pasado —la instó Audrey con delicadeza.

—Barron me ha engañado de nuevo. Sé que no es algo extraño. Siempre lo hace, pero esta vez no he podido soportarlo más, Audrey. Ahora ha ido demasiado lejos —aseveró.

—¿Qué ha ocurrido?

Su hermana tragó saliva y la miró.

—Le he descubierto yaciendo con lady Dawson. ¡Con mi mejor amiga, Audrey! ¡Los dos me han traicionado! ¡Tenías que haberlos visto! Estaban en el cuarto de él, en su lecho, desnudos. ¡Fornicando como dos animales en celo! —explicó furiosa.

Audrey se quedó sin palabras. ¿Con lady Dawson? ¿Esa mujer que presumía de tener una conducta intachable? Aunque por boca de lord Henry sabía que eso no era cierto.

—No puedo creerlo —consiguió decir.

—Pues es la verdad. Lo he presenciado con mis propios ojos —espetó Julia—. Verás, desde hace tiempo tenía mis sospechas, pero no tenía pruebas. Los criados me contaron que lady Dawson había visitado mi casa cuando yo no estaba. Y oí por otro lado que los habían visto juntos en algún sitio concreto. Sin embargo, no quería creerlo. Ella siempre intentaba calmar mi enfado cada vez que me enteraba de los devaneos de Barron. Y ahora resulta que ella es una de sus amantes. Me siento una estúpida. Se han reído de mí —se lamentó.

Audrey abrazó a su hermana con fuerza, tratando de consolarla.

—Ya se acabó todo.

—¿Acabarse? Esto no ha hecho más que empezar. Barron me las va a pagar, Audrey. Esto no va a quedar así —advirtió seria.

—¿Y qué piensas hacer? —inquirió Audrey sorprendida.

—Me encantaría estrangularlos a los dos. Pero no puedo. Iría a la cárcel y vosotros sufriríais el escándalo. —Audrey miró divertida a su hermana. Siempre pensaba en la reputación de la familia, incluso en una situación así—. Por el momento, me quedaré aquí unos días, hasta que se me pase el enfado. Lo que tengo claro es que no voy a ser esa esposa sumisa que él cree que soy.

—¿Vas a buscarte un amante? Eso sería muy emocionante.

Su hermana le lanzó una mirada reprobadora.

—¡Audrey!

—¿Qué? Sé que en el fondo te encantaría. Así le darías una lección.

Julia se mostró pensativa.

—Bueno, no lo descarto. Aunque ahora no tengo demasiadas ganas.

Ambas acabaron riéndose a carcajadas.

—Mañana buscamos candidato para que se convierta en tu amante. ¿Qué te parece? —bromeó Audrey.

—Una idea excelente. Además, confío en ti. Siempre aciertas.

Volvieron a reírse y se miraron cómplices. Habían pasado muchos años desde que las dos habían estado cómodas la una con la otra.

En ese instante, Julia se dio cuenta del daño que había causado por dejarse influenciar por quien no debía.

—Audrey, siento mucho haber sido tan estricta y cruel contigo todo este tiempo. Espero que puedas perdonarme algún día —se disculpó con pesar.

Audrey sonrió con ternura.

—No te preocupes, está todo olvidado. Ahora debemos estar unidas.

Acabaron brindando por esa nueva etapa que se abría en la vida de Julia. Pronto todo Londres conocería el escándalo, pero poco les importaba.

En ese momento, volvían a ser hermanas y amigas, y se sentían felices por ello. A partir de ese día, las cosas entre ellas cambiarían.

Capítulo 9

Al día siguiente, Julia se levantó más serena. Había estado meditando toda la noche en lo que haría a partir de ahora. Volvería a su casa con su marido, eso no era discutible. Sin embargo, necesitaba unos días para calmar su ánimo.

Nunca había amado a Barron, no se engañaba a ese respecto. No obstante, esperaba un mínimo de respeto por su parte. Con quien más dolida estaba era con lady Dawson, que siempre había afirmado ser su mejor amiga. A partir de ese momento, ya no lo sería.

De hecho, se sentía una estúpida por haber confiado en ella y seguir sus ideas absurdas sobre etiqueta y comportamiento. Eso había producido un distanciamiento con su querida hermana Audrey.

Aún se sentía culpable por el trato que le había dado a lo largo de esos años, y lo menos que podía hacer era volver a ser su amiga. Audrey se cruzó con ella en el pasillo y distinguió el semblante serio de su hermana. Esta aprovechó la ocasión para compartir con ella sus pensamientos.

—Como ya te dije anoche, regresaré con Barron, aunque no de inmediato. Me quedaré unos días con vosotros. Necesito tiempo para pensar y serenarme.

Audrey asintió.

—Comprendo. ¿Y qué vas a hacer cuando regreses?

Julia respiró hondo.

—Hablaré seriamente con él, y llegaremos a un arreglo que nos convenga a ambos. Sé que él estará encantado de que hagamos vidas separadas, pero siempre mostrando al mundo que somos un matrimonio sólido.

—Es una pena que no puedas divorciarte. Así serías libre para hacer lo que quisieras.

Julia suspiró.

—Audrey, fui yo la que se metió en este lío. Sabía con quién me casaba. Ya había oído hablar de las aventuras amorosas de Barron;

sin embargo, decidí optar por la comodidad y la seguridad. Él tenía un título, propiedades, dinero, y yo viviría bien. Era lo que me importaba. Ahora veo que me equivoqué. No obstante, haré frente a esta situación y hablaré claramente con mi esposo. No pienso permitirle más humillaciones de este tipo.

Audrey agarró la mano de Julia.

—Estaré a tu lado siempre que me necesites, ya lo sabes.

—Lo sé —respondió Julia sonriente.

Se abrazaron.

—No comentes nada de esto, ¿de acuerdo? Diremos que me apetecía pasar unos días con vosotros. Dudo que Barron se acerque por aquí.

Audrey frunció el ceño.

—¿Y eso por qué?

—Porque anoche fue testigo de mi furia, y te aseguro que lo último que querrá será venir a Morgan House a buscarme.

Audrey miró a su hermana con suspicacia.

—¿Qué le has hecho?

Julia se encogió de hombros.

—Nada importante. Solo tirarle la vajilla a la cabeza, y a ella agarrarla del pelo y arrastrarla por el suelo. Mis criados, que me aprecian, no sabían si ayudar o aplaudirme —explicó divertida.

Audrey se quedó asombrada y una sensación de orgullo la invadió. Ahí estaba la Julia que ella recordaba. Sí, desde luego, Barron no se atrevería a aparecer por allí.

—De acuerdo, no comentaré nada. Tienes mi palabra.

—Espléndido. Y ahora vamos a desayunar, estoy hambrienta.

Dicho esto, las dos se dirigieron al comedor. La sorpresa en la familia Morgan fue enorme al ver a Julia allí. Esta dio una excusa convincente, apoyada por Audrey, y nadie hizo preguntas.

Lo que sí notaron fue un cambio de actitud en la mujer. Ahora se mostraba amable y simpática. Parecía que había vuelto a ser aquella Julia del pasado, risueña y agradable, a la que todos querían.

Por la tarde, Henry salió a dar un largo paseo por Hyde Park con sus amigos Michael y Charlotte, aprovechando el buen tiempo que hacía.

—Me encanta Hyde Park a esta hora, apenas hay gente —comentó Charlotte.

—Sí; además, las cotillas ya están escondidas en sus guaridas —afirmó Michael divertido.

Henry se rio y Charlotte lo miró con reprobación.

—¡Michael! No deberías decir esas cosas. No es correcto.

Michael puso los ojos en blanco.

—Desde que te has convertido en lady Charlotte Davenport, te has vuelto demasiado estricta. Mi Charlotte no es así.

Ella suspiró.

—Lo sé, pero no puedo hacer otra cosa. Al estar tanto tiempo con las cotillas y las arpías, noto que me estoy volviendo como ellas. Tengo que guardar las formas y adaptarme. Por eso estoy deseando regresar a Horton Hall. Empiezo a cansarme de este ambiente.

Henry alzó una ceja.

—Bueno, gracias por tu consideración.

Charlotte lo miró apurada.

—Henry, no me refería a ti. Ya sabes cómo es esto. Te encuentras con señoras que te sonríen, pero que aprovechan cualquier descuido para decirte alguna impertinencia. Y luego, por detrás, no dejan de criticar.

—Lo sé, tranquila, sé que no te refieres a mí. Te entiendo perfectamente. Todos sufrimos lo mismo. Yo, personalmente, tengo ganas de regresar a Marley House. Al menos los árboles y los pájaros no vigilan mis movimientos.

—Bueno, no os preocupéis, que yo estoy aquí, y si tengo que poner a alguien en su sitio, lo haré —dijo Michael abrazando y besando a su esposa con ternura, mientras ella reía feliz.

Henry puso los ojos en blanco.

—Gracias por ignorarme, tortolitos. Veréis cuando me case. Me vengaré de vosotros sin piedad —les advirtió.

De repente, los tres se detuvieron.

—Hablando de eso, mira quién viene por allí —comentó Michael.

Lady Victoria, lord Baltimore y lord Alfred se acercaron a ellos y los saludaron. La joven iba elegantemente vestida con un traje claro a juego con su sombrero; los caballeros, por su parte, llevaban sendos trajes oscuros.

—¡Lord Henry! Qué alegría verle. ¿Cómo usted por aquí? —se interesó lord Baltimore.

—Aprovechando el buen tiempo, milord. Por cierto, me han dicho que pronto regresarán a su casa en el campo. ¿Es eso verdad? —inquirió Henry.

—Sí, dentro de tres semanas. Pasaremos allí unos meses y luego volveremos a Italia a principios de año —explicó lord Baltimore—. De hecho, lord Alfred vendrá con nosotros.

Lord Alfred se ruborizó y lady Victoria lo miró con disimulo. Henry percibió la evidente complicidad entre ellos. Seguramente, pronto anunciarían su compromiso.

—Sin embargo, nos gustaría ir antes a Marley House para que nos enseñe el yacimiento, lord Henry —dijo lady Victoria.

En ese momento, Audrey y Julia estaban paseando por allí. La primera los reconoció a todos enseguida y comprobó la cercanía de lady Victoria y lord Henry. Ambos reían y charlaban, mirándose con ternura. O eso le parecía a ella. Sintió cierta tristeza al ver la escena y notó cómo el pulso se le aceleraba por la inquietud.

Debido a eso, instó a Julia a caminar más deprisa para que no se percataran de su presencia. Se sentía confusa por los sentimientos que aquella situación despertaba en su corazón y no estaba de humor para mantener una charla distendida con lord Henry y lady Victoria.

—Creo que es mejor que volvamos a casa, tengo la impresión de que va a llover —comentó Audrey, apartando la mirada del grupo y agarrando la mano de su hermana.

Julia frunció el ceño.

—¿Qué estás diciendo? No hay nubes en el cielo.

—Lo sé, pero noto el ambiente un tanto extraño. Hay mucha humedad, lo siento en la piel. Eso significa que pronto lloverá, así que es mejor que volvamos a casa —insistió tirando de su hermana mientras andaba.

Sin embargo, Julia se detuvo y se liberó de su agarre.

—Audrey, ¿qué demonios ocurre? —inquirió molesta.

Audrey se mordió el labio inferior nerviosa y se frotó las manos. No sabía cómo explicarle a su hermana su angustia.

—¡Lady Audrey! —exclamó lady Victoria desde donde estaba.

Audrey tragó saliva y miró al grupo. Vio a lady Victoria agitando el brazo, haciéndole señas para que se acercara.

—Bueno, ¿a qué esperas? Vamos a saludarlos —la instó Julia.

Dicho esto, Julia agarró a Audrey de la mano y se dirigieron al grupo.

Henry notó cómo su corazón casi se le salía del pecho debido a la emoción. Cada vez que veía a Audrey, se sentía extremadamente dichoso.

—¡Qué maravillosa coincidencia, lady Audrey! —exclamó Charlotte.

Audrey sonrió con timidez.

—Les presento a mi hermana, lady Julia Hyatt.

Julia hizo una reverencia y los demás se fueron presentando. Al cabo de unos instantes, el grupo se dividió en parejas y emprendieron el paseo por el parque.

Henry y Audrey caminaron uno al lado del otro. Ella estaba muy nerviosa y mantenía la vista al frente, intentando calmar su inquietud. Ante la presencia de lord Henry, notaba cómo unas traviesas mariposas revoloteaban en su estómago.

—¿Cómo están sus padres? —preguntó Audrey, intentando romper el silencio reinante.

—Bien; de hecho, quería verla, lady Audrey. Verá, mis padres van a ofrecer una cena pasado mañana en Crawford House y, bueno, nos preguntábamos si querría acompañarnos.

Audrey se sorprendió ante esa inesperada aunque grata invitación.

—Sería un honor, lord Henry. —De repente, se acordó de Julia—. ¿Podría llevar acompañante?

Henry la miró extrañado.

—Por supuesto, ¿quién sería su acompañante?

—Mi hermana.

Henry asintió pensativo.

—Veo que la tensión entre ustedes ha desaparecido.

—Así es. Las cosas entre nosotras han cambiado a mejor, afortunadamente.

—¿Y cuál es el motivo? Si me permite la curiosidad.

Audrey se inquietó. No creía que fuera adecuado contárselo por el momento, así que decidió no dar explicaciones.

—Es un asunto privado. No puedo comentarlo con nadie, me temo. Espero que lo comprenda.

Henry se mostró comprensivo. Había asuntos que no se podían tratar fuera del ámbito familiar, y quizás no eran tan buenos amigos como para compartir ciertas cosas. A pesar de entender la delicada situación, lamentaba que no confiara en él.

—Sé lo que estará pensando, pero quiero que sepa que se equivoca, lord Henry. Confío plenamente en usted. Sin embargo, mi hermana me ha pedido discreción. Así que, por el momento, no puedo decirle nada —aclaró Audrey.

Henry sonrió visiblemente sorprendido y a la vez aliviado, y Audrey notó de nuevo cómo su corazón latía desbocado. Con intención de serenar su turbación, decidió abordar otra cuestión.

—Veo que el asunto de lady Victoria va a la perfección.

—Sí, eso parece.

—¿Y ya sabe cuándo…?

No se atrevió a terminar la pregunta.

—Supongo que pronto —contestó Henry encogiéndose de hombros.

Audrey sintió una punzada en el corazón y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Henry no se percató de su angustia, porque se dispuso a hablar de otro tema.

—Hyde Park me gusta. De niño solía venir con Michael, acompañados de nuestras niñeras, y jugábamos toda la tarde. Aunque no hay nada como Marley House. Allí tengo mis recuerdos más felices.

—¿Cómo es? —inquirió Audrey, intentando olvidar lo que estaba sintiendo.

—Es una propiedad enorme, rodeada de verdes prados y una pequeña arboleda. Allí solía jugar con otros niños de la zona, con

mis primos, y cuando Michael venía nos perdíamos buscando supuestos tesoros. ¿Sabe que hay una leyenda que tiene lugar allí?

—¿De verdad? —preguntó Audrey con interés.

—Sí, mi abuelo solía contármela. Cuando aún no estaba Marley House construida, en la arboleda había una cabaña que perteneció a un viejo marino. Allí guardaba un tesoro. Un cofre lleno de oro y piedras preciosas que había traído de sus viajes por los siete mares.

»Decían que era un pirata que se había escondido allí huyendo de la justicia. Se contaba que guardaba el cofre en su sótano. Cuando murió, muchos vecinos fueron a buscarlo, pero no encontraron nada. Al final la casa quedó en ruinas y nada más se supo.

—Entonces, ¿no ha hallado el tesoro?

Henry negó con la cabeza.

—No; sin embargo, no me rindo. Estoy seguro de que lo localizaré. Aunque estoy más que satisfecho con los tesoros que estoy encontrando. Puede que no haya oro ni piedras preciosas, pero son trozos de historia. Eso sí que es valioso para mí.

Audrey lo miró con admiración. Lord Henry era un caballero cabal y muy interesante. Tenía mucho que contar.

—¿Y usted qué me puede decir de su hogar? —preguntó Henry.

—Quizás Ellis Hall no es tan grande como otras propiedades; no obstante, es un lugar acogedor. Tenemos un gran jardín con una preciosa rosaleda que hizo plantar mi abuela, lady Morgan, y cerca de allí hay un pequeño arroyo donde solíamos bañarnos en verano.

»En la niñez no veníamos a Londres. Los niños nos quedábamos en Ellis Hall. Allí jugábamos y conocíamos la libertad lejos de nuestros padres, pese a que los echábamos terriblemente de menos. Sobre todo, cuando había tormenta.

—¿Le daban miedo las tormentas?

—Sí, tanto a Julia como a mí. Mi hermano también se asustaba, aunque se hacía el fuerte. Ya sabe, era el hombre de la casa en ausencia de mi padre.

—Que sea el hombre de la casa no quiere decir que no pueda tener miedo. Admito que a mí, de niño, me aterraba la oscuridad. Debía dormir siempre con una vela encendida.

—El miedo es algo innato, y todos tenemos nuestros propios temores. ¿Qué hizo usted para superarlo?

—Recuerdo que una noche mi madre se puso enferma, con mucha fiebre. Podía escuchar sus terribles delirios desde mi habitación. Mi padre no estaba en casa y decidí coger mi vela y enfrentarme a la oscuridad. Lo único que recuerdo es que llegué a su habitación rápidamente. El miedo a perder a mi madre fue mayor que mi temor a la oscuridad. Conseguí estar a su lado y agarrarle la mano cuando más me necesitaba. Por suerte, superó la enfermedad con éxito.

—Fue usted muy valiente, milord —afirmó Audrey con sinceridad —. Yo vencí mi miedo de una forma un tanto extraña. Mi padre siempre nos repetía la misma frase: debéis enfrentaros a vuestros miedos.

»Entonces, una noche, harta de los llantos de mi hermana, decidí enfrentarme a la tormenta. Me levanté, me dirigí a la ventana y grité al cielo: "¡No te tengo miedo!".

»En ese momento, mi hermana empezó a reírse, al igual que mi hermano, y todo se convirtió en una broma. Ya no volví a tener miedo a las tormentas.

Henry se rio imaginando a una lady Audrey niña gritando por la ventana. La verdad es que le pareció una anécdota muy divertida.

—Me gusta su método. Creo que habría que ponerlo en práctica más a menudo.

—Sí, pero en privado. No vaya a ser que los vecinos se escandalicen y llamen a la guardia.

Los dos rieron ante la ocurrencia.

Llegaron al final del recorrido y ambos se despidieron en una de las entradas de Hyde Park con la promesa de verse en Crawford House.

Audrey se mostró pensativa mientras caminaba junto a su hermana. Había disfrutado mucho de aquella conversación con lord Henry, que le había permitido conocerlo más. Se sentía feliz y especial.

Sin embargo, la sombra de su futuro compromiso acechaba. No entendía por qué le preocupaba tanto. Al fin y al cabo, su misión había sido un éxito. Debía alegrarse por ellos, así que se dio unas

palmaditas en las mejillas, reprochándose la inquietud que aquella relación despertaba en ella.

—¿Qué haces? —preguntó su hermana alzando una ceja.

—Dándome color en las mejillas.

Julia asintió, mirándola con suspicacia.

—Ya veo. Por cierto, permíteme decirte que creo que lord Henry y tú hacéis una pareja excelente. Se os ve muy unidos.

—¡En absoluto! —exclamó nerviosa—. Además, lord Henry está a punto de comprometerse con lady Victoria.

Julia se mostró incrédula.

—¿De verdad? Pues no es lo que yo he visto. Creo que lady Victoria tiene más interés en lord Alfred.

—Te equivocas. Lo que ocurre es que deben guardar las apariencias hasta que se anuncie el compromiso. Eso es todo.

Julia no dijo nada más, aunque seguía dudando de las afirmaciones de su hermana.

Era evidente que lord Henry estaba interesado en Audrey. Había tenido la oportunidad de verlos juntos durante el paseo, y parecían tener mucha complicidad.

Lord Henry sería un esposo perfecto para ella. Según le había contado lady Charlotte, lord Henry era un caballero amable, culto y generoso. Solo esperaba que este hubiera dejado atrás su pasado disoluto y mostrara buenas intenciones hacia su hermana.

Ahora era ella quien debía ayudar a Audrey, y así lo haría. Si era posible, lograría que Audrey alcanzara la felicidad que ella nunca había conocido.

Capítulo 10

Dos días después, como cada mañana, los Morgan desayunaban en familia. Conversaban sobre los planes de esa jornada cuando, de repente, uno de los criados le entregó a lady Morgan una carta que acababa de llegar. La abrió y, a continuación, la leyó.

—Noticias de tía Caroline. Viene a Londres en un par de días. Estará un tiempo en Inglaterra para arreglar unos asuntos y va a hacernos una visita.

Lady Caroline Harrington era la hermana menor de la madre de Audrey. Era una mujer aventurera que había enviudado dos veces. No tenía hijos y sus maridos le habían dejado propiedades y una cuenta corriente abultada.

A raíz de la muerte de su segundo esposo, lord Harrington, vizconde de Taunton, decidió vivir la vida de forma trepidante. Empezó a viajar, y residía en distintas ciudades de Europa durante largas temporadas.

Dos años atrás se había instalado en una espléndida propiedad en la Riviera Francesa, aunque viajaba constantemente.

Audrey era su sobrina favorita y, en reiteradas ocasiones, le había pedido que se fuera a vivir con ella.

A Audrey le hacía mucha ilusión volver a verla. Rompería por completo las rutinas de la temporada. En su círculo social, miraban a su tía con recelo. Era una mujer libre que hacía lo que quería, con una mentalidad nada encorsetada.

En los últimos tiempos apenas había hecho acto de presencia en las fiestas de la temporada. Según ella, a medida que pasaban los años, más se aburría de aquella gente que decían ser sus amigos. Consideraba que todos eran unos hipócritas que se regían por un estilo de vida sustentado en la doble moral.

Mientras, en casa de los Crawford, el conflicto estaba servido. Lord y lady Crawford discutían en el salón debido a la velada de esa noche.

—Es decir, que, sin consultarme, has decidido hacer tus propios planes y no vas a cenar con nosotros —dijo lady Crawford visiblemente enfadada.

—No es mi culpa de que hayas organizado esta cena con tan poco tiempo. Sabes que tengo compromisos ineludibles —se defendió lord Crawford.

—Lo sé, por supuesto que lo sé. Yo también los tengo. Sin embargo, permíteme que te recuerde que organicé este encuentro con tiempo suficiente para que pudieras cambiar tus planes. Lo que ocurre es que no te ha interesado.

—¿Qué quieres decir?

—Que sé con quién vas a verte esta noche, y entiendo que no quieras cambiarlo. Y no voy a decir nada más sobre este asunto. Así que descuida, no te necesito —sentenció lady Crawford molesta.

A continuación, salió del salón en dirección a sus aposentos mientras Henry observaba la escena escondido tras una columna del vestíbulo.

Desde niño, siempre había sufrido con las discusiones de sus padres. Hacía años que se habían separado de puertas para adentro, pero seguían discutiendo con frecuencia. Incluso había días que ni se dirigían la palabra.

Sabía que debajo de ese talante serio, su madre escondía un terrible sufrimiento al verse atrapada en un matrimonio infeliz. Su padre pasó a su lado y ni le miró. Siempre era así, ya que era un hombre muy reservado.

Decidió subir a ver a su madre para comprobar que estaba bien. Llamó a la puerta y esta le invitó a entrar.

—Madre, ¿va todo bien?

Su madre lo observó desde el tocador.

—Perfectamente. Solo un pequeño contratiempo. Tu padre no nos acompañará esta noche. Pero no te preocupes, nos divertiremos igual. Así que no pongas ese gesto tan serio, no es propio de ti —contestó lady Crawford intentando calmar la tensión.

Henry dibujó una sonrisa ladeada. Su madre solía usar esos comentarios como autodefensa. Ella nunca mostraba tristeza. No era una mujer débil, según decía.

Minutos después, ya más tranquilo, se dirigió a Brooks, donde había quedado en verse con Michael.

Media hora más tarde llegó al lugar y encontró a su amigo sentado en un sillón y sonriendo de oreja a oreja, algo que dejó a Henry intrigado.

—Querido Henry, tengo una gran noticia que darte —dijo Michael.

Henry se acomodó a su lado y puso todo su interés en él.

—¡Cuenta! —le instó.

—Charlotte y yo vamos a ser padres —declaró entusiasmado.

Henry sonrió ampliamente y abrazó a su querido amigo con alegría. Captaron la atención de todos los presentes, que se preguntaban a qué venían esas efusivas muestras de afecto entre caballeros. Se separaron y cada uno volvió a su asiento para que Michael diera más detalles.

—Me lo contó ayer por la tarde. ¡Estoy tan emocionado! Aunque también preocupado.

—Es normal, es un paso muy importante. ¿Cómo se encuentra Charlotte?

—Bien, según me ha dicho. Tiene náuseas, pero mi madre me explicó que es frecuente al principio.

—Entonces, todo irá bien. Ya lo verás. Dios mío, no puedo creerme que vayas a ser padre. Ahora solo quedo yo —afirmó sonriente.

—Tengo la impresión de que pronto acabará tu soltería.

—¿Por qué dices eso? —preguntó desconcertado.

Michael se acercó a su amigo y le dedicó una mirada pícara.

—He visto cómo la miras…

Henry tragó saliva, mostrándose nervioso.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo la miro?

—Con ojos de enamorado —respondió Michael.

Henry se revolvió incómodo.

—Te equivocas. Yo no miro a lady Audrey de esa forma. Para mí, es sagrada —afirmó inquieto.

Michael alzó una ceja sorprendido.

—No me refería a lady Audrey. Hablaba de lady Victoria.

Al percatarse de su error, Henry trató de rectificar.

—Claro, yo también me refería a lady Victoria —aclaró ligeramente ruborizado.

Michael se rio.

—Vaya, vaya, no esperaba que me lo revelaras tan rápido, pensé que me costaría más sonsacártelo.

En ese instante, Henry se dio cuenta de que su amigo le había tendido una trampa y había caído en ella como un estúpido. Frunció el ceño, sin saber cómo replicar, mientras Michael lo miraba divertido.

—No hace falta que digas nada más. Es evidente que lady Audrey te gusta mucho. Bueno, yo juraría que la amas. Nunca te he visto comportarte así con otra. Y te diré algo: me encanta esa mujer, y a Charlotte también. Así que cuentas con nuestro beneplácito.

Henry suspiró exasperado.

—¿Tú también? Ya he dejado claro que entre lady Audrey y yo no hay nada.

—¿Quieres decir que hay más gente que te ha dicho lo mismo? —preguntó Michael, ignorando el último comentario.

—Mi madre adora a lady Audrey, y me hizo saber que le gustaba mucho y que apoyaría mi compromiso con ella.

—¡Eso es maravilloso, Henry! Ya sabes que lady Crawford es una persona exigente. Si ha conquistado a tu madre, entonces ya está todo solucionado. ¿Qué problema hay?

Henry se mostró incrédulo.

—Pues que no me atrae de esa forma. Lady Audrey es solo una amiga, y así será siempre.

Michael le lanzó una mirada suspicaz.

—Henry, ¿de verdad crees lo que estás diciendo o es una manera de autoengañarte y negar la evidencia? Porque te aseguro que, si se trata de esto último, vas a sufrir mucho. Y, cuando quieras darte cuenta, ya será tarde.

Henry consideró lo que acababa de decir. Lo cierto era que estaba hecho un mar de dudas. Por un lado, quería creer lo que decía, pero, por otro, tenía la impresión de que estaba negando lo que todo el mundo veía menos él.

Realmente disfrutaba de la compañía de lady Audrey. Cuando se encontraban, era un auténtico placer estar a su lado. Cada día pensaba en ella con más frecuencia y, de alguna manera, eso le asustaba. No sabía si aquello era simple deseo o amor verdadero.

Sin embargo, había algo más importante. ¿Sentía ella lo mismo? Porque no lo parecía. Lady Audrey se mostraba amable con todo el mundo, y con él no era distinto. Además, estaba empeñada en provocar su compromiso con lady Victoria.

No parecía tener interés alguno en él. Cuanto más pensaba en ello, más dudas tenía. Ojalá encontrara la respuesta pronto.

Audrey se puso delante del espejo y observó su silueta. Curvas pronunciadas marcadas por el vestido de color verde oscuro le recorrían el cuerpo. Nunca se había sentido una mujer atractiva, pero tampoco se había estudiado con severidad.

En esos momentos no podía evitar hacerlo. Se preguntaba por qué se preocupaba tanto por su aspecto, si nada iba a cambiar. Lord Henry jamás la miraría de manera especial, con ojos de enamorado, como hacía con lady Victoria.

Sabía que él nunca sería suyo, porque era un hombre que pronto se comprometería. No obstante, no podía reprimir lo que sentía por él. Su corazón saltaba de alegría cuando estaban juntos.

Quería saber más de él, conocer todos sus secretos, compartir sus confidencias. En definitiva, deseaba que el destino diera un giro inesperado y él se percatara de que no podía vivir sin ella.

Mientras reflexionaba, Julia entró en el cuarto. Su hermana iba elegantemente vestida con un traje azul marino que marcaba su perfecta figura. Ambas eran la noche y el día.

—Estás preciosa. Ese color te sienta muy bien —la alabó su hermana acercándose a ella.

Audrey la miró un tanto insegura.

—¿De verdad?

Julia asintió.

—Ya lo creo. Será mejor que nos marchemos ya o llegaremos tarde.

Bajaron las escaleras y se dirigieron al carruaje. Allí, Audrey empezó a frotarse las manos con nerviosismo, algo que Julia notó.

—Audrey, si sigues restregándote las manos de esa forma acabarás haciéndote alguna herida.

Audrey se detuvo y respiró hondo.

—Perdona.

—¿Por qué estás tan inquieta? Vamos a cenar con gente conocida.

—Lo sé, pero estos encuentros siempre me inquietan. Tengo miedo de meter la pata.

—No te preocupes, yo estoy aquí para sacarte del apuro —afirmó su hermana guiñándole un ojo.

Llegaron a Crawford House y enseguida el mayordomo las condujo hasta el salón. Allí se reunieron con lady Crawford y lord Henry. Audrey sintió cierto desconcierto al comprobar que no estaba el señor de la casa.

—Lord Crawford no podrá acompañarnos esta noche me temo. Sin embargo, eso no impedirá que disfrutemos de una estupenda velada entre amigos —aclaró lady Crawford animada.

Henry y Audrey se miraron sonrientes. Él llevaba puesto un traje oscuro, con corbatín verde a juego con sus ojos, y camisa blanca.

Su mirada esmeralda brillaba a la luz de las velas y Audrey sintió una cálida sensación que le recorrió el cuerpo. Estaba realmente apuesto.

A continuación, pasaron al comedor, donde las charlas se sucedieron.

—Hace muchos años visité Ellis Hall, cuando vuestro abuelo aún vivía. Yo tenía diez años. El difunto lord Morgan y mi padre se conocían desde niños, ya que habían estudiado juntos en Eton, y un día vuestro abuelo nos invitó a pasar unos días allí. Recuerdo que fue una estancia muy agradable —explicó lady Crawford—. Tengo entendido que usted se casó con lord Barron Hyatt, ¿cierto?

—Así es, milady —contestó Julia un poco tensa.

—¿Sabe que su suegro me pretendió? Fue antes de conocer a lord Crawford. Debo aclarar que nunca hubo nada entre nosotros. Nuestras ideas y opiniones eran opuestas.

—Sí, su hijo ha heredado sus mismas ideas, creo —soltó Julia con malestar.

Todos se quedaron callados. Aun así, lady Crawford entendió la situación al instante.

—Veo que tenemos mucho en común. Es normal que, en los matrimonios de conveniencia, donde los contrayentes apenas se conocen, surjan ciertas desavenencias. Algunas mayores que las de un matrimonio convencional. No obstante, tenemos una ventaja: poder económico. Y eso, hoy en día, es imprescindible para llevar una vida confortable y segura.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, lady Crawford —respondió Julia.

—Sin embargo, también existen los matrimonios por amor. ¿Verdad, lady Audrey? —comentó Henry, intentando hablar de algo más agradable.

Audrey asintió.

—Así es, lord Henry.

—Son la minoría, pero sí, obviamente existen —afirmó lady Crawford. A continuación, se limpió la comisura de los labios con una servilleta y dijo—: Bueno, ahora que hemos terminado el postre, Henry, querido, ¿por qué no le muestras a lady Audrey los dibujos de las excavaciones? Estoy segura de que le encantarán.

Henry y Audrey se miraron desconcertados por la repentina propuesta.

—Por supuesto. ¿Me acompaña, lady Audrey?

Audrey asintió, se levantó y le siguió hasta la biblioteca. Cuando salieron de la estancia, Julia y lady Crawford se fueron al salón y allí comenzaron a conversar a solas, sentadas frente a la chimenea. Lady Crawford quería conocer a fondo la situación de lady Hyatt, que sabía con certeza que era idéntica a la suya.

Henry y Audrey entraron en la biblioteca y, mientras ella esperaba de pie ante el escritorio, él encendió varias velas que había dispersas por la sala.

Audrey estaba nerviosa por el ambiente íntimo que envolvía aquella estancia. Un hombre y una mujer solteros en una habitación a solas no era precisamente lo adecuado. Por eso le había

sorprendido la propuesta de lady Crawford, que era conocida por ser sumamente estricta en este tipo de cuestiones.

Cuando Henry encendió todas las velas, Audrey pudo comprobar las dimensiones de la sala, que era bastante amplia. Las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de libros. Había una chimenea al fondo de la sala y un diván, donde uno podía sentarse plácidamente a leer.

Henry abrió uno de los cajones del escritorio y sacó una carpeta llena de papeles. La puso encima de la mesa y empezó a pasar las hojas ante la atenta mirada de Audrey.

—Esta zona de la excavación está cerca de la arboleda de la que le hablé, allí encontramos cinco vasijas romanas. —Pasó a otra hoja, donde se mostraba otro dibujo—. Dentro de una de las vasijas descubrimos este collar hecho de bronce.

—Interesante. —Audrey observó el dibujo con atención.

Henry podía sentir el calor que desprendía el cuerpo de ella muy cerca del suyo, y notó cómo el pulso se le aceleraba.

—Aquí hace calor, ¿cierto? Voy a abrir la ventana —dijo Henry apurado.

De inmediato, se acercó a una ventana y la abrió, dejando que la brisa nocturna le golpeara en la cara. ¿Por qué estaba tan acalorado?

Audrey miró a lord Henry de reojo y se animó a preguntar algo a lo que llevaba dando vueltas parte de la velada.

—¿Va todo bien entre lord y lady Crawford?

Henry se sorprendió por la repentina pregunta.

—Sí, todo va bien. Es que mi padre tenía un compromiso previo y no podía asistir a la cena.

Audrey se mostró dubitativa.

—Pensé que era por nosotras.

Henry alzó una ceja.

—¿Por ustedes? No veo el motivo.

Audrey se mordió el labio inferior, nerviosa, y empezó a juguetear con los pliegues de su falda.

—Verá, hace dos días me preguntó qué había sucedido entre mi hermana y yo para que las cosas hayan cambiado entre nosotras.

Bueno, dado que seguramente mi hermana esté hablando con su madre del asunto, creo que puedo contarle lo ocurrido.

Henry se acercó a ella.

—Ya sabe que puede confiar en mí.

—Lo sé. Por eso creo que es un buen momento, ahora que estamos solos.

Henry puso todo su interés en ella y dejó que continuara.

—Mi hermana y su esposo, lord Hyatt, no son un matrimonio feliz.

Henry soltó una suave carcajada.

—No es necesario que lo jure, hace mucho que lo sé.

—Como ya sabe, mi cuñado no es precisamente un hombre discreto con sus aventuras, y mi hermana ha sido objeto de malvadas habladurías y mofas por su culpa. Parece que ella llevaba bien este asunto. Sin embargo, hace unos días, cuando regresé de Kenton House, algo cambió. —Audrey respiró hondo y dijo—: Mi hermana encontró a su esposo yaciendo en su lecho con lady Dawson.

Henry se quedó sin palabras. Lady Dawson era la mejor amiga de lady Hyatt, siempre estaban juntas.

—Como comprenderá, a mi hermana le dolió enormemente este hecho. Estaba furiosa.

—Es comprensible. Nadie podría soportar una humillación así.

—Estoy de acuerdo. Pero a mi hermana no le queda más remedio que aguantarlo. Si tomara la decisión de separarse formalmente, o incluso divorciarse, sería considerada una paria.

—Lo sé, y estoy profundamente en desacuerdo. Creo que eso debería cambiar.

Audrey lo miró esperanzada. Parecía que pensaban de la misma forma. Henry suspiró con pesar.

—Mis padres viven un matrimonio donde todo es apariencia. Hace años que se separaron. Nunca he visto amor entre ellos, aunque sé con certeza que mi madre ha sufrido.

—Es lógico, todos tenemos sentimientos. Yo sufro por mi hermana y me indigna que esté en esa situación.

—Lo comprendo. Pero estoy seguro de que su hermana es fuerte.

—Lo es, créame. Si supiera lo que les ha hecho a lord Hyatt y lady Dawson…

Henry la observó con curiosidad.

—¿Qué ha hecho?

Audrey torció el gesto apurada.

—Solo le diré que lord Hyatt va a tener que comprar una nueva vajilla y que lady Dawson se lo pensará dos veces antes de acercarse a mi hermana, por el bien de su cabellera.

Henry se rio al imaginar el panorama.

—Les está bien empleado, aunque parezca una maldad.

Ambos rieron y, al cabo de unos instantes, se miraron fijamente.

—¿Sabe? Acabo de acordarme de la primera vez que nos encontramos, años atrás, cuando debuté. Recuerdo que, cuanto más procuraba no meter la pata, más lo hacía. En aquel momento, usted fue tan paciente y amable conmigo… Nunca podré olvidarlo.

Henry sonrió con ternura.

—Bueno, nadie es perfecto. De mí se dicen muchas cosas, y a veces ni siquiera son reales. Pero, en fin, cuando uno gana cierta fama, no puede luchar contra las habladurías.

—Eso es lo que más me molesta, que hablen mal de alguien tan bueno como usted. Si la gente le conociera de verdad, descubrirían que es usted maravilloso, lord Henry.

Henry no supo qué decir ante tan hermoso comentario. Audrey notó calor en las mejillas al darse cuenta de que sus palabras implicaban algo más.

Decidió centrar la atención en los dibujos y se giró hacia el escritorio, con tan mala suerte que rozó con la falda el borde de la carpeta y las hojas cayeron al suelo. Audrey contempló con horror el desastre y se dispuso a recogerlo todo.

—¡Lo siento mucho! ¡Soy tan torpe! —se lamentó.

Henry se agachó para ayudarla en su tarea y, de repente, sus manos se rozaron por accidente. Se miraron a los ojos y Henry decidió escuchar lo que su corazón le estaba diciendo. Que la tocara, la acariciara y la besara. El orden no importaba.

Agarró la mano de Audrey e hizo que se pusiera en pie. Con la otra le acarició suavemente una de las mejillas. Contempló sus

tentadores labios y notó cómo la garganta se le secaba.

Audrey se quedó quieta, expectante, con el corazón latiendo desbocado, y se deleitó con la calidez y la fuerza del tacto de Henry sobre su piel.

Lo miró con los ojos nublados por el deseo y fue entonces cuando él descendió sobre su boca, uniéndose a ella en un beso lento y tierno. Henry mordisqueó sus labios con delicadeza y, a continuación, introdujo la lengua, saboreando ese instante mágico. Ella respondió a su avance con pasión y completa entrega. Llevaba esperando ese momento toda su vida.

Y sí, le hacía feliz que su primer beso se lo diera Henry Crawford, el hombre que ya se había convertido de manera indiscutible en el dueño de su corazón.

Él le puso una mano en la espalda y la atrajo más hacia él, hasta que sus cuerpos se tocaron. Para Henry, el mundo había desaparecido en esos instantes y se sentía dichoso por tener a Audrey entre sus brazos.

No sabía cómo ni por qué había ocurrido, solo tenía claro que no quería que terminara. Deseaba que ese momento durara para siempre. Se separó un poco de ella y le besó la frente, las mejillas y el cuello mientras musitaba contra su piel.

—Audrey, mi preciosa Audrey. Quiero oírte decir mi nombre.

—Henry —dijo ella con voz entrecortada.

Estaba inmersa en sus caricias, en sus besos, y se sentía como si hubiera llegado al paraíso. Deseaba entregarse a Henry por completo, pese a saber que aquello no estaba bien.

Le amaba y quería quedarse a su lado para siempre. Y estaba convencida de que él albergaba los mismos sentimientos que ella.

De repente, alguien llamó a la puerta de la biblioteca. Eso hizo que se detuvieran de inmediato y que se apartaran, visiblemente aturdidos.

—Audrey, ya son más de las nueve, es hora de irnos —dijo su hermana al otro lado de la puerta.

Audrey y Henry se miraron con pesar, aunque consiguieron dibujar una sonrisa de complicidad. Ahora habían traspasado la barrera de la intimidad y se sentían más cerca el uno del otro.

Audrey se arregló el vestido y se adecentó el peinado, al igual que Henry, que trató de pensar en otra cosa, ya que notaba que sus partes íntimas estaban descontroladas.

Salieron de la biblioteca y se dirigieron al salón, intentando que nadie se percatara de lo que había sucedido entre ellos.

Se despidieron en el vestíbulo, intercambiando tiernas miradas, y Audrey finalmente partió junto a su hermana de vuelta a Morgan House.

Lo ocurrido había sido como un sueño. No necesitaba nada más para ser feliz. Henry le había pertenecido durante unos maravillosos instantes y ya nada importaba, ni siquiera el hecho de que eso quizás pudiera herir a lady Victoria.

Audrey había sido egoísta por una vez en su vida, y no se arrepentía. Si era necesario, hablaría con la joven y le explicaría sus motivos. Estaba segura de que lo entendería. Aunque apreciaba a la muchacha, tampoco quería renunciar a su propia felicidad.

Esa noche apenas pudo dormir por la emoción, al igual que Henry. Este último, a pesar de estar contento, se sentía un tanto confuso. ¿Aquello había sido amor o solo lujuria? No había podido evitar querer besar a Audrey Morgan.

Estaba preciosa en ese momento, y, además, su comentario le había alegrado el corazón. Cuando la oyó decir que consideraba que era un hombre maravilloso, no pudo controlar su deseo.

Y había sentido una inmensa dicha al comprobar que ella correspondía sus besos y sus caricias. Era una mujer apasionada, aunque no lo aparentara.

Audrey Morgan, una caja llena de sorpresas que él, sin duda, quería seguir descubriendo poco a poco. Quizás, al final, acabaría incluso enamorándose de ella.

Capítulo 11

Audrey se despertó temprano, sonriente y animada. Había tenido un hermoso sueño la noche anterior. Henry y ella paseaban juntos, enamorados y felices, por un lugar que ella no conocía. Se preguntaba si quizás era Marley House.

Ya habían transcurrido tres días desde aquella velada en Crawford House, y Audrey vivía en un estado de ensoñación permanente. Sus familiares la observaban con curiosidad, aunque Annabella y Julia estaban convencidas de que Henry Crawford era el culpable de su estado.

Julia sabía que algo había sucedido entre ellos en la biblioteca de los Crawford. Audrey no le contó nada, pero tampoco era necesario. El rostro sonriente y la mirada iluminada de su hermana lo decían todo. Solo quedaba esperar la proposición formal de lord Henry.

Esa noche irían a casa de lord Chamberlain. Asistirían a uno de los eventos más populares de la temporada, donde toda la alta sociedad se reuniría. Audrey sonrió al pensar que podría encontrarse con Henry allí.

Estaba segura de que este habría roto su futuro compromiso con lady Victoria a esas alturas. No era posible que fuera a casarse con aquella joven después de los besos tan apasionados que se habían dado.

Y no es que no se sintiera culpable, desde luego. Apreciaba a lady Victoria y no quería hacerle daño.

Sin embargo, no podía evitar que la felicidad dominara su espíritu, porque por fin había encontrado lo que tanto tiempo llevaba buscando.

Henry la amaba, de eso estaba totalmente segura, y apenas se lo creía. Recordaba su entrega, sus dulces caricias, sus apasionados besos. Había sido del todo inesperado. Jamás se hubiera imaginado que el primer hombre con el que bailó se convertiría en el amor de su vida.

Después de desayunar, se dirigió al jardín con los niños, donde estuvieron jugando toda la mañana hasta la hora de comer, bajo la atenta mirada de Annabella y Julia.

Las tres mujeres y los niños almorzaron en el jardín aprovechando el buen tiempo, y, cuando se disponían a ir a descansar cada uno a sus aposentos, alguien llamó a la puerta. Enseguida, la atmósfera dichosa y agradable se tornó seria e incómoda.

—Lady Julia, lord Hyatt está aquí y desea verla —anunció una de las criadas.

Julia y Audrey se miraron circunspectas. Parecía que había llegado el momento de enfrentarse a un importante asunto.

Julia se levantó y se dirigió al interior de la casa mientras Annabella y Audrey permanecían sentadas en las sillas del jardín.

Lord Hyatt aguardaba a su esposa en el salón principal de la casa. Llevaba varios días dominado por la inquietud ante el inevitable encuentro.

Había comprobado que Julia era una mujer temperamental, que incluso había llegado a lanzarle la vajilla a la cabeza para después agarrar a su amante por el pelo y arrastrarla por el suelo de la casa.

Había subestimado a su esposa, creyendo que podría obrar como él quisiera sin consecuencias. Pues en esos instantes las estaba sufriendo. Y no sabía qué sucedería a partir de ahora.

Julia entró en el salón con semblante serio. Cerró la puerta tras de sí, con él expectante. La observó detenidamente. No tenía mal aspecto. De hecho, se veía espléndida con ese vestido gris que estilizaba su figura. Se quedó donde estaba, justo delante de la puerta, sin moverse, mirándole a los ojos con aire desafiante.

—Bueno, al fin nos encontramos de nuevo. ¿Qué quieres, Barron?

Él carraspeó nervioso.

—Quiero que regreses a casa.

Julia asintió, y empezó a pasearse por la estancia.

—¿Qué motivos me das para volver?

Barron se mostró incrédulo.

—¿Motivos? Eres mi esposa y debes vivir conmigo.

Julia permaneció quieta delante de la ventana, observando la calle.

—Nunca has sido muy elocuente, me temo. Pero, en fin, sabía con quién me casaba. Conozco tus defectos y tus virtudes. Y tus secretos más oscuros y siniestros, Barron.

Él se tensó y tragó saliva.

—¿A dónde quieres llegar?

Julia se giró y lo miró entrecerrando los ojos.

—Ya he llegado a donde quería. Te tengo donde quiero que estés. Así que vas a hacer lo que yo te pida —aseveró con plena seguridad en sí misma.

Él empezaba a cansarse de ese juego que se traía entre manos. Aun así, se abstuvo de mencionar nada.

—¿Qué quieres? ¿Que me arrodille? ¿Que suplique? No necesito hacerlo, y no lo haré. Soy un hombre, tengo todos los derechos del mundo. El Estado y la ley me amparan.

—Lo sé, descuida. No voy a pedirte que te arrepientas o me pidas perdón cuando sé que no lamentas lo que has hecho. No, es mucho más sencillo.

Él cruzó los brazos sobre el pecho, mirándola con suspicacia.

—Tú dirás.

Julia se acercó a él y los dos se encontraron frente a frente.

—Como somos un matrimonio que no se ama y que solo es de conveniencia, creo que podemos llegar a un acuerdo. Como comprenderás, he aguantado demasiado, Barron. Otra ya te habría dejado y se habría fugado con el primer marino que encontrara en el puerto de Dover rumbo a Francia, convirtiéndose en una paria social. No obstante, yo soy más práctica y no me dejo llevar por las emociones. He pensado en algo que nos beneficiaría a ambos de alguna manera.

»Verás, creo que lo mejor es que seamos un matrimonio en público. Asistiremos a fiestas, reuniones, veladas, y nos mostraremos como siempre, unidos y dichosos. Pero, en privado, mantendremos vidas separadas.

»Los dos tendremos plena libertad para disfrutar de la compañía que queramos. Sin reproches ni discusiones. Una convivencia entre camaradas. Respeta estas condiciones y no habrá más problemas.

Barron consideró la propuesta. El arreglo parecía favorecer a ambas partes. Él podría estar con quien quisiera, sin esconderse. Aunque no le hacía demasiada gracia que Julia se viera con otros hombres.

—¿Y tú también tendrías amantes? No sé si eso me beneficia…

—Por supuesto que tendré amantes. Y te garantizo que seré discreta. Al contrario que tú, sé controlarme —le espetó—. Este arreglo es bueno para ambos. ¿No te gusta la libertad? Pues otórgamela y no habrá problemas. Compañeros y cómplices, de eso se trata, Barron.

Él la observó con detenimiento y meditó de nuevo sus palabras. Era cierto. Debía ceder si quería que ningún escándalo trascendiera. No podía añadir más leña al fuego.

Además, sabía que Julia conocía todos sus secretos, como las relaciones que mantenía con mujeres casadas con amigos suyos, que le desafiarían a un duelo sin pensárselo. Era la única aliada que podría tener.

—Está bien. Acepto el acuerdo.

—Debo pedirte una cosa más.

—Tú dirás.

—Jamás vuelvas a mencionar a mi hermana o a cualquier miembro de mi familia en los términos en los que has estado hablando hasta ahora. Si me entero de que dices algo malo sobre ellos, romperé el acuerdo e iré directa a contarle a lord Benedict cuántas veces ha ido lady Benedict a nuestra casa. ¿Entendido? —le advirtió.

Él asintió totalmente horrorizado.

—Entendido.

—Y, ahora, vas a quedarte a tomar el té con nosotras y le pedirás disculpas a mi hermana Audrey por todas las barbaridades que has ido diciendo sobre ella durante estos años.

Barron frunció el ceño enfadado.

—¿Cómo dices? ¡No pienso hacer eso! Yo…

Julia le lanzó una mirada fulminante, y fue entonces cuando decidió cambiar de parecer.

—Por supuesto. Ahora mismo.

Dicho esto, los dos se dirigieron al jardín. Cuando aparecieron, Annabella y Audrey se mostraron sorprendidas al verlos juntos. Se percataron enseguida de que Barron parecía distinto, sin rastro de la altanería y soberbia que lo caracterizaba.

Este se sentó al lado de Julia y se dispuso a cumplir la parte del acuerdo referente a Audrey.

—Querida Audrey, ahora que me he dado cuenta de mis errores, quiero pedirte disculpas por lo sucedido en estos años. He sido muy cruel en mis afirmaciones hacia tu persona, y te pido mil perdones. No volverá a ocurrir.

Audrey le observó desconcertada. Fue entonces cuando miró a Julia, que le guiñó un ojo. Comprendió enseguida que ese era el principio de un cambio importante en la vida de los Hyatt.

—Disculpas aceptadas.

El resto del tiempo, las tres mujeres charlaron animadas mientras lord Hyatt se mostraba silencioso e incluso sumiso. Algo totalmente impropio de él, que siempre había sido el alma de cualquier encuentro, para mal, por supuesto.

Julia le había enseñado una valiosa lección. Que todo en esta vida tiene un límite, y que, si se abusa de los demás, al final se acaban pagando las consecuencias.

Lord Henry entró en el comedor, mostrándose contento y risueño. Llevaba dos días con esa actitud, algo que no pasó desapercibido para sus progenitores. Lady Crawford había notado ese cambio desde que lady Audrey estuvo allí.

Su hijo se pasaba el día canturreando, sonreía por cualquier motivo y parecía tener la mente en otra parte.

—¿Qué es eso que canturreas? —preguntó lady Crawford mientras lord Crawford observaba a su hijo con interés.

Henry se sentó a la mesa y contestó:

—No canturreo nada, madre.

Lady Crawford lo miró con una ceja levantada.

—¡Claro que canturreas! Llevas dos días así. Estamos esperando que nos cuentes a qué se debe tanta alegría.

Henry se encogió de hombros.

—A nada en particular. El sol brilla, los pájaros cantan, hace buen tiempo. ¿Por qué debería estar triste?

—Ya —comentó lady Crawford—. Por cierto, esta noche asistirás al baile de lord Chamberlain, ¿verdad?

Henry puso una mueca de disgusto.

—¿Es necesario? Esta noche había pensado descansar.

Lady Crawford suspiró.

—Una lástima. Lady Audrey estará allí, y sé que estaría encantada de verte. En fin, le daré saludos de tu parte.

A Henry se le iluminó el rostro de repente.

—¿He dicho descansar? ¡Tonterías! Esta noche os acompaño. Siempre disfruto de las aburridas y tediosas veladas en casa de lord Chamberlain.

Lady Crawford sonrió por dentro ante el éxito de su estratagema, mientras lord Crawford miraba a su hijo desconcertado. En menos de un minuto, Henry había cambiado de opinión como el que cambia de sombrero. Este hijo suyo era todo un enigma para él.

Por la tarde, antes de asistir al baile de lord Chamberlain, Henry decidió hacer una visita a Kenton House para ver a Michael y Charlotte. Quería contarles lo sucedido en Crawford House entre lady Audrey y él y conocer su punto de vista.

Para Henry, Michael era el hermano que nunca tuvo, y su opinión siempre era importante para él.

Llegó a Kenton House justo a la hora del té. El señor Carlson abrió la puerta, con su habitual semblante serio. A continuación, le condujo a la biblioteca, donde Michael estaba sentado en un sillón. Este se mostraba cabizbajo y apocado, y no se percató de la presencia de su amigo. Henry, al verlo, se preocupó.

—¿Qué ocurre, Michael? Parece que vienes de un entierro.

Agarró una de las sillas de la estancia y se sentó frente a él. El señor Carlson cerró la puerta para dejarlos a solas, no sin antes preguntar si deseaban algo. Henry habló por Michael y pidió que les sirvieran un té. El mayordomo se retiró, y Michael suspiró pesaroso.

—Charlotte se ha marchado a Horton Hall esta mañana.

Henry se alarmó.

—¿Os habéis peleado?

Michael frunció el ceño.

—¡Claro que no! Ha decidido irse para descansar durante el embarazo. Dice que, si espera más, el viaje será más pesado.

—¿Ha viajado sola?

—No, mi madre viaja con ella. Se quedará en Horton Hall acompañándola hasta que pueda escaparme.

—Entonces no tienes de qué preocuparte. Tu madre ya ha pasado por eso, está en buenas manos.

Michael suspiró de nuevo.

—Lo sé. Pero es una tortura quedarme aquí, lejos de ella. Empiezo a aborrecer Londres.

Henry miró a su amigo con ternura. Ante él se encontraba un hombre abatido, que estaba locamente enamorado de su esposa.

—Tú lo que tienes que hacer es solucionar tus asuntos aquí lo antes posible. Así podrás regresar a Horton Hall cuanto antes.

—Así lo haré.

—¿Irás está noche a casa de lord Chamberlain?

—¡Qué remedio! Debo representar a los Davenport. Mi abuelo no irá, así que tengo que asistir yo —contestó con desgana.

—No te preocupes, no estarás solo. Seré tu fiel escudero —afirmó con una amplia sonrisa.

Michael le observó con suspicacia.

—¿Ha ocurrido algo? Te noto distinto. Nunca hablas con entusiasmo de las veladas de lord Chamberlain. Siempre parece que vas al patíbulo.

Henry sonrió con timidez.

—Sí, ha ocurrido algo, aunque no sé aún su pleno significado.

Michael se incorporó un poco, centrando la atención en el rostro de su amigo.

—Se trata de lady Audrey, ¿cierto?

Henry asintió. Lo maravilloso de su amistad con Michael era que no necesitaban usar palabras. Con una mirada se entendían a la perfección.

—Vino a Crawford House y, bueno, sucedió, Michael. Sucedió lo que mi mente y mi corazón llevaban pidiéndome mucho tiempo.

Michael sonrió entusiasmado.

—Así que por fin ha sucedido. Te has enamorado.

Henry se inquietó ante esta idea.

—¡No! Quiero decir… no sé… Verás, nos besamos en la biblioteca, y fue maravilloso. Pero no sé si es amor o solo lujuria. Me dejé llevar por el deseo, Michael. No estoy seguro de amar a lady Audrey.

Michael puso gesto interrogante.

—Entonces, ¿solo fue deseo? Creo que te equivocas, Henry.

Henry suspiró abatido.

—Las dudas me asolan, Michael. Por un lado, pienso en ella todo el tiempo y, cuando nos vemos, me siento muy dichoso a su lado. Sin embargo, por el otro, pienso que con otras mujeres me ha sucedido algo parecido, y tengo miedo de cansarme. De que al final me equivoque y solo sea una atracción pasajera.

Michael asintió pensativo.

—Lo comprendo. El amor es un asunto complejo. Aun así, te diré que, últimamente, he notado cambios en ti. Sé que estás cansado de la vida de romances y aventuras que has estado llevando.

»No es fácil encontrar a tu otra mitad. Ya sabes que a mí me costó demasiado tiempo darme cuenta de que la respuesta estaba delante de mí. Casi pierdo a Charlotte por mi estupidez y mi orgullo, y no querría que te sucediera lo mismo.

—Lo sé, amigo mío. Sé que deseas mi bien —respondió Henry agradecido—. ¿Qué consejo me darías?

Michael consideró la respuesta un momento. Era complicado dar consejos cuando él tampoco era un experto en esas cuestiones, ya que solo podía hablar desde su propia experiencia.

—Una vez me dijiste que debía aprender a escuchar a mi corazón. Pues eso debes hacer, prestar atención e intentar atender a lo que te dice. Ahí hallarás la respuesta.

Capítulo 12

En el salón de baile de la mansión de lord Chamberlain, las parejas danzaban en la pista al son de la música mientras otros invitados observaban la escena entre susurros y conversaciones.

Lady Audrey había llegado esa noche temprano, acompañada de su familia al completo, a excepción de sus sobrinos. Incluso lord Hyatt se había unido a ellos, mostrándose amable y conversador.

Ella, como siempre, estaba sentada junto a su madre y Annabella en un rincón. Se encontraban entre un grupo de damas de distintas edades, todas casadas o viudas.

A lo lejos pudo ver bailando a sus amigas solteras, lady Frances y lady Prudence, con dos caballeros muy apuestos. Según le habían comentado, enseguida pasarían por el altar, algo que a ella la alegraba mucho.

No podía evitar mirar de vez en cuando hacia la entrada, expectante. Deseaba que lord Henry apareciera pronto.

Había dedicado buena parte de la tarde a arreglarse delante del espejo. Había elegido un elegante vestido malva, con escote en forma de uve, que le sentaba muy bien. Llevaba el pelo recogido en un moño alto y un poco de maquillaje. Los labios pintados de un tono rosa tenue contrastaban con sus bonitos ojos azules, y la emoción que sentía ante la idea de ver a Henry le iluminaba el rostro.

Henry llegó junto a sus padres a casa de lord Chamberlain con el pulso acelerado. Estaba deseando llegar para encontrarse con la mujer que ocupaba sus pensamientos. Había decidido seguir el consejo de Michael y escuchar a su corazón, aunque en ese momento permanecía silencioso. Esperaba que empezara a hablar cuando estuviera lady Audrey ante él, para así solventar todas sus dudas. ¿Estaba enamorado de ella? ¿Era solo pasión y deseo efímero lo que sentía?

Entraron en el enorme salón y enseguida sus padres le dejaron solo para reunirse con sus amistades. Henry buscó con la mirada y no le costó hallar a lady Audrey. Se quedó unos minutos observándola desde donde se encontraba.

Con ese vestido y ese peinado estaba muy elegante, aunque era realmente hermosa se pusiera lo que se pusiera. Notó un fuerte latido en el corazón. Parecía que este había recuperado la voz. Solo esperaba entender lo que le decía.

Audrey lo vio a lo lejos y le sonrió. Henry se acercó sin apartar los ojos de ella. Esa radiante mirada verde siempre la dejaba sin aliento, y Audrey se sintió especial y tímida al mismo tiempo.

—Buenas noches, señoras —saludó a todas. Entonces, centró la atención en Audrey—. Lady Audrey, ¿me haría el honor de concederme este baile?

Henry le tendió la mano y Audrey la agarró con sumo gusto. Al tocarse, ambos notaron una cálida sensación que les recorrió de arriba abajo. Se dirigieron a la pista de baile ante la atónita mirada de las damas allí presentes y la silenciosa alegría de las mujeres de la familia Morgan. La madre de Audrey veía aquello como un verdadero milagro. Lord Henry Crawford era un excelente partido, y parecía que Audrey había captado su interés. Mientras Annabella los contemplaba con ternura, Julia, que estaba al otro lado de la sala, los observaba con satisfacción. En su opinión, eran la pareja perfecta.

Una vez estuvieron en el centro de la pista, Henry agarró a Audrey por la cintura. Una mazurca empezó a sonar y comenzaron a bailar. Ella sentía que flotaba sobre una nube y que sus pies no tocaban el suelo.

—¿Ha venido solo? —preguntó Audrey.

—Con mis padres. Están con sus amigos ahora.

—Yo he venido con toda la familia.

—Ya lo he visto —comentó él riéndose.

Audrey se sintió torpe.

—Sí, claro.

Henry decidió dejar sus reservas a un lado y expresó lo que estaba pensando.

—Estaba deseando verla, Audrey. De hecho, no iba a venir esta noche, pero me dijeron que usted estaría aquí y no pude negarme.

Audrey se ruborizó.

—¿De verdad? Entonces ya somos dos, milord. De hecho, debo confesarle que no he dejado de pensar en usted durante estos días.

Henry la miró ensimismado.

—Así que ha pensado en mí todos estos días. ¿Y qué pensaba?

Ella se puso tensa y se sonrojó aún más.

—Pues en usted. En sus ojos, en su voz, en su sonrisa… —contestó con timidez.

Henry se rio. Le encantaba su honestidad.

—¿Sabe qué dicen de mis ojos las malas lenguas? —Audrey negó con la cabeza—. Que pueden hacer caer en el pecado a la doncella más pura.

Audrey esbozó una sonrisa.

—No lo discuto, tiene usted unos ojos muy bonitos y expresivos.

Henry la contempló con ternura.

—Los tuyos son más bonitos que los míos, te lo aseguro —la tuteó por primera vez, prescindiendo de las formalidades con ella tras todo lo que habían vivido—. Sueño con ellos cada noche.

Al escuchar eso, el corazón de Audrey se estremeció.

—¿Sabes lo que me gustaría que sucediera en este momento? —inquirió él con un atisbo de sensualidad.

—No —respondió ella con un hilo de voz.

—Que el mundo desapareciera a nuestro alrededor y nos quedáramos a solas tú y yo —dijo Henry con voz ronca y susurrante.

Audrey sacudió la cabeza.

—¿Es que el mundo aún sigue aquí? Porque yo no lo veo —comentó embelesada.

Henry suspiró abatido. Aquella mujer había puesto su vida al revés. Quería llevársela de allí para esconderse con ella en algún rincón. Así podrían dejar de hablar y perderse el uno en el otro.

Pero, ante todo, estaba el decoro. Y lady Audrey era sagrada para él. Debía aprender a controlar ese deseo que lo desbordaba. ¿Aquello era producto del amor? Seguía sin tenerlo claro.

La música se detuvo y llegó el momento de separarse. Henry la acompañó hasta su rincón y se despidió con un: «Hasta pronto». Regresaría más tarde y le pediría otro baile.

Audrey se sentó al lado de Annabella, sonriente y con las mejillas sonrosadas.

—¿Te has divertido con lord Henry? —preguntó su cuñada de forma inocente.

Audrey se ruborizó aún más.

—Sí, es un excelente bailarín —contestó nerviosa.

Annabella no dijo más, y miró a su cuñada con humor. Parecía una debutante en vez de una solterona que casi rozaba la treintena.

Henry, aún con los latidos descontrolados, se encontró con su amigo Michael, que no tenía muchas ganas de mostrarse alegre. Lo saludó con una amplia sonrisa para intentar consolarlo.

—Buenas noches, querido amigo. ¿Cómo va ese ánimo?

Michael giró la cabeza con actitud taciturna.

—Ah, eres tú, Henry.

Este alzó una ceja.

—Yo también me alegro de verte.

Michael suspiró.

—Perdona, amigo mío. Ya sabes por qué estoy así.

—Lo sé, y lo comprendo. Descuida.

—Te he visto bailando con lady Audrey.

Henry sonrió de nuevo.

—Sí. Hemos bailado.

Michael dibujó una sonrisa ladeada.

—Te veo contento.

—He escuchado a mi corazón, como dijiste. Aunque no he sacado mucho en claro. Pero he podido oírle decir que fuera directo a buscarla y que bailara con ella.

Michael se rio.

—Es un comienzo. ¿Y ella cómo ha reaccionado?

—De forma deliciosa. Incluso ha confesado que piensa en mí —contestó Henry risueño.

Michael se mostró incrédulo.

—Yo creía que las damas nunca eran tan directas. Al menos, no se espera eso de ellas, que yo sepa.

Henry contempló a Audrey, que conversaba con lady Morgan.

—Es que ella no es como las demás. Es única —se enorgulleció.

Michael le observó con curiosidad y no dijo nada más. Justo en ese momento, llegaron los Baltimore acompañados de lord Alfred. Enseguida vieron a lord Henry y fueron a saludarlo.

—¡Lord Henry, lord Michael! Es un placer verlos de nuevo —comentó lord Baltimore sonriente.

—Buenas noches, milord, milady. ¿Cómo va todo? —preguntó Henry.

—Bien, ultimando los detalles de cierto asunto del que ya tendrá noticia —respondió lady Victoria guiñándole un ojo, mientras lord Alfred se ruborizaba.

Henry y Michael asintieron.

—Entiendo. Espero ser de los primeros en enterarme —dijo Henry.

—Por cierto, lord Michael, quería comentar unos asuntos con usted y su abuelo. ¿Lord Davenport ha venido? —inquirió lord Baltimore.

—No, pero podemos discutirlos sin problema —respondió Michael.

A continuación, ambos caballeros se dispusieron a tratar esos temas que lord Baltimore deseaba discutir, ante la atenta mirada de lord Alfred, que era parte interesada. Henry y lady Victoria se mostraron apurados al ver que estaban fuera de lugar.

—¿Me concede este baile? —propuso Henry.

Lady Victoria sonrió.

—Por supuesto.

Se adentraron en la pista de baile y comenzaron a bailar.

—¿Ha venido lady Audrey? Tengo ganas de saludarla —comentó lady Victoria.

—Sí; de hecho, hemos estado bailando.

Lady Victoria esbozó una sonrisa.

—¿Cuándo se va a declarar, milord? Debería darse prisa. Lady Audrey es una mujer encantadora, y puede que haya más pretendientes que quieran cortejarla —le advirtió.

Henry la miró sorprendido.

—¿Declararme? No había pensado en ello.

—Pues debería dejar sus reservas. Creo que hacen una pareja excelente.

Henry se rio.

—Si yo le contara…

—Cuénteme, tenemos mucho tiempo.

Henry suspiró.

—Está bien. Le contaré una historia muy curiosa.

Audrey observó la pista de baile y vio a Henry y lady Victoria riendo y bailando. Ya no sentía celos, porque sabía que entre ellos no había nada. Él solo tenía ojos para ella. Esperaba que se declarara pronto o tendría que hacerlo ella, y no sería lo correcto. Aunque poco le importaba esa cuestión con tal de ser feliz.

—Una excelente pareja, sí, señor —dijo una voz detrás de ella.

Se giró y vio a lady Forrester, duquesa de Baldwin, una de las mayores cotillas del reino.

—Sí, magnífica —confirmó otra voz, que Audrey supo que pertenecía a lady Darlington.

Decidió permanecer callada y escuchar.

—Según se dice, lord Henry y ella se ven a menudo, y ambas familias están muy contentas con el arreglo. Los dos salen ganando. Él, rico y apuesto, y ella, también rica y hermosa. Además, se ve claramente en sus miradas que la atracción es mutua —comentó lady Forrester.

Audrey observó a la pareja. Lady Victoria sonreía y reía ante los comentarios de Henry, y él parecía cómodo a su lado. Ambos eran realmente atractivos, casi perfectos. De repente, no supo por qué, se sintió fea e insignificante.

—He oído que anunciarán el compromiso en un par de semanas a lo sumo, y que se casarán pronto. Así podrán instalarse en Marley House. Estoy segura de que lady Victoria va a ser la envidia de muchas —afirmó lady Darlington emocionada.

Audrey suspiró, un tanto angustiada. Estaba tan concentrada en la pareja, y en las palabras de lady Forrester y lady Darlington, que no se percató de que Annabella empezaba a encontrarse mal.

—Audrey…

Audrey se giró hacia ella y, al examinar con atención su rostro, observó que estaba pálida y parecía aturdida.

—Necesitas un poco de aire. Ven conmigo —le ordenó Audrey.

Agarró a Annabella por el brazo y la arrastró hacia una de las salidas, pero no pudo llegar a tiempo porque, a mitad de camino, su cuñada se desmayó y cayó al suelo. Se creó un enorme revuelo alrededor, y enseguida corrieron lord Henry y Clive a su encuentro.

Su hermano cogió a Annabella en brazos y Henry lo guio hasta un banco que había en la terraza que daba al jardín. Allí Clive la dejó con delicadeza sobre el asiento de piedra. Audrey entró de nuevo en el salón e, instantes después, regresó con un vaso de agua. Clive se mantuvo al lado de su esposa, sujetándole la cabeza, mientras Henry le daba unas palmaditas en la cara para despertarla, cosa que hizo rápidamente. Annabella abrió los ojos desconcertada.

—¿Qué ha ocurrido?

—Te has desmayado —contestó Clive acariciándole el rostro.

Audrey se inclinó junto a lord Henry y ayudó a su cuñada a beber. Annabella dejó que el líquido le refrescara la garganta y respiró hondo.

—Seguramente se ha desmayado debido al calor. Será mejor que vaya a casa, lady Annabella —aconsejó Henry.

—Sí, será lo mejor. Iré contigo —comentó Clive.

De repente, Audrey tuvo una idea.

—No te preocupes, yo la acompañaré. Estoy cansada, así que no me importa —dijo.

Henry se mostró decepcionado. Estaba deseando volver a bailar con ella y, si se marchaba, no habría ocasión. Sin embargo, no podía quejarse delante de los Morgan. No sería lo correcto.

—¿Estás segura? —preguntó Clive.

Audrey asintió. Así quedó todo arreglado. Annabella y ella regresaron a Morgan House, dejando a Clive en casa de lord Chamberlain.

Audrey vio la oportunidad de escapar de aquel ambiente que se había tornado sofocante y desolador para ella. Sentía un profundo malestar en todo su ser. Observar a la adorable pareja mientras escuchaba los comentarios de lady Forrester y lady Darlington

estaba siendo una tortura. Su corazón malherido no lo soportaría mucho más. Necesitaba calmarse, olvidarse del asunto y, en especial, reflexionar.

Llegaron a Morgan House y Audrey subió las escaleras en dirección a su habitación. Sus movimientos eran mecánicos, como si su cuerpo actuara solo. Abrió la puerta y entró en el cuarto, que en ese momento estaba a oscuras.

No se desvistió, no tenía fuerzas para ello, y se metió en la cama. Sin embargo, no pudo estirarse. Había un pequeño bulto que le impedía acomodarse.

—¿Tía Audrey? —preguntó Diana en la oscuridad.

Audrey se incorporó de repente, asustada. Iluminó con la vela el lugar de donde provenía la voz de su sobrina y la miró con el ceño fruncido.

—¡Diana! ¿Qué haces en mi habitación?

La niña se rio.

—Tía Audrey, esta es mi habitación, no la tuya.

Audrey se quedó desconcertada y observó mejor la estancia. La niña tenía razón. Aquel no era su cuarto. Ahora estaba totalmente confusa. ¿Cómo había podido equivocarse?

—¿Te da miedo la oscuridad, tía? Si es así, puedes dormir conmigo. Pero tendremos que dormir muy juntas porque, si no, no vamos a caber —advirtió la niña.

Audrey la contempló con ternura y se rio. Le acarició la suave mejilla y luego el pelo.

—Gracias, tesoro. La tía Audrey se ha equivocado. No sé dónde tengo la cabeza. Perdona que te haya despertado.

Diana sonrió.

—No te preocupes, tía.

Audrey se levantó y se dirigió a la puerta. Antes de marcharse, se giró y sonrió.

—Buenas noches, tesoro.

—Buenas noches, tía Audrey.

Diana se acurrucó bajo las sábanas y Audrey regresó al pasillo, donde Annabella permanecía de pie, observándola con suspicacia.

—¿Te encuentras bien?

Audrey sacudió la cabeza y contestó nerviosa:

—Sí, por supuesto. Buenas noches.

Dicho esto, se dirigió a su habitación con premura y cerró la puerta tras de sí. Suspiró y se acercó a la ventana. Audrey alzó la vista, fijando la mirada en las estrellas que brillaban esa noche en el cielo.

La imagen de lady Victoria y Henry juntos la desolaba. Pero a la vez comprendía que era lo correcto. Hacían una pareja perfecta, ella lo sabía, y era lógico que se casaran. Además, ella lo había propiciado.

De repente, llegó a una dolorosa conclusión. Para Henry, ella había sido un mero entretenimiento. Un pasatiempo hasta que se desposara con lady Victoria. A ella no la tomaba en serio. De hecho, nadie la tenía en cuenta. Por eso, a Henry no le había costado seducirla. Le había bastado con una simple sonrisa, una mirada intensa y unas cuantas palabras amables.

Recordaba las historias que se contaban sobre él. Según decían, era un conquistador nato que había dejado muchos corazones rotos a su paso. Y ella era una más. Sin embargo, estaba convencida de que Henry no lo hacía a propósito. Era un buen hombre, un excelente amigo, y sabía que su intención no había sido hacerle daño.

No obstante, se lo había hecho. Había sido inevitable. ¿Cómo había podido pensar que él la amaba? Era lady Victoria con quien debía casarse.

En esos momentos, su conciencia habló. Había obrado mal y lo estaba pagando. No debió ser egoísta y dejarse llevar por sus sentimientos.

Suspiró abatida. Si quería curar su herido corazón, debía enterrar lo que sentía por lord Henry en el rincón más profundo de su alma. Ya había hecho su labor y era hora de dejar que el destino siguiera su curso.

Ella estaba condenada a ser una solterona y él se casaría con lady Victoria. Así debía ser.

A partir de entonces, volvería a ser lady Audrey, la casamentera. Permanecería al lado de lord Henry como una buena amiga, nada

más. Solo esperaba que el tiempo la ayudara a olvidar el amor que sentía por él.

Capítulo 13

Mientras desayunaban, los Morgan recibieron una esperada visita, aunque no estuviera prevista a esa hora. Tía Caroline llegó a Morgan House acompañada de dos de sus sirvientes, Florence y Gastón, un matrimonio francés que llevaba muchos años a su servicio.

Cuando tía Caroline entró en la estancia, todos la miraron asombrados. Lucía un ajustado vestido morado que destacaba una figura envidiable a sus cuarenta y cinco años y un sombrero de ala ancha decorado con plumas de colores oscuros.

Diana y Howard observaron a tía Caroline con fascinación porque, para ellos, era una mujer muy exótica.

—¡Buenos días, familia! ¡Cuánto tiempo sin veros! —saludó la dama avanzando hacia una silla vacía.

Por el camino, dio una palmadita en el hombro a su hermana, lady Morgan, que se mostraba desconcertada. Se sentó e hizo que le sirvieran el desayuno. Lord Morgan no aprobaba aquella libertad con la que su cuñada actuaba, pese a que lo toleraba por su esposa, que la adoraba.

—Siento la inesperada visita. Tenía previsto llegar ayer, pero hubo problemas en el camino y retrasos. Lo importante es que ya estoy aquí, aunque no me quedaré mucho.

—Querida Caroline, estamos encantados de tenerte aquí, así que quédate todo el tiempo que necesites —comentó lady Morgan.

—Te lo agradezco, hermana, pero ya me conoces. Nunca paso demasiado tiempo en el mismo sitio. —Cogió una tostada y untó un poco de mermelada de fresa—. ¿Cómo estáis, queridos sobrinos? Hace mucho que no os veo.

Clive y Audrey se miraron, y esta última decidió responder.

—Estamos bien, tía.

—Me alegra. ¿Ya has pescado algún buen partido, querida Audrey?

Esta negó con la cabeza.

—No, tía.

—Bueno, no importa. Ya hablaremos tú y yo más tarde. Clive, Annabella, os veo bien. ¡Oh! ¡Y aquí están Diana y Howard! Habéis crecido mucho desde la última vez que os vi. —Dio un mordisco a su tostada y, después de tragar el trozo, preguntó—: ¿Y Julia? ¿Sigue casada con ese estirado de lord Hyatt?

Los presentes intentaron mantener la compostura, pero Clive, Annabella, Audrey y los niños no pudieron reprimir la risa, que detuvieron ante la mirada reprobadora de lady Morgan.

Tía Caroline destacaba por ser demasiado honesta y decir lo que pensaba sin adornos ni florituras, algo que solía traerle problemas. Lord Morgan suspiró exasperado.

—Sí, sigue casada con lord Hyatt —contestó serio.

—Espero poder verla en estos días —indicó tía Caroline.

—¡Por supuesto que sí! Habrá tiempo para todo. ¿Qué planes tienes para esta tarde, hermana? —preguntó lady Morgan.

—Hoy había pensado que fuéramos de compras todas juntas. ¿Qué os parece?

—Magnífico plan —estuvo de acuerdo lady Morgan.

Audrey no tenía demasiadas ganas de salir, ya que aún se sentía decaída.

—Creo que me quedaré en casa, me encuentro indispuesta —dijo a modo de disculpa.

—¡Ni hablar! He estado cuatro días de viaje para venir a veros, así que no acepto excusas. Además, estás un poco pálida, pero no pareces enferma. Te vendrá bien tomar el aire —opinó su tía.

Esta nunca aceptaba un no por respuesta. Audrey suspiró derrotada. Quizás le viniera bien salir, en vez de encerrarse y compadecerse de sí misma.

Por la tarde, Henry salió de Brooks con Michael después de una intensa mañana de conversaciones sobre política. Decidieron ir a dar un largo paseo por las calles de Londres, aprovechando el agradable tiempo que hacía. Quizás comprarían alguna prenda de vestir nueva o alguna otra cosa si era menester.

La noche anterior, Henry no durmió demasiado bien. Estuvo pensando en lady Audrey durante horas y en el deseo frustrado de volver a tenerla entre sus brazos. Hubo un momento en que incluso llegó a molestarse con lady Annabella por haberse desmayado. Sin embargo, este malestar se desvaneció enseguida. Consideró que ya surgirían otras oportunidades.

En ese instante, divisó a lo lejos al objeto de sus pensamientos. Lady Audrey se encontraba de pie delante del escaparate de una tienda. Parecía estar esperando a alguien.

Henry sonrió y decidió acercarse a ella mientras Michael entraba en una tienda cercana. Ella no pareció percatarse de su presencia hasta que él habló:

—Buenas tardes, lady Audrey.

Ella se sobresaltó y giró la cabeza. Sus miradas se encontraron en ese instante, y Audrey tuvo ganas de salir corriendo. Pero se abstuvo de moverse de donde estaba. Ante todo, lord Henry era un buen amigo, y ella no hacía esa clase de desprecios.

—Buenas tardes, lord Henry.

—Justo estaba pensando en usted. Ayer no tuvimos ocasión de volver a bailar juntos.

—Lo sé, y lo lamento. Pero estaba preocupada por lady Annabella y, además, me sentía cansada —respondió apurada.

Henry sonrió con ternura.

—No se preocupe. Sin embargo, ahora me debe un baile.

Ella se rio nerviosa, aunque él pareció no notarlo.

—¿Espera a alguien? —preguntó.

—A mi tía Caroline. Ha venido de visita y hoy quería salir a hacer unas compras. Yo he preferido quedarme fuera, el ambiente es un tanto asfixiante en esta tienda.

—A mí me ocurre lo mismo en ciertos sitios. No me gustan las multitudes.

Se miraron en silencio unos instantes y Audrey notó las mejillas arder.

—¡Ya hemos terminado, querida! Me he comprado unos trajes fabulosos —anunció su tía Caroline. De repente, esta se percató de

la presencia de Henry—. Creo que no nos han presentado. Soy lady Harrington.

—Lord Henry Crawford, milady —respondió Henry con una reverencia.

Tía Caroline abrió mucho los ojos.

—¡Usted debe ser hijo de lady Crawford! Aún recuerdo a su madre. ¿Cómo está?

—Muy bien, gracias, milady.

—Dele recuerdos de mi parte. ¿Qué le trae por aquí?

—Paseaba por esta calle, haciendo unas compras, cuando de repente he visto a lady Audrey. Y, como un buen amigo, me he acercado a conversar con ella —contestó Henry.

Tía Caroline miró a su sobrina.

—No sabía que era amigo tuyo, querida. En ese caso, si quiere puede acompañarnos, lord Henry, aún tenemos muchas compras que hacer.

Audrey se alarmó, aunque Henry no lo notó.

—Lo siento, milady, pero estoy con mi amigo lord Michael Davenport, y no quiero dejarlo solo. Sobre todo, ahora que su mujer no está con él.

Audrey se sorprendió al saber esto.

—¿Lady Charlotte no está en Londres? —preguntó.

—No, se marchó hace unos días a Horton Hall. Decidió regresar antes porque temía que, si se quedaba más tiempo, el viaje sería más tedioso para ella en su estado.

—¿En su estado? —inquirió Audrey.

Henry se dio cuenta de que había olvidado contarle la noticia.

—Sí, en unos meses serán padres.

Audrey abrió mucho los ojos y sonrió.

—Por favor, milord, deles mi más sincera enhorabuena. Es una noticia maravillosa.

Henry asintió.

—Así lo haré.

—Un niño siempre es una bendición —afirmó tía Caroline—. Bueno, debemos irnos ya. Espero verle otro día, lord Henry, y recuerde saludar a su madre de mi parte.

—Descuide, lady Harrington. Lady Audrey —respondió él, mirando a esta última con intensidad.

Audrey apartó la vista con las mejillas sonrosadas. Estar cerca de él provocaba considerables sobresaltos a su corazón.

Su tía la arrastró de tienda en tienda durante toda la tarde, en compañía de su madre y Annabella. Por fin, regresaron a Morgan House a la hora de la cena, totalmente agotadas, aunque tía Caroline parecía estar llena de energía.

Henry se reunió con Michael, mostrándose sonriente y contento por haber tenido la oportunidad de hablar unos minutos con lady Audrey.

Ese día estaba especialmente bonita con ese vestido azul claro que iba a juego con sus ojos. Le gustaba encontrársela fuera de los bailes y los festejos, en un ambiente más cotidiano.

Recordó esa vez en Berkeley Square, cuando compartieron aquella interesante conversación. Ojalá momentos así se repitieran cada día. Esperaba volver a verla cuanto antes.

Julia llegó a casa de sus padres acompañada de su marido para ver a tía Caroline. Ahora que habían establecido los nuevos términos de su matrimonio, todo había mejorado considerablemente.

Julia controlaba la situación por completo y llevaba las riendas de todo lo que hacían. Esa noche cenarían en casa de los Morgan con la nueva invitada. Nada más verlos, tía Caroline los saludó con alegría.

—Os veo muy bien a los dos. Ya no tenéis esos semblantes tan serios y estirados. ¿Ha ocurrido algo bueno?

Julia aguantó la risa, mientras lord Hyatt estaba deseando que aquello terminara rápido.

—Sí, supongo que sí. ¿Cómo estás, querida tía? —inquirió Julia.

Enseguida, tía y sobrina se pusieron al día, charlando animadamente. Howard y la pequeña Diana seguían fascinados con las formas y la personalidad de tía Caroline, tan distinta a otras damas de la misma edad que habían conocido.

—Tía Audrey, ¿de verdad tía Caroline es inglesa? —preguntó Diana.

—Sí, claro que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque no se parece nada a la abuela o a otras señoras. Parece que es de otro sitio.

Audrey se encogió de hombros.

—Bueno, es que tía Caroline ha vivido fuera de Inglaterra muchos años, y ha adquirido costumbres de otros países.

—Entonces tengo razón. Si vives fuera de Inglaterra, ya no eres inglesa, ¿no? —afirmó la pequeña.

—No exactamente. No dejas de ser inglesa por el mero hecho de vivir lejos de Inglaterra. Sin embargo, es cierto que acabas aprendiendo y adoptando las costumbres de los diferentes sitios en los que vives. Tía Caroline es de aquí, pero una parte de ella también es de esos lugares que han sido su hogar durante mucho tiempo.

Diana no parecía entenderlo, aunque lo intentaba.

—Así que es de muchos sitios a la vez. ¡Es muy complicado, tía Audrey!

Audrey asintió.

—Lo sé, pero hay situaciones en este mundo que son difíciles de explicar, y solo puedes llegar a comprenderlas cuando tú misma las vives.

Al instante, Audrey consideró seriamente lo que acababa de decir. Sí, era cierto que había cosas inexplicables. Sentimientos y sensaciones que solo podían entenderse si uno las vivía en su propia piel. Como el amor.

De repente, la imagen de lord Henry invadió su pensamiento de forma dolorosa. Ese día no se había mostrado tan cercana con él, aunque le hubiera gustado.

Cuando estaba a su lado, sentía enormes deseos de abrazarlo. Pero su conciencia la detenía.

Siempre recordaba cómo su madre le insistía en que guardara las distancias con los hombres. Sin embargo, ella nunca obedecía, porque no le importaban los caballeros en cuestión.

No obstante, lord Henry le importaba y le amaba con toda su alma, a pesar de saber que era un amor imposible.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que no se dio cuenta de que su tía le estaba hablando.

—¡Audrey! ¿Me estás escuchando? —preguntó su tía enfadada.

Audrey la miró sobresaltada.

—Disculpa, tía. ¿Decías algo?

Tía Caroline suspiró exasperada.

—Decía que había pensado que sería buena idea que vinieras a vivir conmigo una temporada. Aquí en Londres no tienes mucho que hacer, solo aguantar a las arpías que te critican por ser una solterona. Necesitas ver mundo.

Audrey sopesó lo que su tía estaba diciendo. No sería mala idea; además, sería perfecto tener la posibilidad de poner tierra de por medio para poder olvidar. Sin embargo, necesitaba meditarlo.

—Bueno, considera la idea, piénsalo bien y me das una respuesta, ¿de acuerdo? —propuso tía Caroline.

Audrey asintió pensativa mientras Julia la observaba atentamente. Se preguntaba por qué su hermana tenía ese semblante tan serio. No era habitual en ella. Necesitaba encontrar un momento propicio para hablar con Audrey a solas, pero con tía Caroline siempre cerca sería complicado. De repente, tuvo una idea.

—Tía Caroline, el otro día me encontré a lady Hurst y me preguntó por usted. Tengo entendido que mañana por la tarde celebra un encuentro para tomar el té en su casa. Annabella va a asistir, si no me equivoco, ¿cierto? —se dirigió Julia a Annabella, que estaba distraída.

Miró a su cuñada de tal forma que esta enseguida comprendió la situación.

—Sí, así es. No pensaba ir, pero si tía Caroline viene conmigo…

—¡Por supuesto que iré! Hace años que no la veo. Será bonito recordar viejos tiempos —respondió tía Caroline de manera enérgica.

Julia ya tenía fuera de juego a tía Caroline, así podría hacer planes con Audrey y hablar a solas. Al día siguiente, irían a dar un paseo y averiguaría por qué la tristeza se había adueñado de ella.

Capítulo 14

Al día siguiente, por la mañana, Audrey se encontraba en el salón acompañada de su cuñada. Annabella bordaba mientras ella leía una novela.

Los niños estaban en el cuarto de juegos y no había nadie más en la casa, porque todos tenían cosas que hacer lejos de los muros de Morgan House. De repente, una criada entró en la estancia.

—Lady Audrey, tiene una visita.

Audrey dejó el libro en su regazo y alzó la vista.

—¿De quién se trata?

—Es lady Victoria Baltimore, milady.

Audrey se sorprendió ante la inesperada visita y, al instante, se sintió bastante nerviosa. Temía que lady Victoria se hubiera enterado de lo sucedido entre lord Henry y ella y viniera a pedirle explicaciones. Si era así, no quedaba más remedio que enfrentarse a los hechos y aclarar la situación. Respiró hondo, se levantó y se dirigió a la puerta.

—Prepare té y llévelo a la biblioteca, por favor.

La criada asintió y se dispuso a cumplir el encargo de lady Audrey. Esta llegó al vestíbulo y saludó a lady Victoria. La joven le dedicó una sonrisa nada más verla y ambas se abrazaron. Esto hizo que Audrey se calmara un poco.

—¡Lady Victoria! ¿A qué debo su visita?

—Siento no haberme anunciado; me urge discutir un asunto importante con usted, lady Audrey.

Audrey volvió a inquietarse, pero lady Victoria no pareció notarlo.

—Acompáñeme a la biblioteca, allí estaremos más cómodas.

Las dos jóvenes entraron en la sala, donde la criada estaba colocando una bandeja con té y un ligero tentempié sobre una pequeña mesa. Lady Victoria y Audrey se sentaron, la primera en un sillón junto a la ventana y la otra en una silla. Una vez la criada se marchó, lady Victoria habló:

—Verá, el asunto que quería tratar con usted es de suma importancia, y debe ser discutido cuanto antes. Ya estamos inmersos en los preparativos y no podemos demorarnos.

Audrey estaba sirviendo el té, cuando alzó la vista y miró perpleja a lady Victoria.

—¿Los preparativos?

Lady Victoria sonrió ampliamente y asintió.

—Así es. Dentro de poco tiempo seré una mujer casada, y todo gracias a usted, lady Audrey. Si no nos hubiéramos encontrado aquel día, quizás los acontecimientos no se hubieran desarrollado de esta manera.

Audrey no dijo nada y se quedó contemplándola absorta. En ese instante, se sentía más abatida y desdichada que antes. A pesar de que era la confirmación de algo que ya sabía, el hecho no le dolía menos. De repente, lady Victoria dirigió la vista hacia la bandeja.

—Lady Audrey, el té… —comentó apurada.

Audrey sacudió la cabeza.

—¿Disculpe?

Lady Victoria señaló con el dedo la bandeja. Audrey estaba sirviendo una taza de té y sostenía entre sus manos la tetera, que seguía derramando la bebida, ahora por toda la bandeja y parte de la mesa.

Agachó la mirada y descubrió el desastre que había armado. Alarmada, dejó la tetera a un lado y se dispuso a coger varios pañuelos que había en un servilletero, intentando en vano limpiarlo todo.

—No se preocupe, puede pasarle a cualquiera —indicó lady Victoria tratando de ayudarla en su tarea. Al ver que no servía de mucho lo que estaban haciendo, la joven tomó la iniciativa, se levantó y tiró de la campanilla—. Será mejor que busquemos ayuda.

A los pocos minutos, entró la criada, que observó el desastre con gesto de sorpresa. A continuación, se llevó la bandeja ante la mirada nerviosa de Audrey, que se sentía totalmente ridícula en esos momentos.

—Perdona, Gertrud…

La criada negó con la cabeza y sonrió con dulzura.

—No se preocupe, milady. Enseguida les traigo otra bandeja.

Dicho esto, cerró la puerta tras de sí.

—No sé dónde tengo la cabeza —comentó Audrey, intentando serenarse.

—No se disguste. Yo he cometido torpezas peores, créame —aseveró lady Victoria.

Audrey dibujó una tímida sonrisa, pero no respondió.

—Bueno, ahora ya sabe que pronto seré una mujer casada, así que aquí viene el asunto que quería discutir con usted. Deseo que me acompañe ese día y sea una de las testigos. ¿Sería eso posible?

Audrey se mostró dubitativa. La enorgullecía aquella inesperada propuesta, aunque no sabía muy bien qué hacer con esos sentimientos encontrados que la invadían. Suspiró y respondió:

—La agradezco su proposición y me siento realmente halagada. Sin embargo, al ser una empresa tan importante, creo que necesito considerarlo con detenimiento, lady Victoria.

La joven la miró extrañada. No pensaba que su respuesta sería esa. Creía que lady Audrey estaría encantada. No obstante, decidió ser paciente, ya que en parte tenía razón.

—Bueno, entonces esperaré su respuesta.

Media hora más tarde, lady Victoria regresó a su casa, mientras Audrey se dirigía al salón para reunirse de nuevo con Annabella. En cuanto entró en la estancia, Annabella se percató de que su cuñada tenía el rostro pálido y preguntó inquieta:

—Audrey, ¿te encuentras bien?

Audrey se sentó y agachó la mirada.

—Estoy bien.

De repente, Annabella se alarmó al comprobar que Audrey empezaba a llorar. Se levantó de su sitio y se acomodó a su lado.

—¡Audrey! ¿Por qué lloras? ¿Qué te ha dicho lady Victoria? —inquirió preocupada.

Audrey sollozaba sin apenas darse cuenta, y con gran esfuerzo contestó:

—Lord Henry y ella se van a casar. Y yo me alegro por ellos, de verdad. Pero…

Annabella comprendió enseguida la situación y suspiró con pesar.

—Entiendo.

Ambas se abrazaron y Annabella dejó que Audrey se desahogara. No hablaron y, al cabo de un rato, Audrey se sintió mejor.

—Bueno, ¿qué se le va a hacer? Al menos sé que acerté con ellos. Así que no puedo hacer otra cosa que alegrarme. Era de esperar. Ahora voy a adecentarme un poco, no quiero que nadie me vea con este aspecto.

Se levantó y se dirigió a su cuarto, donde se lavó la cara en la pila de agua que había junto a la ventana. Gracias a eso, se sintió algo más fresca y serena.

Sin embargo, nada podía aliviar el dolor de su corazón. Lady Victoria le había confirmado lo que ya sabía. Ahora ya no había duda.

Audrey estaba convencida de que serían un matrimonio envidiado y feliz. ¿Cómo se había atrevido a soñar con él?, pensó abatida.

Rezaba para que aquella angustia que la embargaba desapareciera lo antes posible, y así volver a ser ella misma.

Howard y Diana corrían entusiasmados por uno de los caminos de Hyde Park. Audrey y Julia los observaban y vigilaban sus movimientos. Como hacía una tarde espléndida, decidieron que los niños las acompañaran en su paseo. Así, mientras ellos jugaban, ellas podrían conversar con tranquilidad.

Julia estaba preocupada por Audrey. Había estado hablando brevemente con Annabella antes de marcharse, y le había contado los despistes que tenía últimamente y cómo su ánimo había decaído de manera considerable. Además, Julia se percató de que su hermana tenía los ojos enrojecidos y la tez pálida.

Audrey contemplaba a sus sobrinos con ternura en tanto estos reían y corrían delante de ellas. Pronto se cruzaron con un grupo de niños que iba acompañado de sus niñeras y se unieron a sus juegos. Audrey y Julia se sentaron en un banco cercano, sin perder de vista a sus sobrinos.

No era habitual eso en la alta sociedad. Lo lógico era que los niños estuvieran siempre supervisados por una niñera o institutriz; sin

embargo, Annabella Morgan no deseaba intervenciones de terceros en la educación de sus hijos.

En casa recibían clases de tutores durante las mañanas, pero el resto del día lo pasaban con su madre y a veces con su padre. A ambos les gustaba estar con sus hijos y estos agradecían esa excepción. Además, Howard pronto se marcharía a Eton y Annabella quería disfrutar de su compañía antes de que abandonara el nido.

Esa tarde, sus tías cuidarían de ellos. Audrey estaba encantada con la tarea porque le encantaban los niños, y compartía la opinión de su cuñada. Si ella tuviera hijos, estaría la mayor parte del día con ellos.

Mientras su hermana tenía la vista fijada en Howard y Diana, Julia enredaba los dedos en los pliegues de su falda, intentando encontrar la manera de exponer el tema que le rondaba la cabeza. Por fin, decidió hablar.

—Oye, he hablado con Annabella y con madre, y me han dicho que últimamente estás más despistada de lo habitual. ¿Va todo bien?

Audrey se tensó.

—Por supuesto que sí. Son solo hechos puntuales.

Julia alzó una ceja.

—¿Esperas en serio que me lo crea?

—Es la verdad —contestó nerviosa.

—Audrey, por favor, te conozco bien. Puedes contármelo. ¿Qué ha pasado?

Audrey suspiró.

—Bueno, me he enterado de algo, y quizás me haya disgustado un poco.

—Soy toda oídos.

Audrey agachó la mirada y se mordió el labio inferior.

—Es sobre lord Henry. Me he enterado de que va a casarse con lady Victoria Baltimore muy pronto.

Julia frunció el ceño. No estaba al tanto de semejante noticia y, además, no se la creía del todo.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Lo oí en la fiesta de lord Chamberlain, por boca de lady Forrester y lady Darlington.

Julia consideró un momento esos dos nombres. Sí, aquellas dos eran las grandes cotillas del reino. Aun así, seguía dudando.

—Bueno, que lo digan ellas no quiere decir que sea cierto. Pueden haberlo oído en alguna parte y que solo sea un rumor.

—Lady Victoria ha venido a verme esta mañana y me lo ha confirmado. De hecho, me ha pedido que sea testigo en la boda —añadió Audrey.

Julia se sorprendió.

—Vaya, entonces sí que es cierto. —Se sintió decepcionada ante la constatación de la noticia.

Audrey sacudió la cabeza.

—Igualmente, me alegro por ellos. Son perfectos el uno para el otro. Y desde luego ya no es asunto mío. He cumplido con mi cometido.

Julia asintió con gesto suspicaz.

—Ya, por eso tienes esa tez pálida y esa mirada triste, porque no te importa este tema en absoluto.

Audrey se mostró molesta ante las palabras de su hermana, que, no obstante, eran certeras.

En ese instante, un jinete se detuvo frente a ellas. Henry había salido a dar un paseo a caballo aquella tarde, después de una tediosa mañana en Brooks.

Galopaba por Hyde Park cuando vio a lo lejos a un grupo de niños. Entre las mujeres que había sentadas en los bancos cercanos reconoció a dos figuras. Eran lady Audrey y lady Hyatt. Al ver a la primera, notó que su corazón latía desbocado.

Pensó que era una maravillosa casualidad y no desaprovecharía la oportunidad de saludarla. De repente, el recuerdo de sus labios sobre los suyos hizo que una cálida sensación lo recorriera. ¿Podrían repetir ese beso pronto? Henry se presentó ante ellas con una amplia sonrisa.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, lord Henry. ¿Ha salido a dar un paseo? —preguntó Julia, intentando mostrarse amable.

Audrey se limitó a hacer una inclinación de cabeza y dibujó una tímida sonrisa. A continuación, fijó la vista en los pliegues de su falda, tratando de ocultar su turbación, mientras notaba los fuertes latidos de su corazón.

—Sí, hay que aprovechar el buen tiempo. ¿Y ustedes?

Julia dio un discreto codazo a su hermana para que reaccionara y contestara. Audrey se sobresaltó y, finalmente, miró a Henry.

—Hemos venido a dar un paseo con nuestros sobrinos —respondió Audrey, forzando una sonrisa.

—¿Irán a la fiesta de lady Hampton? —inquirió Henry.

Ambas asintieron.

—Sí, lord Henry. ¿Usted irá? —preguntó Audrey.

—Nunca me la pierdo. Sin embargo, tengo la impresión de que este año será más emocionante —afirmó mirando a Audrey—. Bueno, será mejor que me marche, se me hace tarde. Nos vemos mañana. —Henry se alejó de ellas al galope.

Estaba contento después de haber visto a Audrey y, aun así, había algo que le inquietaba. Ella no se había mostrado tan vivaz y alegre como en otras ocasiones. Parecía estar triste por algún motivo. ¿Qué le sucedía? ¿Tendría algún problema grave?

Ahora quería saber más para poder ayudarla si era menester. Al día siguiente, hablaría con ella y averiguaría a qué se debía su pesar. Y, de paso, intentaría consolarla con dulces besos y caricias. Estaba deseando volver a tenerla entre sus brazos.

Una vez estuvieron solas de nuevo, Julia inquirió:

—¿Te encuentras bien?

Audrey suspiró con tristeza.

—Sí, creo que sí. Aunque debo tomar medidas en este asunto. Y drásticas. Porque no sé si mi corazón lo soportará por más tiempo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Julia preocupada.

—Creo que lo mejor será que me marche de Inglaterra una temporada.

—¿No estarás considerando aceptar la propuesta de tía Caroline?

—¿Y qué quieres que haga? ¿Ver cómo se casa con otra mientras se me rompe el corazón? ¿Verle dichoso en los brazos de lady Victoria mientras me retuerzo de dolor? Deseo que Henry sea feliz,

pero no puedo quedarme a presenciar todo eso. Me destrozaría —aseveró Audrey desesperada.

Julia se quedó perpleja.

—Así que le amas.

—Con toda mi alma —admitió Audrey abatida.

—Entonces, díselo. Sé honesta con él. Así se dará cuenta de que está cometiendo un error.

Audrey negó con la cabeza.

—Julia, yo propicié esa unión. Fui yo quien aconsejó a lord Henry. Y él ha seguido mis directrices. Si los ves juntos, verás que no me equivoqué. Son perfectos el uno para el otro.

—Permíteme dudarlo. Yo creo que él siente algo por ti.

Audrey se rio.

—Siente aprecio como amigo, nada más. Y el beso fue totalmente fortuito.

Julia frunció el ceño.

—¿El beso? ¿Qué beso?

Audrey agachó la mirada, nerviosa, y Julia entonces recordó la noche en casa de los Crawford. La biblioteca, el rostro sonrojado de Audrey, la sonrisa de lord Henry. En ese instante, comprendió todo.

—Entiendo. ¿Y crees que para él no significó nada?

Audrey no contestó, porque ya no sabía qué pensar. Quería terminar con ese asunto cuanto antes. Se levantó de golpe y dijo:

—Por favor, dejemos este tema. No quiero hablar más de esto, y menos en un lugar público.

Julia imitó su ademán.

—Muy bien, pero espero que no te arrepientas de la decisión que tomes —le advirtió.

Audrey miró a su hermana decidida.

—Créeme, es lo mejor.

A continuación, se reunieron con sus sobrinos y regresaron todos juntos a Morgan House.

Más tarde, Audrey habló con su tía Caroline y le hizo saber su decisión. Dentro de dos días partirían juntas al continente, donde Audrey pasaría una larga temporada.

A pesar de creer firmemente que estaba haciendo lo mejor para ella, la perspectiva de no volver a ver a Henry en mucho tiempo hizo que la tristeza y la angustia se apoderaran de su ánimo.

Ese día habían vuelto a encontrarse y, aunque el dolor del desengaño seguía presente, no pudo evitar sentirse feliz cuando él le dedicó una intensa mirada y una sonrisa. Era dichosa a su lado y, en el fondo, no quería alejarse de él. Pero no había elección. Necesitaba olvidarle y recomponer los trozos de su corazón roto.

Capítulo 15

Henry estaba sentado junto a la chimenea de la biblioteca de Kenton House, charlando con su amigo Michael después de una copiosa cena. Tras su paseo por Hyde Park, había ido a visitar a su amigo para poder compartir con él sus inquietudes respecto a Audrey Morgan.

Había sido una alegría enorme para él encontrarla aquella tarde. Sin embargo, regresó a casa inquieto. Intuía que algo estaba afectando a lady Audrey y quería saber de qué se trataba.

En sus muchos años de conquistador, nunca se había preocupado tanto por una fémina. Aunque lady Audrey era distinta a todas las demás, él bien lo sabía.

—¿Y qué crees que puede sucederle? —inquirió Michael.

Henry suspiró con semblante pensativo.

—No lo sé.

—A lo mejor está enferma o ha recibido una mala noticia.

—Seguramente. Espero que Audrey me lo cuente cuando nos veamos mañana.

Michael miró a su amigo sorprendido.

—Vaya, así que ya la llamas por su nombre de pila.

Henry carraspeó, un poco nervioso. A continuación, Michael se acomodó más en el sillón con gesto de satisfacción.

—Quién me iba a decir a mí que vería a mi querido amigo enamorado.

—¿Enamorado? ¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—Es fácil: porque me veo a mí mismo cuando Charlotte está lejos de mí. La quiero tanto que no deseo separarme de ella. Mi corazón se llena de alegría cuando estoy a su lado y disfruto cada momento que estamos juntos. Veo la vida desde una perspectiva más amable y sonrío sin motivo aparente, solo porque soy feliz y me siento afortunado de vivir con ella.

Henry se reconoció a sí mismo en esas frases. Cuando no la veía, la tristeza y el desánimo lo embargaban. Y aunque invadía sus pensamientos día y noche, lo que quería era tocarla y estrecharla entre sus brazos.

Sin embargo, no quería admitir lo que sentía. Quizás por miedo o tozudez.

—A mí no me sucede nada de eso. Así que no. No estoy enamorado. Solo soy un amigo preocupado —mintió.

Michael negó con la cabeza.

—Y se suponía que yo era el más testarudo de los dos.

Henry se frotó la nuca, mostrándose confuso.

—Es que… aún tengo dudas.

—No tienes dudas, Henry, tienes miedo. Es evidente.

Henry se revolvió incómodo.

—Puede que lo tenga. —Se levantó y empezó a pasearse por delante de Michael—. ¿Y si me equivoco y solo se trata de un deseo pasajero? ¿Y si me doy cuenta tarde y ya no hay vuelta atrás?

Michael se encogió de hombros.

—Te contesto con otra pregunta. ¿Y si te equivocas y resulta que es el amor de tu vida? En el amor nada es sencillo, Henry. Y cuesta mucho encontrar a nuestra alma gemela. Hay gente que vive infeliz el resto de su vida porque decidió conformarse y no luchar por su felicidad. No quiero que eso te ocurra, amigo mío.

»Y si no te arriesgas pronto, lo lamentarás, porque una oportunidad así solo se presenta una vez en la vida. Yo me arriesgué y no me arrepiento. Si te arrepientes de algo, que sea por haberlo intentado y haber fracasado.

Henry suspiró pensativo. Él nunca había tenido miedo a nada. Siempre había corrido riesgos. Había mantenido aventuras amorosas con mujeres casadas, viudas, jóvenes, mayores. Buscaba la emoción en todas partes.

Sin embargo, en esos momentos todo eran dudas e inquietudes. ¿Tendría razón Michael y estaría dejando pasar la oportunidad de ser feliz?

No lo sabía, pero, ahora mismo, no se atrevía a averiguarlo. De hecho, creía con certeza que entre lady Audrey y él no podría haber

nada.

Quizás, para ella, aquellos besos y caricias solo fueron un divertimento pasajero y no buscaba comprometerse. Y si era así, él no la forzaría a hacer nada que no quisiera. Sin embargo, en el fondo deseaba que ella le diera alguna señal. ¿Sería eso posible?

La mansión de lady Hampton era una de las más famosas de la zona de Belgravia. La casa tenía una fachada de color *beige* claro, decorada con grabados florales en los marcos de las altas ventanas, elegantes columnas dóricas en la entrada y poseía uno de los jardines más bonitos de todo Londres.

Lady Hampton era una vieja amiga de juventud de lady Crawford y adoraba a Henry, al que conocía desde que este nació. Henry nunca faltaba a sus veladas y fiestas, que siempre eran extraordinarias.

La señora de la casa, ahora viuda, había ordenado disponer una mesa alargada en la terraza que daba al jardín, donde varios grupos de invitados estaban inmersos en diferentes conversaciones, disfrutando de la agradable jornada.

Henry, que se encontraba de pie al lado de Michael, se mostraba inquieto, mirando constantemente hacia la entrada de la terraza con la esperanza de ver aparecer a lady Audrey.

Los Morgan y el matrimonio Hyatt llegaron a la mansión. Audrey se había puesto un vestido de color amarillo pastel, con escote en forma de uve y manga corta. Ese día hacía bastante calor, así que eligió un atuendo fresco y ligero. Estaba muy nerviosa ante el inminente encuentro con lord Henry y notaba el pulso acelerado.

Por fin, salió a la terraza del brazo de su hermana Julia, que no se separaba de ella. Fue entonces cuando a Henry se le iluminó el rostro y se dispuso a ir a saludarlas.

Audrey, al verlo, se quedó asombrada. Iba vestido con un traje azul claro, una camisa blanca y llevaba el pelo peinado hacia atrás, un poco húmedo. Sus ojos resplandecían, al igual que su sonrisa. En ese instante, el corazón de Audrey empezó a latir muy deprisa.

—Buenas tardes. Me alegra verlas —dijo Henry sonriente.

Ambas hicieron una reverencia.

—Buenas tardes, lord Henry —respondió Audrey con delicadeza.

—Buenas tardes, milord. Hoy hace un día esplendido —comentó Julia.

—Desde luego.

—¿Ha venido solo? —inquirió Julia.

—No, con mis padres y con lord Michael Davenport. Habrán venido acompañadas, supongo.

—Así es. Está casi toda la familia Morgan, con excepción de mi tía, lady Harrington —explicó Julia.

—¿Se encuentra indispuesta? —preguntó Henry con interés.

Julia negó con la cabeza.

—No, es solo que mi tía es una criatura un tanto antisocial, me temo. No le gustan este tipo de reuniones. Odia las multitudes, ¿verdad, Audrey? —inquirió su hermana mirándola.

Audrey pareció salir de su ensimismamiento. Había permanecido callada todo el tiempo, algo poco habitual en ella.

—Así es.

Lord Henry la contempló embelesado, detalle que Julia no pasó por alto. De repente, tuvo una idea.

—Bueno, debo ir a saludar a una amiga. Si me disculpáis.

Audrey agarró a su hermana del brazo, un tanto alarmada.

—Te acompaño.

Julia la miró con severidad y Audrey entendió que no quería que fuera con ella, así que retiró la mano.

—Nos vemos más tarde. Lord Henry, Audrey.

Dicho esto, se alejó de ellos con premura. Fue entonces cuando Henry y ella se quedaron solos entre la multitud. Audrey no sabía qué hacer ni qué decir. Afortunadamente, Henry no tuvo reparos en hablar.

—Oiga, ¿qué le parece si nos sentamos y charlamos?

Audrey no vio inconveniente, aunque se sentía muy nerviosa. Asintió y acompañó a Henry hasta un lugar apartado, detrás de un rosal. Allí podrían estar a solas, como en la biblioteca.

Audrey no se dio cuenta del nivel de intimidad que tendrían en aquel rincón hasta que Henry se sentó a su lado en el banco de

piedra.

—Audrey, hace mucho que no hablamos —comentó Henry mirándola fijamente.

—Sí, hace mucho tiempo —respondió ella apurada.

—¿Qué te ocurre? Pareces triste por algo.

Audrey negó con la cabeza.

—No estoy triste, lord Henry. No tengo motivos para estarlo.

Henry no la creía, aunque guardó silencio. Al tenerla tan cerca de él, pudo percibir su dulce aroma. Olía a deliciosa vainilla. Una cálida sensación le recorrió el cuerpo. No podía reprimir su deseo.

Ahora que estaban a solas, era el momento de retomar lo que habían interrumpido aquella noche en Crawford House. Con delicadeza, puso la mano sobre la de ella y la acarició.

—Audrey —musitó con dulzura.

Ella se apartó ligeramente, aunque no retiró la mano de donde estaba. Por un lado, deseaba poner distancia, pero, por otro, quería disfrutar de su tacto.

—Lord Henry, no debería hacer eso —dijo turbada.

Henry se acercó más, con intención de besarla en la mejilla.

—¿El qué? —preguntó él con sensualidad.

Audrey se tensó y tragó saliva. Su proximidad hacía que la garganta se le secara y las mejillas le ardieran.

—Esto, lord Henry. Estar tan cerca de mí, en un lugar escondido.

Henry se rio. Le hacía gracia ver cómo se ruborizaba.

—Bueno, ya sabes que soy un poco travieso. Además, en la biblioteca tuvimos más intimidad que aquí y no pareció preocuparte.

Audrey cerró los ojos, intentando mantener la calma y no dejarse llevar. Luchaba contra sí misma todo el tiempo. Henry, mientras tanto, consiguió posar la otra mano sobre su mejilla.

Audrey quiso rendirse a sus caricias, pero no podía. No era lo correcto. Debía poner fin a todo aquello. Aunque primero cometería una deliciosa locura.

Se giró hacia él y comenzó a acariciar su rostro. Le recorrió con los dedos las mejillas, la marcada mandíbula y el mentón. Sus miradas, llenas de deseo, se encontraron. Audrey acercó los labios a la boca de Henry y le besó con ternura.

Él, al principio impresionado, se entregó a ese beso por completo. Puso las manos alrededor de su cintura y la rodeó, acercándola más a él. Exploraron sus bocas con pasión y devoción.

Audrey notó una cálida sensación en su vientre, en tanto su corazón latía desbocado. Quiso quedarse más tiempo con él, con el hombre al que amaba. Sin embargo, su mente le advertía que debía acabar con aquello porque, de lo contrario, no habría vuelta atrás.

Finalmente, se separaron y Audrey acarició el rostro de Henry de nuevo, observando sus preciosas facciones. Él suspiró, embelesado, y sonrió emocionado.

El dolor y la tristeza se apoderaron de ella. Había llegado el momento de decir adiós a aquel amor imposible. Se apartó de su lado y se levantó, lo que dejó a Henry desconcertado. Ella logró contener las lágrimas que luchaban por salir de sus ojos y dijo:

—Adiós, lord Henry. Rezaré por su felicidad.

Dicho esto, dio media vuelta y se alejó a toda prisa del lugar, dejando a Henry confuso. ¿Qué había sucedido?

Después de unos minutos, él consiguió reaccionar y salió tras ella. Sin embargo, ya era tarde. Audrey se había marchado.

Capítulo 16

Tía Caroline andaba de un lado a otro mirando, rebuscando y dando órdenes a su doncella. Al día siguiente por la tarde partirían rumbo a Dover para coger un barco que llevara a tía y sobrina a Francia.

Audrey contemplaba impávida a su tía y asentía cada vez que le decía algo, aunque no se enterara de nada. No la estaba escuchando, pues su mente estaba en otra parte. Pensaba en Henry y en su desconcertado rostro. No soportaba la idea de no volver a verlo, pero no quedaba otro remedio.

Henry se había entregado en cuerpo y alma a aquel último beso. Audrey no se arrepentía, a pesar de que apreciaba a lady Victoria. Deseaba tocarlo de nuevo, disfrutar de sus caricias, y se había sentido inmensamente feliz entre sus brazos.

Estaba convencida de que nunca volvería a besar a nadie. Incluso, sabía con certeza que no amaría a otro hombre. Henry Crawford sería el dueño de su corazón para siempre.

De repente, todas esas lecciones que siempre le repetían a lo largo de los años cobraban importancia.

Una dama no dice lo que piensa, una dama no debe comportarse de forma espontánea, tiene que guardar las apariencias y ser discreta.

Audrey no cumplía ninguna de esas directrices, pues era honesta y natural. Y parecía que eso no la había beneficiado en absoluto, porque lord Henry no iba a casarse con ella. Lady Victoria era la elegida. Ella representaba la sutileza, la elegancia y el saber estar. ¿Cómo iba a desposarse Henry con un desastre andante como ella?

—Audrey, ¿me estás escuchando? —preguntó su tía molesta.

Audrey salió de su ensimismamiento, y respondió:

—Disculpe, tía. No he escuchado eso último que ha dicho. ¿Podría repetirlo?

Tía Caroline resopló exasperada.

—Que no hace falta que te lleves demasiados vestidos, en cuanto lleguemos a París te compraré ropa nueva. Tienes un vestuario un tanto pasado de moda —afirmó—. Y haz el favor de prestar atención. Sé que aún no has preparado tu equipaje, así que date prisa. Partimos mañana a las cuatro de la tarde.

Audrey se dirigió a su cuarto y, con la ayuda de su doncella, empezó a meter prendas en las maletas. Cuanto más se acercaba el momento de la inminente partida, más angustia sentía.

Decidió concentrarse en su tarea para mantener la cabeza ocupada. Además, esa noche irían a la ópera y aún debía elegir un vestido para la ocasión. Sería el último evento al que acudiría en Inglaterra.

De nuevo, una sensación de pesar se apoderó de ella. Sacudió la cabeza, volviendo en sí. La decisión ya estaba tomada. Solo quedaba avanzar hacia delante por la senda marcada.

Aquella noche, los Crawford partieron rumbo a la ópera en su carruaje. Henry se mostraba apático y poco conversador, lo que sorprendió a sus padres, que estaban acostumbrados a su naturaleza parlanchina.

—Henry, querido. ¿Te encuentras bien? —inquirió lady Crawford.

Henry apartó la vista de la ventana y miró a su madre.

—Sí, madre, estoy bien.

—¿Has discutido con Michael? ¿Hay algo que te preocupe?

—No, madre, de verdad, todo va bien —contestó con aire distraído.

Lady Crawford no parecía convencida, así que decidió seguir preguntando, ante la pasividad de lord Crawford, que estaba inmerso en sus pensamientos.

—¿Se trata de lady Audrey?

Henry abrió mucho los ojos.

—No, madre. No ocurre nada con lady Audrey —mintió.

Lady Crawford asintió. Había dado con la clave del asunto, aunque Henry dijera lo contrario.

—Tengo entendido que su tía se marcha mañana. Imagino que lord Morgan estará aliviado. Su cuñada es como un vendaval que arrasa con todo a su paso.

—Fuisteis amigas en la juventud, ¿cierto?

—Conocidas, más bien. Teníamos pensamientos opuestos. Ella era mucho más liberal y siempre tenía la impresión de que se ahogaba en sociedad. Se casó dos veces, con maridos muy aventureros. Buscaba la diversión, las obligaciones no eran para ella. En cierta manera, me recuerda un poco a lady Audrey. Aunque no tienen nada que ver. Lady Audrey es mucho más responsable, no cabe duda.

Henry sonrió soñador, con la vista perdida en el vacío.

—Y hermosa, divertida, inteligente, amable y buena. Simplemente maravillosa —suspiró.

Lady Crawford miró con humor a su hijo. Henry se dio cuenta de lo que acababa de decir en voz alta y se revolvió incómodo en el asiento.

—Así es. No cambio nada de lo que has dicho, hijo —afirmó ella.

Llegaron por fin a la ópera, donde esa noche algunos de los mejores intérpretes del género llevarían a escena *El barbero de Sevilla*, de Rossini. Entraron y comprobaron que el vestíbulo estaba abarrotado.

Caballeros y damas iban vestidos con elegancia para disfrutar de una noche de bel canto. Aunque muchos asistían a este tipo de eventos para ser vistos y atisbar lo que sucedía en los palcos.

Audrey llegó acompañada de sus familiares. Tía Caroline no fue con ellos, pues decía sentirse cansada y tampoco tenía ganas de hacer vida social con esa panda de aburridos que formaban parte de la alta sociedad, según sus palabras textuales. Se encontraron con Julia en el vestíbulo, agarrada del brazo de lord Hyatt.

—Parece que hoy ha venido mucha gente —comentó lady Morgan.

—Sí, va a ser una velada entretenida —respondió Julia.

—Dicen que los intérpretes de esta noche son realmente buenos —afirmó Annabella.

—Estoy deseando comprobarlo —indicó lord Morgan.

Audrey estaba de pie al lado de Clive, ausente. De repente, alzó la vista y vio a Henry acompañado de sus padres. Disfrutó de esos

instantes, observando su apuesto semblante. Quería guardar a fuego ese recuerdo en su memoria.

Sin esperarlo, sus miradas se cruzaron y, durante unos segundos, el tiempo se detuvo. El corazón de Audrey latía veloz y sentía que empezaba a faltarle el aire. Deseaba perderse en esos ojos esmeralda toda la eternidad.

Sonó la campana de aviso para que los espectadores se dirigieran a sus butacas y palcos. Ambos regresaron a la realidad, y Audrey acudió con su familia al palco que tenían asignado, al igual que hizo Henry.

Este notaba su corazón latiendo desbocado. Había sido una grata sorpresa volver a verla, y decidió que buscaría la oportunidad de hablar con ella más tarde. Quería saber por qué se despidió de él tan repentinamente y de aquella forma tan enigmática en casa de lady Hampton. Si había hecho algo que la molestara, estaba dispuesto a redimirse. No deseaba perder el afecto de Audrey bajo ningún concepto.

Audrey se sentó en una silla junto a su hermana Julia y lord Hyatt. Justo enfrente estaba el palco de los Crawford. Lady Crawford la saludó con su abanico y Audrey respondió con una tímida sonrisa y una inclinación de cabeza mientras contemplaba a Henry, que se encontraba al lado de su madre, conversando con otra dama.

En el mismo palco de los Crawford se encontraban lady Mills y lady Rochelle. Ambas adoraban a Henry y siempre se habían ocupado de hablar bien de él frente a los rumores malintencionados.

Las dos damas se abanicaban y observaban el espectáculo. No el que estaba teniendo lugar en el escenario, sino en las butacas y en los palcos.

—¿Ese no es lord Mackintosh? —preguntó lady Mills.

Lady Rochelle dirigió la vista hacia donde su amiga señalaba discretamente.

—Así es. Pensaba que estaba en Italia.

—Pues parece que ha vuelto de su misión diplomática.

—Ahora que veo a los Morgan, ¿sabes de qué me he enterado esta mañana? —comentó lady Mills.

Lady Crawford y Henry, que estaban mirando al escenario, enseguida centraron su atención en lady Mills.

—Lady Audrey se marcha mañana a Francia con su tía, lady Harrington.

Henry se quedó perplejo al escuchar eso.

—¿Cómo dice? —preguntó inquieto.

—Que lady Audrey parte mañana a Francia. Parece ser que su tía la ha convencido para que se vaya a vivir con ella una temporada —explicó lady Mills con naturalidad.

—Opino que es una gran oportunidad para la joven. Ya me hubiera gustado a mí en mi juventud viajar al continente —indicó lady Rochelle.

Henry sintió que su pulso se aceleraba, al tiempo que un escalofrío le recorría la espalda. Audrey se iba a marchar. ¿Por qué? Necesitaba respuestas e iba a obtenerlas.

Dirigió la vista al palco y comprobó que Audrey le estaba mirando de reojo. Entonces, Henry le hizo una seña. Inclinó la cabeza a un lado, indicándole que saliera del palco para reunirse con él.

Audrey comprendió enseguida sus indicaciones y se puso en pie. Con cierto apuro y los nervios a flor de piel, se excusó y se marchó.

Henry se dirigió al vestíbulo, donde esperaba encontrarse con ella. Y así fue. Audrey bajó las escaleras y lo vio allí, con los brazos cruzados y el semblante serio. Audrey tragó saliva y, al acercarse, pudo sentir su corazón latiendo veloz.

—Buenas noches, lady Audrey.

—Buenas noches, lord Henry. ¿Cómo está?

Henry suspiró exasperado.

—¿No tienes nada que contarme?

Audrey notó un escalofrío ante su tono severo.

—Bueno, puede que sí tenga alguna noticia que darle.

—Soy todo oídos.

Audrey respiró hondo.

—Mañana parto a Francia.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —inquirió indignado.

—Pronto —contestó ella aturdida.

Henry lanzó una carcajada que denotaba tristeza.

—Creía que éramos amigos, Audrey. Que había confianza entre nosotros —respondió dolido.

Audrey lo miró, intentando contener las lágrimas que trataban de salir de sus ojos.

—Y somos amigos, lord Henry —afirmó con la voz ligeramente quebrada.

Él se acercó más a ella.

—¿Y a qué viene esa decisión tan repentina?

—Porque surgió la oportunidad y decidí aprovecharla.

Henry se sintió indignado.

—No comprendo esta situación. Ayer estabas entre mis brazos y ahora me entero de que te marchas. Dime, ¿he hecho algo que te haya molestado?

Audrey negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué sucede? —preguntó Henry.

—Nada en particular. Simplemente creo que sería bueno alejarme un tiempo de Inglaterra.

Henry frunció el ceño.

—¿Por qué? Pensaba que eras feliz aquí, con tu familia y tus amigos.

Audrey agachó la mirada.

—La gente puede cambiar de parecer.

—No sin un motivo. ¿Cuál es? —inquirió Henry.

Audrey decidió dar una explicación para evitar alargar más aquella agonía.

—Soy una solterona que no se casará nunca, lord Henry. Siempre debo soportar que hablen mal de mí y que mi papel en la sociedad se reduzca al de hija, sobrina, hermana y tía. Así que he decidido vivir mi vida por mi cuenta. Y Francia es un buen punto de partida para empezar de nuevo.

»Quiero ver el mundo, lord Henry. Vivir una existencia plena. Explorar, aventurarme. Y quedándome aquí, siendo testigo de la felicidad de los demás, no podré hacerlo. Es así de sencillo —afirmó contundente—. Además, sé que usted pronto estará muy ocupado como para acordarse de mí.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó desconcertado.

—¿Audrey?

Julia se encontraba justo detrás de ella. Había salido a buscarla al comprobar que llevaba mucho tiempo fuera. Vio a lord Henry allí de pie, con gesto apesadumbrado, y entendió que Audrey le había comunicado que se marchaba de Inglaterra.

—Buenas noches, lord Henry. ¿Va todo bien? —inquirió preocupada.

En esos momentos, Henry sentía un fuerte dolor en el pecho, síntoma de que algo se estaba rompiendo en su interior. Por eso, no fue capaz de contestar.

—Todo va bien. Lord Henry y yo ya hemos terminado de hablar —explicó Audrey.

Julia no estaba tan segura de eso, pero no dijo nada.

—Adiós, lord Henry. Espero que todo vaya bien y sea muy feliz —se despidió Audrey antes de agarrar a su hermana de la mano y arrastrarla escaleras arriba.

Antes de subir, Julia se giró para mirar a Henry y observó que estaba devastado. No tenía dudas, aquel hombre estaba perdidamente enamorado de su hermana. Audrey estaba ciega.

Cuando llegaron a la planta superior, escuchó unos sollozos a su lado. Su hermana tenía el rostro lleno de lágrimas. Julia sacó un pañuelo y la ayudó a secárselas.

—Audrey, creo que estás cometiendo un grave error.

Audrey suspiró con tristeza.

—Es lo mejor, Julia.

Julia estaba empezando a desesperarse.

—No entiendo cómo es posible que toda tu vida hayas sido innecesariamente honesta y ahora que debes serlo te callas.

—No tengo fuerzas para discutir, Julia. Por favor, déjame —respondió abatida.

Julia decidió no insistir más, a pesar de que estaba furiosa por la situación. Era evidente que ambos se querían y, sin embargo, aquello no parecía tener solución. Lord Henry se casaría y, por lo tanto, su hermana ya no tendría ninguna posibilidad. Y no pensaba consentir que se convirtiera en su amante. Su hermana se merecía algo mejor.

Una vez estuvo más calmada, regresaron al palco, donde nadie se dio cuenta de nada. El resto de la noche, Audrey se quedó en silencio mientras luchaba por no romper a llorar de nuevo.

Aquella despedida se le estaba haciendo demasiado larga. No podía evitar mirar de reojo al palco de los Crawford y ver a Henry tan triste le rompía el corazón. Sabía que se sentía decepcionado con ella por no haberle contado todo, pero era mejor así.

Esa noche, Henry regresó a casa totalmente destrozado por lo sucedido. Notaba que las fuerzas le fallaban y decidió ir a la biblioteca a sentarse. Sus padres charlaban entre ellos, sin percatarse de cómo se sentía.

Entró en la sala y se sirvió una copa de *brandy*. Se la bebió de un trago y rellenó el vaso. Entonces, se sentó en el sillón y fijó la vista en la chimenea, que estaba encendida.

No dejaba de pensar en todo lo que Audrey le había dicho. Según ella, quería ver el mundo y encontrar su propio camino, harta de ser testigo de la felicidad de los demás.

Cuando se conocieron, Henry no pudo evitar fijarse en lo distinta que era al resto de las mujeres que él frecuentaba. Audrey era una bocanada de aire fresco. Honesta, divertida y encantadora. Admiraba de ella su bondad, su curiosidad, su espíritu despierto e inquieto. No había dudado en ayudarle, aunque los cuchicheos pudieran escucharse a la altura de sus oídos, porque la sociedad no veía con buenos ojos su actitud y su comportamiento.

Sin embargo, en los últimos días había visto a una Audrey diferente. Triste y apocada. Se había fijado en la palidez de su rostro, en su mirada apagada. Ella, que siempre había sonreído al lado de los demás, que había declarado que le gustaba ver a la gente que apreciaba feliz, ahora no era así. Parecía hastiada y cansada.

Henry supuso que, al final, cuando uno da tanto sin pedir nada a cambio, llega un momento en que acaba agotado.

—¿Henry? —preguntó lord Crawford desde el umbral de la puerta.

Henry se giró y vio cómo su padre se acercaba a la repisa de las bebidas. A continuación, se sirvió una copa de *brandy* y se sentó en otro sillón.

—¿Va todo bien?

—Sí, padre —contestó Henry, volviendo la vista hacia la chimenea.

Lord Crawford suspiró.

—¿Sabes? En noches como esta me viene un recuerdo a la mente.

Henry observó a su padre con curiosidad y se mantuvo callado, esperando que continuara.

—Una noche, cuando era un poco más joven que tú, asistí a la ópera con mis padres. Era la temporada y en aquella ocasión estrenaban una nueva ópera. No recuerdo el nombre, si te soy sincero. Ya sabes que soy horrible para esos detalles.

Henry sonrió.

—Lo sé. Recuerdo que a mi tutor lo llamabas sir Graham, cuando en realidad era sir Grant.

Lord Crawford dibujó una sonrisa ladeada y continuó:

—Esa noche me aburría terriblemente, así que decidí pasear la vista por los palcos y las butacas, en busca de algo interesante.

—¿Y lo encontraste?

Lord Crawford asintió.

—Así es. Me detuve en una hermosa criatura. Una ninfa de los bosques que se había perdido en aquel teatro de Londres. Era una joven preciosa. Cabello oscuro, ojos claros y sonrisa resplandeciente. Nuestros ojos se encontraron y ya no dejamos de mirarnos. Con una mirada se pueden expresar muchas emociones. Solo hay que saber leerlas —afirmó. Dio un sorbo a su copa y prosiguió—: Decidí esperar a que terminara el primer acto para ir a buscarla y hablar con ella. Así que, en cuanto sonó la campana, salí a su encuentro.

—¿Y qué ocurrió?

Su padre se encogió de hombros.

—Que no nos vimos. No fue posible encontrarse entre tanta gente. Me pasé todo el descanso subiendo y bajando escaleras, recorriendo pasillos, buscándola. Pero no pudo ser. Cuando regresé al palco, vi que su butaca estaba vacía. Y no volví a verla.

Henry se sintió decepcionado ante el final de la historia.

—Vaya, eso es tener mala suerte.

—Apenas fue media hora, quizás una. Sin embargo, jamás olvidé ese instante en el que descubrí lo que era el amor verdadero. El

anhelo de estar con alguien por encima de todo y de todos. Nunca hablamos. No conocía su nombre. Jamás sabré si ella me correspondía o si solo era simple fascinación por mi parte. Me maldije por no haber tenido el coraje de sacarla de su butaca en pleno acto y perderme con ella en la ciudad.

Henry se quedó sin palabras. Jamás había oído hablar a su padre de esa forma tan poética, ni tampoco conocía esa anécdota. Lord Crawford miró a su hijo mientras se levantaba del sillón.

—Sin embargo, no hay mal que por bien no venga. Aprendí una lección. Nunca dejes escapar la ocasión que el destino te brinda, porque puede que jamás vuelva a suceder.

Lord Crawford salió de la habitación, dejando a solas a su hijo. Henry consideró la moraleja de aquella historia. Había oportunidades que solo se presentaban una vez en la vida.

En ese instante, lo tuvo claro. Amaba a Audrey. Estaba perdidamente enamorado de ella. Por fin lo sabía, y se maldijo por no haberlo descubierto antes.

Ahora ella había decidido marcharse, y parecía plenamente convencida. Quizás no le amaba, aunque algo en su interior le decía que él tenía la clave para hacerla cambiar de opinión. Pensando en ello cayó en un profundo sueño al cabo de unos minutos. El tiempo corría en su contra y debía darse prisa.

Capítulo 17

Julia se había levantado temprano para prepararse. Le esperaba un día intenso y ajetreado. Por la mañana se había citado con su suegra, lady Anne Hyatt, que vivía en Belgravia.

Aunque su suegra le parecía una criatura sumamente aburrida, cuyo principal pasatiempo consistía en criticar al resto de los mortales, debía visitarla de vez en cuando por aquello de mantener las relaciones familiares en buenas condiciones. Había conseguido esquivarla durante gran parte de la temporada, pero ya no tenía más excusas.

Allí se encontraría con varias damas, todas amigas de lady Hyatt, y pasarían la mañana hablando de asuntos intrascendentes que afectaban a otras personas. No estaba demasiado animada, pues la marcha de Audrey era inminente.

Esa tarde se despedirían y no sabía cuándo volverían a verse. A pesar de haber intentado convencerla de que se quedara, había sido imposible hacerle cambiar de parecer. Iba a echarla terriblemente de menos y eso la disgustaba. Ahora que volvían a ser hermanas y amigas, Audrey ponía distancia entre ellas.

Se puso un sobrio vestido verde oscuro que realzaba su silueta y se recogió el cabello en un moño trenzado. Desayunó a solas, pues lord Hyatt había salido, y en cuanto terminó se dirigió al vestíbulo. Allí se colocó los guantes, su sombrero y su capa y, al fin, se marchó junto a su doncella Janis.

Mientras el carruaje atravesaba las calles, Julia observó el cielo con una mueca de desagrado. Probablemente en unas horas llovería con intensidad.

Llegó a casa de sus suegros minutos después, y una doncella la condujo enseguida al salón principal, donde todas las damas estaban esperando, ya inmersas en una acalorada charla.

Lady Anne Hyatt era una mujer de casi sesenta años, pero que afirmaba tener cuarenta. Era una dama menuda, de gesto adusto, que empleaba maquillaje en exceso, sobre todo en los ojos y los labios, y que hacía buen uso de su lengua viperina siempre que tenía ocasión.

—¿Se te han pegado las sábanas, querida?

Julia, acostumbrada a las indiscretas pullas de su suegra, forzó una amplia sonrisa.

—Querida mamá, ¿cómo estás? Siento el retraso —respondió dándole un beso en la mejilla.

Julia se acomodó en una silla que había colocada frente a una amplia mesa. Todas las damas estaban sentadas alrededor. Al cabo de unos instantes, una criada trajo una bandeja con té y pastas.

En tanto las otras invitadas devoraban las pastas con ansia, Julia se limitó a tomar ligeros sorbos de su taza de té. Casi todas las allí presentes seguían una estricta dieta, porque ya no podían aumentar más el diámetro de su corsé. Por eso algunas la miraban con recelo, porque envidiaban su estilizada figura.

—El otro día vi a lady Ashby. ¡Qué espanto! Ha engordado muchísimo desde que tuvo a su último vástago —comentó lady Bruce, una mujer entrada en carnes.

Esto hizo que Julia alzara una ceja, ya que esa mujer poco o nada podía criticar. No obstante, se abstuvo de hacer comentarios.

—Quien ha adelgazado es lady Ophelia. Parece ser que ha ido a Suiza y ha perdido peso en un balneario, siguiendo una dieta a base de rábanos —afirmó lady Anne Hyatt.

Julia suspiró con resignación y concentró la vista en la ventana. Observó la calle, distraída, intentando pensar en otra cosa.

—Por cierto, ayer mismo me enteré de una noticia. Al parecer, tendremos una boda pronto —anunció lady Chambers.

—¡Cuenta, querida! —la instó lady Anne Hyatt.

—Lady Victoria Baltimore y lord Alfred Beckinsale se casan el mes que viene.

Julia frunció el ceño. ¿Había oído bien?

—Una unión muy conveniente —comentó lady Anne Hyatt.

—¿Y qué se sabe de la fiesta de aniversario de los Morton? Creo que será enseguida, si no me equivoco —preguntó lady Chambers.

Julia finalmente consiguió reaccionar.

—Disculpe. ¿Qué acaba de decir?

—Hablábamos de la fiesta aniversario de los Morton, querida —explicó lady Anne Hyatt, un tanto molesta por el poco interés de su nuera en la conversación que estaba teniendo lugar.

Julia negó con la cabeza.

—No, antes de eso. Ha mencionado algo sobre lady Victoria Baltimore.

—¡Ah, eso! He dicho que se va a casar con lord Alfred Beckinsale. ¿Por qué? —respondió lady Chambers.

Julia sintió que el pulso se le aceleraba mientras sacudía la cabeza, desconcertada.

—Eso no puede ser. Creo que se equivoca, lady Chambers.

—Por supuesto que no, querida. Lo sé de primera mano —afirmó contundente—. Me encontré con lady Baltimore ayer y me contó la noticia con una enorme sonrisa. Además, me comunicó que recibiríamos la pertinente invitación.

—Pero yo tenía entendido que se casaría con lord Henry Crawford —comentó Julia aturdida.

Todas se miraron y se echaron a reír, lo que confundió a Julia más aún.

—¿Con lord Henry Crawford? ¡Por el amor de Dios! ¿De dónde has sacado semejante idea? ¡Es un disparate! Verás, lord Alfred y ella se conocen desde hace tiempo y ambos albergaban los mismos sentimientos, aunque no se han atrevido a dar el paso hasta ahora. Me contaron que fue su hermana, lady Audrey, quien propició el reencuentro —explicó lady Chambers.

Julia sintió de repente un gran alivio. Fue entonces cuando se fijó en el reloj que había allí y se dio cuenta de que eran casi las doce. Debía apresurarse. Se levantó de golpe, ante la atónita mirada de todas las presentes.

—¿Adónde vas, querida? —preguntó su suegra.

—Tengo un asunto muy importante que solucionar, y no puede esperar. Si marcha bien, yo misma les contaré todo. Ahora, si me

disculpan.

Dicho esto, Julia salió de la estancia y, al cabo de unos instantes, estaba subida en el carruaje en dirección a Morgan House. Debía llegar lo antes posible y revelarle a su hermana la verdad. No pensaba dejar que Audrey se marchara de Inglaterra.

Henry se había levantado tarde ese día. Había dormido profundamente y no había sido capaz de despertarse. Después de pensarlo mucho, había tomado una determinación. Iría a casa de los Morgan y convencería a Audrey de que se quedara en Inglaterra.

No sabía cómo lo haría, pero no iba a aceptar un no por respuesta. No tenía mucho tiempo. Ya eran casi las doce y debía vestirse, arreglarse y partir de inmediato. Solo esperaba que aún siguiera en Morgan House. No obstante, si era necesario seguirla hasta Dover, lo haría.

Salió de Crawford House y se dirigió a la residencia de los Morgan, que afortunadamente no se encontraba demasiado lejos. Debía hallar las palabras que necesitaba para lograr que ella no deseara irse.

La amaba con locura, la quería y pretendía hacerle una buena oferta. Empezó a enumerar sus cualidades. Era un hombre con título y fortuna, eso era un factor muy favorable. Era atento, afectuoso y estaba enamorado de ella, algo esencial.

Lo malo era que con ella no podía poner en práctica las dotes de seducción que le habían hecho tener tanto éxito con otras. A Audrey no podía tratarla como a las demás. Conocía su galantería y no caería en sus trucos. A ella debía convencerla con buenos argumentos.

De repente, una suave lluvia comenzó a caer. Debido a eso, Henry aceleró el paso, intentando no empaparse.

Cuando llegó a Berkeley Square, se detuvo.

Audrey estaba terminando de hacer su equipaje con verdadera parsimonia, algo que irritaba a su tía. Esperaba que algún milagro ocurriera y no tuviera que irse.

Miró el reloj. Ya eran las doce y quedaban pocas horas para partir. Se sentó al borde de la cama, pensativa. Tenía una sensación de vacío inmensa y la tristeza la estaba consumiendo.

De repente, llamaron a la puerta principal. Audrey se asomó a la ventana y comprobó que era Julia. Bajó rápidamente al vestíbulo y allí se encontraron. Su hermana se acercó a ella y la agarró por los hombros.

—No debes irte. Todo ha sido un enorme malentendido, Audrey —dijo azorada.

Audrey se sorprendió.

—¿Cómo dices?

—Lord Henry no va a casarse con lady Victoria ni con nadie.

Audrey se sintió confundida.

—Pero ella me dijo…

—Lady Victoria va a casarse con lord Alfred Beckinsale —aclaró Julia.

Audrey abrió mucho los ojos.

—¿Y cómo lo sabes?

—Me lo ha contado lady Chambers y, a su vez, lady Baltimore se lo ha confirmado a ella. Incluso la ha invitado a la boda.

Audrey casi se desmaya allí mismo debido a la tensión acumulada.

—Así que no va a casarse con Henry… —musitó.

—No, no va a casarse con él. Lord Henry es libre, Audrey —afirmó Julia sonriente.

De repente, se vio dominada por la inquietud.

—Pero…

Julia suspiró.

—¿Qué temes, Audrey?

Esta miró a su hermana.

—Que él no me corresponda.

Julia negó con la cabeza.

—No tengas ese temor. Créeme, ese hombre te quiere. Y sé que está sufriendo. Así que sal ahora mismo a buscarle. Yo me ocupo de tía Caroline.

Audrey sonrió emocionada.

—¿No te preocupa que alguien pueda verme corriendo por la calle para ir a encontrarme con un hombre?

—¡En absoluto! Además, estas cosas son las que te hacen tan especial y maravillosa. Y ahora, ¡corre! —la instó.

Audrey abrió la puerta, olvidándose de su capa y su sombrero, y salió corriendo en dirección a casa de los Crawford. Poco le importaba la lluvia que estaba cayendo.

Ahora que tenía el valor para hacerlo, debía aprovechar la oportunidad.

Se detuvo en Berkeley Square, que estaba a mitad de camino de la casa de los Crawford, para descansar unos segundos. No estaba acostumbrada a correr tanto y se sentía fatigada. Cuando estaba a punto de reemprender la marcha, alzó la vista y vio a Henry contemplándola.

Los dos se observaron, acercándose despacio. Debido a la intensidad de la lluvia, la plaza estaba desierta. Henry y Audrey se encontraban completamente solos. Ambos temblaban, nerviosos, ante la presencia del otro.

—Henry —dijo Audrey—. ¿Qué haces aquí?

Henry tragó saliva, mirándola fascinado. Llevaba el cabello al descubierto, las gotas de lluvia se deslizaban por su rostro y sus mejillas estaban sonrosadas debido al sofoco. Y, en ese instante, pensó que era la mujer más hermosa que había visto nunca.

—Me dirigía a tu casa, necesito hablar contigo.

—Yo también iba hacia tu casa. Debo decirte algo importante.

—Por favor, déjame a mí primero. —Audrey se mantuvo expectante mientras él se aclaraba la voz—. Audrey, he estado pensando en lo que dijiste. En los motivos por los que has decidido irte, y quiero decir una cosa al respecto.

»Sé que deseas ver el mundo, que quieres explorar y descubrir otros lugares. Por eso, he pensado en esto. ¿Qué te parece si vemos el mundo juntos? Podemos viajar a donde tú quieras, a cualquier rincón del planeta. Yo estaré a tu lado. Seré tu compañero, tu amigo y tu amante si así lo deseas.

»Sé que no me creerás; bueno, de hecho, ni yo mismo me lo creo, pero ha sucedido. Audrey, te amo con todo mi ser. Estoy enamorado

de ti por completo. No hay día ni noche que no piense en ti, no hay momento que no desee estar a tu lado. —Audrey se llevó las manos al rostro, emocionada—. Te pido que me des la oportunidad de hacer que te enamores de mí. ¿Sería eso posible?

Audrey suspiró, sonriente. Se sentía inmensamente feliz. No podía creerse que Henry la correspondiera.

—Henry, debo explicarte algo antes de responder. Verás, todo esto ha sido un malentendido. Un terrible y estúpido malentendido. No decidí marcharme porque quisiera ver el mundo. —Henry se acercó más—. Decidí irme porque pensé que te casarías con lady Victoria y que, de esa manera, podría olvidarte.

Henry abrió mucho los ojos, incrédulo.

—Pero ¿de dónde ha salido semejante disparate? ¡Es mentira! No voy a casarme con lady Victoria. Ella está comprometida con lord Alfred.

Audrey asintió.

—Lo sé. Julia me lo ha contado todo.

Henry suspiró aliviado. Ahora comprendía muchas cosas. Audrey puso la mano en el brazo de Henry, y él la observó.

—Henry, no va a ser necesario que me pidas una oportunidad, porque yo ya te quiero desde hace tiempo. Lo que ocurre es que tenía miedo de decírtelo. Nunca me había enamorado antes, y tampoco me habían besado. Hasta que llegaste tú y me robaste el corazón sin apenas darme cuenta —admitió sonriente.

Henry le agarró las manos entre las suyas.

—¿Es eso cierto? ¿Me amas? —preguntó esperanzado.

Audrey se acercó más a él.

—Tan cierto como que el sol sale cada mañana. Tan cierto como la lluvia que está cayendo ahora mismo sobre nosotros. Te amo, Henry Crawford.

Henry sonrió y rodeó a Audrey con sus brazos.

—Bueno, entonces no esperemos más. Ahora que nos hemos encontrado al fin, no debemos volver a separarnos. Así que allá voy. Lady Audrey Morgan, ¿me harás el honor de casarte conmigo?

Audrey asintió enérgicamente.

—Sí, Henry, me casaré contigo.

Los dos se fundieron en un profundo y tierno beso, sellando así su amor. A continuación, Henry se apartó ligeramente y le acarició el rostro.

—Estaba pensando que va a ser la primera vez que no aciertes en tu predicción.

Audrey lo miró con gesto interrogante.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Pues que al final no voy a casarme con lady Victoria, como tú afirmabas.

Audrey se encogió de hombros.

—Está claro que mi habilidad no funciona conmigo misma.

—Y me alegra, porque no solo he hallado a la candidata perfecta. He encontrado a mi alma gemela.

Audrey sonrió y tomó el rostro de Henry entre sus manos, besándole de nuevo en los labios.

Juntos al fin, después de superar los miedos y las dudas. Tras años de búsqueda, aquellos dos se habían encontrado. A partir de ese instante, el resto de sus vidas comenzaba.

Epílogo

Marley House, Sussex, 1858

Stephen y Joseph miraban atentamente los objetos que su padre tenía expuestos en la mesa. Eran dos collares, encontrados en unas excavaciones cerca de Florencia, Italia.

Su amigo, lord Alfred Beckinsale, se los había enviado desde allí para que los examinara y después los trasladara al Museo Británico, como parte de una nueva exposición que tendría lugar en dos meses.

—¿Y esto lo llevó puesto alguna mujer romana, padre? —preguntó Stephen.

—Así es, hijo. O eso suponemos, claro está. Aún queda mucho por saber —respondió Henry.

En tanto, Audrey ojeaba la carta que acompañaba a esas dos piezas.

—Lo hallamos en una tumba, parece ser que perteneció a una mujer patricia.

—¿Qué es una mujer patricia? —inquirió Joseph.

Audrey miró a su hijo.

—Una mujer noble. Los patricios eran los nobles de la época romana.

—Exacto. De hecho, aquí, en estas tierras, descubrimos una antigua casa patricia —apuntó Henry.

Los niños se mostraron asombrados.

—Yo quiero encontrar tesoros también —dijo Stephen entusiasmado.

—¡Y yo! —exclamó Joseph.

—Ya tendréis ocasión. Ahora debéis iros a dormir —indicó Audrey.

Sus hijos esbozaron un gesto de decepción. A pesar de todo, se dirigieron a su habitación sin rechistar. Audrey les dio un abrazo

antes de que se fueran, mientras su padre los acompañaba a su cuarto para contarles alguna historia antes de dormir.

Minutos después, Audrey salió a la terraza que daba al jardín y observó la luna llena que iluminaba el cielo nocturno. A lo largo de esos años, las cosas habían cambiado mucho en su entorno.

Lord Hyatt falleció hacía un par de años, y Julia disfrutaba de una vida tranquila y sosegada como viuda de un vizconde. Sabía que de vez en cuando tenía alguna aventura, pero su hermana había decidido no volver a casarse. Ahora deseaba aprovechar la libertad que nunca había tenido.

Annabella y Clive seguían formando un matrimonio feliz, y Howard y Diana se habían convertido en dos adolescentes educados y encantadores que habían debutado en sociedad con éxito.

En cuanto a su matrimonio con Henry, se casaron al poco tiempo de declararse su amor bajo la lluvia en Berkeley Square y se trasladaron a Marley House, donde tenían un ala solo para ellos. Compartían la propiedad con sus suegros, que pasaban gran parte del año lejos de allí. De vez en cuando visitaban Ellis Hall y veían a los Morgan.

Al principio, Henry y ella viajaron mucho. Primero por Europa y después visitaron Egipto. Audrey finalmente quedó encinta y decidieron detener sus viajes por un tiempo.

Cinco años atrás llegaron al mundo sus hijos, Joseph y Stephen, gemelos casi idénticos que habían heredado el pelo rubio de Henry y los ojos azules de Audrey.

Ambos eran dos niños inquietos pero nobles. Les fascinaban, al igual que a sus padres, las historias de tesoros escondidos. Audrey se ocupaba de su educación, aunque un tutor venía a darles clases cada día. En unos años irían a Eton, igual que hizo Henry.

En cuanto a los Davenport, ellos también habían creado su propia familia y seguían tan felices como antes. Siempre que tenían ocasión, ambas familias se veían, ya fuera en Londres o en sus propiedades en el campo.

Henry observó a su esposa desde el marco de la puerta. Para él, en cualquier momento y circunstancia, Audrey era la mujer más hermosa del mundo. Habían conseguido crear un hogar feliz, con

algunas discusiones y enfados, que solían durar pocos minutos. Se comprendían a la perfección y se amaban, superando los problemas juntos.

Se acercó a ella y la abrazó por detrás, rodeándole la cintura.

—¿Qué hace usted tan pensativa mirando a la luna, lady Audrey Crawford? —inquirió, apoyando el mentón en el hombro de ella.

Audrey sonrió.

—Disfrutando de la hermosa vista.

Henry alzó la mirada y contempló el firmamento.

—Hace una noche preciosa.

—Sí, aunque para mí todas las noches son bonitas.

—¿Pese a que no se vean las estrellas?

—Sí, porque yo veo estrellas siempre, aunque haya nubes.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Henry con interés.

Audrey se giró y fijó la vista en aquella mirada esmeralda que tanto le gustaba.

—Porque las veo a través de tus ojos.

Henry esbozó una sonrisa, y una cálida sensación le recorrió la piel.

—Cuando dices cosas así, pienso que intentas seducirme.

—¿Y lo consigo? —inquirió ella con picardía.

Henry se rio y se mordió el labio inferior, mirando a su esposa con deseo.

—Sabes que no es necesario seducirme, ya sabes que estoy loco por ti y no existe remedio ni poción posible que haga que deje de quererte. Soy tuyo para siempre.

Audrey acarició el rostro de su marido y le rodeó la nuca con las manos. Se acercó a él y le besó en los labios. Henry la estrechó entre sus brazos y le devolvió el beso con deseo. Se separaron y unieron sus frentes, sonriéndose con ternura y amor. Al cabo de unos minutos, subieron a su habitación para perderse el uno en el otro.

Henry buscaba a la candidata perfecta, y la halló en la persona que menos esperaba, Audrey, que parecía destinada únicamente a ayudar a los demás a encontrar el amor. A pesar de esto, Henry y Audrey entendieron por fin que estaban hechos el uno para el otro.

A veces creemos que todo está escrito y que solo debemos seguir una única senda. Pero en este mundo existen cruces de caminos e imprevistos que pueden hacernos cambiar el rumbo de nuestro destino.

Fin

Si te ha gustado este libro…

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.





El vizconde que me conquistó

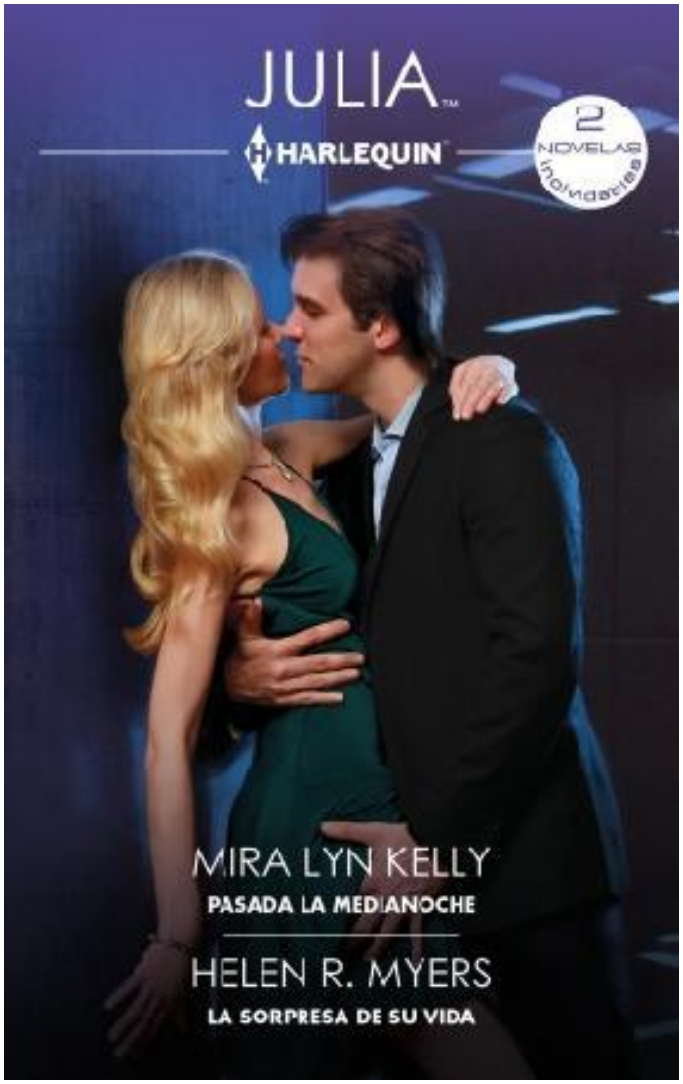
London, Julia
9791370009601
384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Al lado del último diamante de la temporada social, Harriet (Hattie) Woodchurch se sentía una chica del montón. Pero eso carecía de importancia, porque su plan de futuro era ganar suficiente dinero para vivir muy muy lejos de su embarazosa familia. Y así fue hasta que Mateo Vincente, duque de Santiava y recién nombrado vizconde Abbott, llegó a Londres. Aunque el inglés hablado del tímido europeo era impecable, el escrito era menos fluido. La alta sociedad estaba ansiosa por conocer al guapo soltero, y llovían tantas invitaciones que Mateo necesitaba una secretaria para ocuparse de la correspondencia.

Con su caligrafía perfecta y su don de palabras, Hattie fue recomendada para el puesto, y los dos crearon un vínculo a través de los libros y las señoritas casaderas de la alta sociedad. Pero cuando Flora, la amiga de Hattie, se quedó prendada del vizconde, las cosas se complicaron. Flora no sabía qué decir en su presencia. Para ayudarla, Hattie le daba información sobre los intereses de Mateo. Pronto las cosas dieron un giro y Flora parecía encaminada a convertirse en su duquesa. Sin embargo, Mateo no estaba convencido. La conversación con Flora no era tan chispeante como lo era con Hattie…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Pasada la medianoche - La sorpresa de su vida

Kelly, Mira Lyn

9791370170486

384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

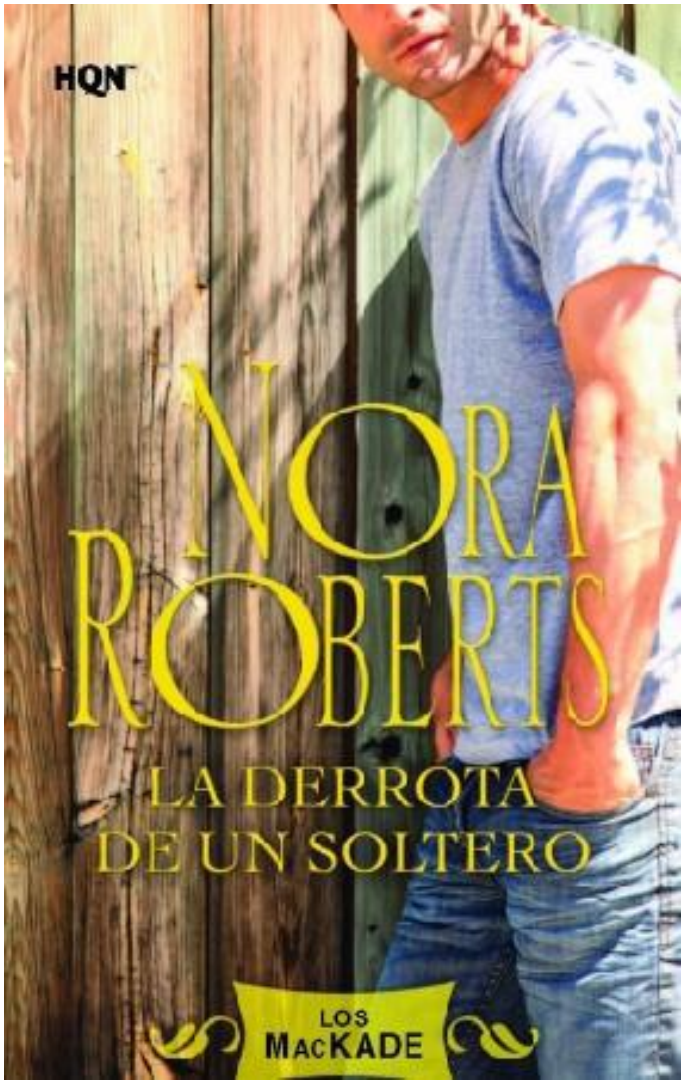
Pasada la medianoche

"Eres tan poco adecuado para mí". Levi estaba totalmente de acuerdo. Lo era. Iba a marcharse de Chicago dentro de pocas semanas. Además, nunca se comprometía. Sin embargo, aquella noche y aquella chica eran tan especiales… hacían que se sintiera tan bien… ¡Hasta las once y cincuenta y nueve minutos, cuando ella se fue! ¿Qué había hecho? Las cosas acababan de empezar, ¡y ella ya se había marchado! ¿Cómo iba a encontrarla y a volver a meterla en su cama, y en aquella ocasión, durante la noche entera? Parecía que él, que siempre se alejaba de todas las mujeres, se había topado con una que le había dejado deseando más y más…

La sorpresa de su vida

El vecino de al lado Eve Easton tenía una especial precaución con los vecinos porque su exmarido se había marchado con la vecina de al lado. Se había mudado a otra ciudad, en otro estado… solo para descubrir que su vecino era la segunda víctima del fiasco: el agente del FBI Derek Roland, el alto, moreno y apuesto exmarido de la mujer por la que su ex la había dejado. En lo que se refería a los vecinos, su intención era alejarse todo lo posible, pero en aquel caso no le resultaba fácil respetar esas normas y, aparentemente, a Derek le pasaba lo mismo. Paradójicamente, los dos habían viajado kilómetros y kilómetros para encontrar lo que estaban buscando justo en la casa de al lado.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La derrota de un soltero

Roberts, Nora
9788490105146
256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Las historias de cuatro hermanos irresistibles... y las mujeres que fueron capaces de domar sus corazones

salvajes.

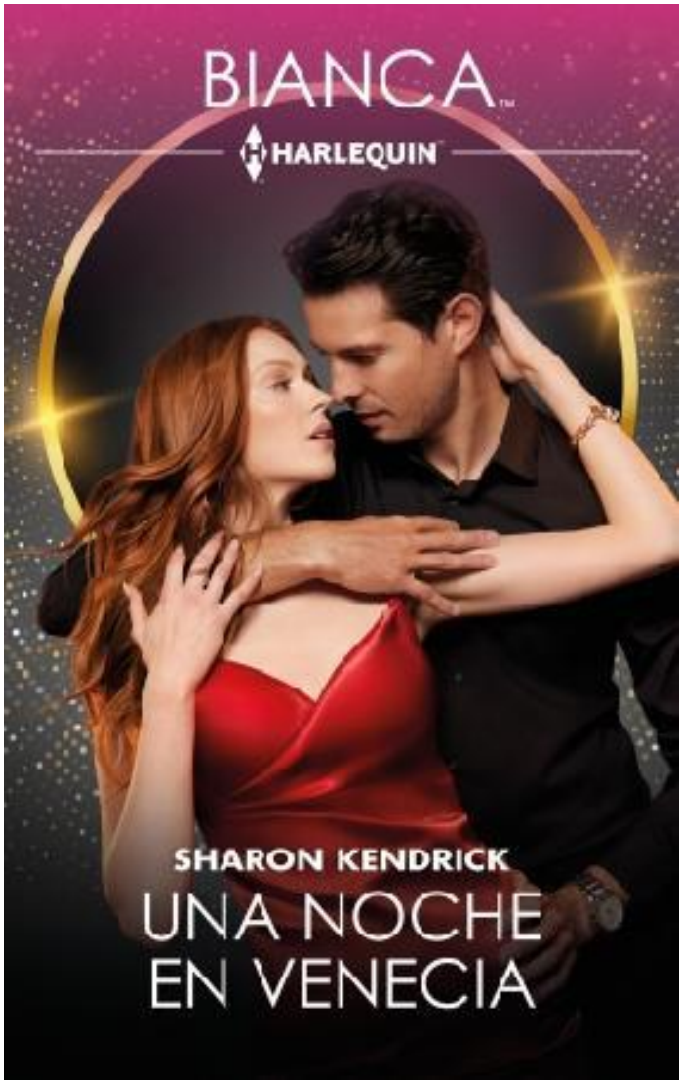
A Shane MacKade le encantaban las mujeres, pero no había conocido a ninguna que hiciera que se pusiera a silbar la marcha nupcial, hasta que apareció la doctora Rebecca Knight. El problema era que ella conocía demasiado bien las leyendas de los MacKade como para sucumbir a su encanto. Tal vez había llegado el momento de hacer una proposición, porque Shane no podía vivir sin ella.

Para la doctora Rebecca Knight, todo tenía una explicación. Hasta que empezó a tener pensamientos irracionales respecto al atractivo Shane MacKade. No sabía demasiado sobre los hombres, pero estaba segura de una cosa: amar a Shane era peligroso, y a Rebecca no le gustaban los riesgos.

Saga los MacKade

En la pequeña ciudad de Antietam, en Maryland, un misterio de la Guerra Civil ronda la vida de los cuatro apasionados hermanos MacKade,y cada uno de ellos irá encontrando los caminos del amor. Los otros títulos de la saga: Recordando el ayer, Atreverse a amar y Una larga espera.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Una noche en Venecia

Kendrick, Sharon
9791370172343
160

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un lío de una noche... ¡que termina en matrimonio!

Odiseo Diamides no esperaba una cálida bienvenida al regresar a la imponente casa familiar. Pero lo que jamás habría imaginado era que la mujer que lo recibiría sería Grace Foster, ¡la misma que había compartido su cama la noche anterior! Decidido a no permitir que su autoritario abuelo controle su destino, el griego toma una decisión sorprendente: sacrificar su libertad convirtiendo a Grace en su esposa de conveniencia…

La proposición de Odiseo se convierte en el salvavidas que Grace tanto necesita. Gracias al acuerdo matrimonial, podrá escapar del control de su despiadado jefe y asegurar el bienestar de su abuela. Sin embargo, tras la boda, Grace comienza a descubrir lo que se esconde tras la fría fachada de Odiseo. Bajo su cinismo late algo que despierta en ella un anhelo demasiado peligroso. ¿Habrá huido de un infierno solo para caer en otro, aún más ardiente y lleno de deseo?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Amor y Soju

Tirado, María José

9788410741133

416

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Dos culturas, dos idiomas, dos costumbres.

No, seguro que no funciona. Pero ¿qué es el amor sino la magia de los imposibles?

Goon DoHwan jamás creyó que podría enamorarse de la joven indisciplinada y algo alocada que cuida de su hermano pequeño TaeOh. Y, sin embargo, Zoe ha logrado atravesar la armadura de hielo con la que pretendía proteger su frío corazón. Sobre todo, desde la noche en la que compartieron unos besos furtivos con sabor a soju.

Pero cuando su hermano JiMin le pide que se haga a un lado, porque se ha enamorado de Zoe, DoHwan decide no entrometerse entre ambos, a pesar de que sabe que no va a serle nada fácil apartarse.

Zoe no puede entender la actitud de DoHwan después de aquella noche mágica. No sabe por qué ha vuelto a poner distancia entre ellos como si nada hubiese pasado. ¿A qué se debe ese cambio? Y ahora que debe viajar con él y TaeOh a Seúl, sabe lo duro que será tenerle cerca y no poder tocarle, abrazarle o besarle. Sobre todo cuando él la mira con tanto… ¿amor?

«El final perfecto para una historia que me ha hecho reír y emocionarme. DoHwan y Zoe tienen una química explosiva. Una bilogía dulce, romántica y repleta de personajes entrañables que se han ganado un hueco en mi corazón». Chloe Santana

«Una segunda parte adictiva que nos lleva a Seúl, donde se explora el amor y sus desafíos emocionales con personajes inolvidables llenos de matices». Sarah Mey

Títulos de la serie OLA HALLYU:
Amor y Kimchi
Amor y Soju

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)
